

# N O S O T R O S

## CUNNINGHAME GRAHAM

**E**RA un personaje de leyenda. “Hay momentos —decía Bernard Shaw— en que yo mismo no puedo creer en su existencia. Y sin embargo debe ser un ente real, porque lo he visto con estos mis ojos.” Por la línea paterna descendía de la casa real de Escocia; por la materna, de hidalgo abo-lengo español entroncado con sangre de navegantes escoceses. Algo de Conquistador y de Príncipe había en su figura; pero mejor aún se identificaba con el andante caballero manchego. Alto, de gado, nervioso, el rostro afilado, el bigote poblado y agresivo, puntiaguda la barbilla, resuelta y franca la expresión, penetrantes los ojos pequeños de color castaño como el cabello, John Lavery acertó a pintarlo en gauchesca apos-tura, jinete en su caballo favorito, como quien se apresta a devorar la pampa inmensa que un día, a caza de la aventura, atravesó veloz como centauro. (1)

---

(1) La iconografía de Cunninghame Graham es variada y rica, pues pintores y escultores se sentían atraídos por aquel modelo, que parecía un superviviente de otra edad. Bernard Shaw celebra el retrato ecuestre que Lavery pintó en 1901, aunque agrega: “Ya no era posible contar con Velázquez”. En otro retrato, de fecha anterior, que he visto en el Museo de Glasgow, Lavery lo presenta de pie, en traje de salón. En el mismo museo hay una enérgica cabeza en bronce hecha por Albert Toft en 1891. Otra admirable cabeza suya, de época posterior, se debe al escultor Epstein. Menos afortunado y menos expresivo es un retrato pintado en 1887 por Jacomb Hood. Frank Harris compara la figura de Cunninghame Graham con la de un noble español de los que siguieron a Cortés y hubiera sido retratado por Zurbarán. La comparación no es afortunada, porque Zurbarán nació en 1598.

Fué en el continente americano, —en la pampa argentina, en la campaña uruguaya, en la seiva brasileña, en la meseta paraguaya, en la planicie mexicana,— donde se forjó su recio espíritu, ebrio de naturaleza, estremecido siempre ante la perspectiva de nuevos horizontes. En ese vasto escenario del nuevo mundo, la pampa mereció su predilección, porque *pampa* equivale a *espacio*. “Mi universidad fueron las pampas”, decía. Jinete intrépido y experto, domador de potros salvajes, hábil en el lazo y en el bolco, diestro en el manejo de toda clase de armas, fué un gaucho de la época heroica.

Contaba treinta y dos años cuando, después de tres lustros de vida nómada en el continente virgen, regresó a la Gran Bretaña. Su escuela había sido la del esfuerzo propio y la del espacio libre. Era un rebelde. Santa ira lo enardecía frente “a la miríada de vilezas que empequeñecen el mundo”. “No puede haber santidad sin alguna forma de rebeldía”, declaraba. Su sinceridad y rectitud corrían parejas con su quijotesca intrepidez.

Un día apareció en el grave recinto del parlamento británico de la época victoriana, provisto de las credenciales que le confirieron los escoceses de Lanark. Sus palabras vibraron, restallantes como latigazos, en aquel solemne laboratorio de bien meditadas leyes. Juzgó el *Speaker* que Cunninghame Graham ofendía el decoro de la Cámara y le exigió que retirara sus frases irrespetuosas. “Yo nunca me desdigo”, contestó el joven legislador y, conminado para que abandonara el local, repitió al despedirse su apóstrofe acusador.

Abigarrada muchedumbre se agolpaba otro día en las inmediaciones de Trafalgar Square. Mil seiscientos policías cerraban el paso a los que intentaban celebrar allí un mitin de protesta contra la prisión del irlandés O'Brien. Una voz enérgica se sobrepuso al tumulto y exhortó a la multitud para defender, con riesgo de la vida si necesario fuese, la libre expresión de las ideas. Era Cunninghame Graham. Agil, resuelto, se abalanzó sobre el cordón de la fuerza policial. Otros lo secundaron, entre ellos John Burns, que era, como él, miembro del parlamento. La policía se mantuvo firme

para repeler la agresión, y Nelson, desde su alterosa columna, fué el mudo testigo de aquel nuevo Trafalgar. Mayor contingente de fuerza pública acudió al Square, y el orden quedó restablecido. En la refriega hubo un muerto. También varios heridos, entre ellos el temerario paladín de la libertad de palabra, que días después fué condenado a dos meses de encarcelamiento por atentado a la autoridad. (1)

Su vida parlamentaria no duró más de seis años —de 1886 a 1892—, durante los cuales habló reiteradas veces en defensa de las clases humildes y abogó también por el gobierno propio —el *Home Rule*— para Irlanda y para Escocia.

Sus esfuerzos fueron infructuosos. Su presencia resultaba molesta en aquella austera asamblea. En 1892 no logró que sus electores le renovaran el mandato. Al cabo, no había de esclavizarse a esa acción política infecunda quien tenía por novia la aventura. Al visitar en Sevilla una reproducción de la carabela *Santa María*, midió la arriesgada empresa de Colón y murmuró: “¡Qué hombre aquél! Querría haberme embarcado con él y a buen seguro así lo habría hecho si hubiera vivido entonces.”

“Hay en Marruecos un lugar —Tarudant— que ningún cristiano ha hollado sin dejar en prenda la vida”, le dijeron. ¿Cabía mayor incentivo para él? Disfrazado de médico mahometano traspuso hacia el sur la cordillera del Atlas y llegó a aquella región, donde no era tolerada la presencia de los cristianos. El Caid de Kintafi lo hizo prisionero. A los doce días logró su liberación, y de regreso a Inglaterra dió a la estampa, en 1898, el primer libro suyo que tiene unidad orgánica: *Mogreb-el-Aksa*, que es la relación pintoresca de sus aventuras en tierra de infieles. Había empezado a escribir después de los cuarenta años, y antes de *Mogreb-el-Aksa* sólo había publicado un folleto sobre el Distrito de Menteith —solar de sus antepasados— y un libro de narraciones y recuerdos, *Él Padre Arcángel de Escocia*, en el cual colaboró

---

(1) La “batalla de Trafalgar Square”, como la llama Bernard Shaw, ocurrió el 13 de noviembre de 1887. Cumplido el término de su prisión, Cunninghame Graham sometió el asunto a la consideración del parlamento, pero fué oído con indiferencia.

su esposa, que era oriunda de Chile, con sus impresiones de una excursión que ambos hicieron al través de México y con otras páginas llenas de vigor descriptivo. (1)

A partir de ese momento compartió su tiempo entre sus dos aficiones más caras: viajar y escribir. Se le veía a menudo en España, en Italia, en Marruecos. Al continente americano volvió dos veces más, ya en la senectud. Sus predilecciones de viajero quedan patentizadas en sus catorce libros de artículos y narraciones. (2) Ciertamente que en su Escocia ancestral encontró frecuentes motivos para no dejar inactiva su pluma, según lo demuestra una recopilación de sus *Narraciones escocesas*; pero España le inspiró *Aurora la Cujíñi* y *Sor Cándida y su pájaro*; Italia, *El sueño de los magos* y *Uno dei mille*; Marruecos, *Ras Doura*, *El Babor* y *Bibí*, por no citar más que algunas de sus mejores producciones. Aún más le sedujo el continente americano, que reaparece constantemente a lo largo de su obra: recuerda a México en *Un pelado*, *Una hégira*, *Progreso*, *Un chihuahuero*; a Venezuela, en *Los llanos del Apure*; a Colombia, en *Animula Vagula*; al Brasil, en *El Ipané*, *Cruz Alta*; al Uruguay, en *Bopicuá*; al Paraguay, en *Un jesuita*, *Santa María la Mayor*, *El caballo del*

---

(1) Mrs. Cunninghame Graham (Gabriela de la Balmondiere por su cuna), se distinguió en las letras. Escribió poco. Su obra capital es *Santa Teresa: Her Life and Times* (1894). Publicó además un volumen de narraciones: *The Christ of Toro*, y algunos folletos sobre temas diversos, y tradujo al inglés la más afamada composición poética de San Juan de la Cruz y dos cuentos de Bécquer. Después de su muerte, acaecida en 1906, vio la luz, en edición privada, un tomo de versos suyos: *Rhymes from a World Unknown* (1908).

(2) He aquí los títulos: *Father Archangel of Scotland* (1898), *The Ipané* (1899), *Thirteen Stories* (1900), *Success* (1902), *Progress* (1905), *His People* (1906), *Faith* (1909), *Hope* (1910), *Charity* (1912), *A Hatchment* (1913), *Brought Forward* (1916), *Redeemed* (1927), *Writ in Sand* (1932), *Mirages* (1936). Tres recopilaciones se han publicado con narraciones entresacadas de esos catorce libros: *Scottish Stories* (1914), *Thirty Stories and Sketches* (1929) y *Rodeo* (1936). Otras narraciones de mayor extensión fueron publicadas en forma independiente: *The Dream of the Magi* (1923) y *Bibi* (1929). *Aurora la Cujíñi*, incluida después en *Charity*, vio la luz en forma de folleto en 1898. Además, tradujo al inglés una obra brasileña: *Mapirunga*, de Gustavo Barroso (1924).

*jefe de estación; a la Argentina, en Los caballos de las pampas. Una raza que se desvanece. Los indios. La cautiva, Anastasio Lucena, Un angelito, Los pingos, San José, La tapera, Una silueta, La alcaldesa, El rodeo, El paso del río, El tango argentino, La pulpería, Los seguidores, El árbol del Gualichú, y tantos otros bocetos admirables.*

Descartados *Mogreb-el-Aksa* y *Doughty Deeds* —síntesis de la vida de uno de sus antepasados, el poeta Robert Graham,— todos sus libros de empeño mayor están consagrados a asuntos de historia americana. Ante todo, los conquistadores. ¡Tema fascinante para quien, como él, hubiera querido acompañar a Colón en la *Santa María!* Sucesivamente dió a la estampa las biografías de *Hernando de Soto*, *Bernal Díaz del Castillo* y *Pedro de Valdivia*, y resumió, en sendos volúmenes, *La conquista de Nueva Granada* y *La conquista del Río de la Plata*. En la historia de la América independiente halló tema para otras dos biografías: *José Antonio Páez* y *Retrato de un Dictador: Francisco Solano López*. Además, en *Una Arcadia desaparecida* describió el Paraguay de las misiones jesuíticas, y en *Cartagena y los bancos del Sinú* resumió la historia de Cartagena de Indias junto con sus impresiones del viaje que hizo a Colombia. (1)

Por último, consagró un libro a *Los caballos de la conquista*. Lo dedicó a la memoria de su caballo *Pampa*, que fué su inseparable compañero durante veintiseis años. Cunninghame Graham tuvo amor de gaucho por los caballos. En carta a Teodoro Roosevelt, al enviarle su contribución para el monumento al Coronel Cody —*Buffalo Bill*—, conjeturaba: ¿en el otro mundo habrá equitación? “¡No permita Dios,

---

(1) Aparte de sus libros de narraciones y artículos, ya enumerados, he aquí la lista cronológica de las demás obras de Cunninghame Graham: *Notes on the District of Menteith* (1895), *Mogreb-el-Aksa* (1898), *A Vanished Arcadia* (1901), *Hernando de Soto* (1903), *Bernal Díaz del Castillo* (1915), *A Brazilian Mystic* (1920), *Cartagena and the Banks of the Sinu* (1921), *The Conquest of New Granada, — being the life of Gonzalo Jimenez de Quesada* (1922), *The Conquest of the River Plate* (1924), *Doughty Deeds* (1925), *Pedro de Valdivia, Conqueror of Chile* (1926), *José Antonio Páez* (1929), *The Horses of the Conquest* (1930), *Portrait of a Dictator: Francisco Solano López* (1933). En español: *El Río de la Plata* (1914).

agregaba, que yo pueda ir a un cielo donde no haya caballos!"

Cunninghame Graham fué un maestro en el arte de hacer amena la narración y supo conservar ese don en sus libros de historia. No tuvo preocupaciones de método, porque así como sonreía con indiferencia cuando en Inglaterra se le aplicaba el dictado de escritor *amateur* (en razón, alegaban algunos, de que las letras no eran para él un medio de vida), tampoco tuvo empeño en ser considerado como un técnico en el manejo del material histórico. Sin embargo, fué siempre escrupuloso en extremo para clasificar y depurar los

A los directores de la  
 Revista "Nuestros"  
 A la imprenta La ~~Plata~~  
 Escrito en campo con un atado  
 de trapitos  
 Mayo 5 / 1936

Autógrafo escrito por Cunninghame Graham en un ejemplar de *El Río de la Plata*, quince días antes de morir.

datos que se proponía utilizar. Sentía, además, la necesidad de conocer el escenario donde se habían desarrollado los hechos que habían de ser objeto de su estudio. La biografía de Páez lo hizo emprender un viaje a Venezuela; y seguramente no habría llegado a escribir *La conquista de Nueva Granada* si un encargo oficial que le dió el gobierno inglés en relación con la compra de ganado durante la gran guerra mundial, no lo hubiera obligado a permanecer cerca de un año en Colombia. Su viaje a la Argentina en 1914, —también por encargo oficial para adquisición de caballos,— le sirvió para renovar impresiones y recuerdos de juventud y preparar los materiales para su *Conquista del Río de la Plata*, que tuvo como precursor el único libro escrito por él en español:

*El Río de la Plata*, publicado entonces. En ese mismo viaje concibió otro libro: *Un místico brasileño*, producto de informaciones recogidas a su paso por el Brasil sobre la curiosa rebeldía de iluminado de Antonio Conselheiro.

“Los escritores, así lo entiendo yo, —decía Cunninghame Graham,— escriben ante todo para satisfacción propia; cuando no, hay que apostar diez a uno que lo que escriban no satisfará a nadie”. Para satisfacción propia escribió él siempre, guiado generalmente por el deseo de reavivar y narrar recuerdos e impresiones personales. Rara vez pudo interesarle ningún tema al que no se ligara, de algún modo, su propia observación. Alguien le preguntó una vez por qué no escribía sus memorias. —¿Qué otra cosa son mis libros? contestó.

Cierto. En cada libro suyo hay un jirón de su propia vida. ¿No había de ser el biógrafo de Páez quien desde niño aprendió a admirarlo al través de las impresiones que le transmitieron sus abuelos, el Almirante Charles Elphinstone Fleeming y Doña Catalina Paulina Jiménez, que fueron amigos del héroe venezolano y estrecharon la mano de Bolívar? ¿No había de narrar la conquista de Chile quien por su esposa chilena se sentía vinculado a la tierra araucana? Al evocar a los conquistadores se agolpaban a su memoria sus propias aventuras de juventud en tierra americana. Eranle familiares el Sur de los Estados Unidos, teatro de las hazañas de Hernando de Soto y Gonzalo Silvestre; el territorio de la Nueva España, cuya conquista narró Bernal Díaz del Castillo; la ruta de Jiménez de Quesada en Nueva Granada; los llanos de Venezuela; toda la vasta región del Río de la Plata... Había recorrido palmo a palmo gran parte del Paraguay, del Uruguay y del Brasil a raíz de la guerra que puso fin a la dictadura de Solano López...

La obra de Cunninghame Graham seduce por cuanto hay en ella de personal. ¿Puede haber algo más original y atrayente que la vida misma de este profesor de energía: un día domador de potros en la pampa; otro, explorador en Marruecos; otro, paladín de nuevas ideas en el seno del parlamento británico? Anciano ya, voces amigas lo llamaron otra vez al estadio de la vida pública. Fué el primer Pre-

sidente del Partido Nacionalista Escocés, fundado en 1928. ¡Otra vez a la tribuna popular, a reclamar el gobierno propio para Escocia, frente a aquellos que afirman que esa es una batalla entre la geografía y la historia, ganada ha tiempo ya por la geografía! ¡Dijérase que cuando con firme voz arengaba a su pueblo, aquel viejo enjuto, vibrante como un haz de nervios, aventajaba en juventud a los que lo proclamaban su maestro! Su palabra parecía venir del fondo del pasado a reavivar energías dormidas y a reconstruir ensueños rotos.

Revivieron para él de ese modo los días combativos y lejanos de su actividad parlamentaria. Otros días, los mejores de su mocedad, añoraba a veces: los de sus andanzas en la pampa remota. En la primavera de 1931 regresaba a Inglaterra desde Funchal donde, soñador impenitente para quien los sueños de hoy son la realidad de mañana, acababa de expresar su simpatía por la idea de fundar en Madera una nueva nación con el nombre evocador y sonoro de República Atlántida. En el barco que lo conducía viajaban algunos pasajeros argentinos que, al reconocerlo, rindieron en su persona cálido homenaje a él y a Hudson como "precursores del cuento criollo". Ese espontáneo agasajo ¿no equivalía para él a una revelación? ¡Aquella tierra distante lo proclamaba como precursor de una orientación literaria vinculada a las cosas autóctonas! ¡No había *escrito en la arena*, como reza el título de uno de sus últimos libros!

Algún tiempo después, llevando a costas la carga de sus ochenta y tres años, emprendió nuevo viaje, esta vez para no retornar a su tierra natal, hacia la Argentina que tanto amaba, a la que había de unirlo aún más, y para siempre, el vínculo de la muerte, (1) El barco que debió devolverlo a la Gran Bretaña sólo pudo conducir, para sepultarlos en Escocia, los despojos inertes de Robert Bontine Cunninghame Graham. Su espíritu quedó en tierra gaucha.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

Londres, mayo de 1936.

---

(1) Murió en Buenos Aires el 20 de marzo de 1936. Había nacido en Londres el 24 de mayo de 1852.

## DOS ROMANCES

A UN VECINO.

A fé que no es por salud  
vecino madrugador,  
que te asomas a la puerta  
antes de salir el sol.  
Que se te da media higa  
del aire murmurador,  
de las nubes inocentes  
y del rocío en la flor,  
lo certifican a gritos,  
arriba, tu buen color,  
y abajo el inmenso vientre  
que divide el cinturón.  
Espantajo de la aurora,  
trasnochado lechuzón,  
chismoso coro te hacen  
en estas horas de Dios,  
escobas en la vereda,  
plumeros en el balcón.  
Tu oficio es el de guipar  
lo que ocurre alrededor  
y en verme venir del Club  
de ceniza y de limón,  
el chambergo derribado,  
colgado al brazo el bastón.

A una cuadra de distancia  
endiablado observador,  
tufillo te dan a naipes,  
que grandes señales son,  
barbas crecidas de noche  
y ojeras de jugador.  
Yo te entrego esta piltrafa  
de mi vida, este jirón,  
para que tú lo desgarras  
con los de tu condición,  
en el cercano almacén  
y entre toscano y carlón.  
Mas mi existencia profunda,  
mi secreto, mi razón,  
eso que saben los sauces  
y la hierba y el gorrión,  
eso no lo sabrás nunca,  
vecino madrugador.

## PALOMAS.

**D**E qué belleza te llenas,  
¡oh mi molino entre rosas!  
cuando un poquito de agua  
buscan en tí las palomas.  
Acuden de todas partes,  
de cornisas y de frondas,  
en una estela de tiza  
hecha de buches y colas.  
Aplican el pecho al hierro,  
abren las alas magnolias,  
tuercen los cuellos flexibles,  
hunden los picos y roncan.

Nunca hubo enamorada  
que entre deseo y congoja,  
doblara así el cuello blanco  
sobre un pecho, en unas bodas.  
Ni nadie ha buscado un beso  
en el fondo de una boca,  
como ellas saben buscarlo  
en los labios de una gota.  
Coral del pico buído,  
perla del agua redonda,  
os ruego que me digáis  
quién de vosotros más goza.

FERNÁNDEZ MORENO.

1936.

## LA NOVELA EN AMERICA

A propósito de la novela de Max Dickmann,  
"Madre América"

**D**ISCÚTESE muy seriamente en Europa la crisis de la novela. Puede ser muy bien que ese fenómeno sea real en aquellos países que tienen una larga y rica tradición en ese género literario, el que, como una tierra que ha dado mucho fruto ininterrumpidamente durante mucho tiempo, se sentiría fatigado siéndole menester descanso. A mi juicio no creo que exista semejante crisis sino más bien una desorientación producida por los efectos de la gran guerra mundial, en que Moloch se hartó de carne joven, y por las exigencias de la nueva sensibilidad nacida de las modificaciones impuestas a las sociedades y a las psicologías por las nuevas realidades circundantes. Pero en América, y especialmente en nuestra América latina, no puede haber crisis del género novelesco como de ningún otro género literario, por la simple razón de que no hay tradición, no pudiéndose considerar como tales las narraciones de Jorge Isaacs, Cané, Machado De Assis, Acevedo Díaz y otros que brillaron en la segunda mitad del siglo pasado. Esos son precursores, pero en ningún sentido señalaron rumbos ni hicieron escuela, limitándose a reproducir, transportados a nuestros ambientes, los métodos y modalidades de la literatura europea en boga, e imitando, muy frecuentemente, los peores ejemplos. Quiere esto decir que en nuestro continente la novela está aún por hacerse, o mejor dicho, se está haciendo, con un brío, una fuerza, una espontaneidad que de acrecentarse va a llegar muy pronto a escalar uno de los primeros puestos en la literatura universal. Hay ya un grupo de novelistas como Azuela y Guzmán en Méjico, Eustasio Rivera en Colombia, Rómulo Gallegos en Venezuela, Jorge Icaza en Ecuador, Alcides Arguedas en Bolivia, Güiraldes en la Argentina, Zavala Muniz en

el Uruguay, Edwards Bello en Chile, cuyas novelas pueden resistir, sin desmedro, comparación con cualquiera de las que se escriben en Europa. Si las buenas de allá alcanzan mayor difusión, se debe a que tienen más público, a que no les falta crítica, —género casi desconocido en América,— y periódicos de difusión literaria y artística, poco frecuentes entre nosotros y, sobre todo, sin ninguna influencia sobre el público que los ignora por completo. Poco a poco, sin conexión alguna, por medio de esfuerzos aislados y muy a menudo heroicos, se va levantando el monumento de la novela americana, testimonio perenne de vida individual y colectiva, fijación de lenguajes, costumbres y paisajes mucho más exacta y eficaz que por cualquier otro procedimiento. Verdad es que nuestro continente, acostado a lo largo del meridiano, que atraviesa todos los climas, que adopta todas las configuraciones orográficas, que alberga múltiples razas, autóctonas y de sedimento, ofrece posibilidades casi infinitas y sólo desea fecundar en ubérrimas cosechas. Vastos y trágicos países estremecidos por luchas homéricas en los que lentamente, como en un crisol en perpetua ebullición se va condensando un nuevo tipo de humanidad de características originales. Desiertos abrasados; pampas horizontales como mares; montañas que llegan a apuntalar el cielo; ríos tumultuosos, mesetas inhospitalarias en que el hombre y la piedra parecen amasados con el mismo material; urbes tentaculares, fáciles al arrivismo de los rascacielos; lejanos oestes en donde se luchará todavía durante siglos contra la conjuración de la naturaleza indomada y del autóctono indomable; islas paradisíacas acurrucadas bajo quitasoles de palmeras, y llanuras heladas bajo cuyo manto duermen intactas faunas terciarias. Y, además, y lo más interesante, el hombre, el conquistador que es el hombre representativo de este continente que está lejos de haberse rendido al esfuerzo que pretende modelarlo, buscando aún, infatigablemente, los tesoros del Eldorado, en su subsuelo misterioso, hachando las catedrales de sus selvas impenetrables; domesticando sus bestias ariscas; tajando en surcos su tierra inviolada; ascendiendo a sus cumbres desconocidas; navegando sus ríos impresionantes. Y, además, el combate a muerte y sin pausa entre las razas que se disputan el imperio del suelo; que se mezclan y se funden hasta dar nacimiento a nuevas expresiones artísticas, como los ritmos propios de los cantos populares y esas catedrales y palacios

coloniales de Perú y Méjico en que se armonizan el barroco español y el barroco indígena en una perfecta compenetración plástica. Hasta dentro de un mismo país se extienden distancias inmensas y se oponen paisajes totalmente distintos, y fructifican razas sin parentesco como que pertenecieran a mundos diferentes: En ese caos aparente se enhebran invisibles las férreas vértebras de leyes fatales que estructuran las colectividades como las cordilleras dan unidad al continente lamido por los dos más grandes océanos de la tierra. La tragedia de un pueblo, de un núcleo humano, de un hombre de América es la tragedia de América entera y no sabemos por eso ser extraños ni a las modelaciones del ambiente telúrico ni a los impulsos interiores que dan ritmo especial a cada vida. Los gomeros de *La Vorágine*, los guerrilleros de *Los de abajo*, los pastores de *Huasipungo*, los arrabaleros de *El Roto*, los reseros de *Segundo Sombra*, los hacheros de *Canaán*, los centauros de *Doña Bárbara*, los caudillos de *Crónica de la Reja*, se saludan fraternalmente por sobre la línea indecisa y accidental de las fronteras, familiarizados por el mismo calor de la tierra, atados a las mismas raíces de historia, de presente y de futuro, unidos indestructiblemente por los mismos atributos de origen y de destino.



En ese símbolo expresivo y candente quiero encontrar la justificación del título *Madre América* de esta novela de Max Dickmann, primera del joven escritor argentino ya conocido por un libro anterior de cuentos: *Europa*. Apartándose de los trillados caminos que empujan a nuestros narradores hacia el hombre del llano o el hombre de la montaña, Dickmann va a encallar en el Delta del Paraná, inmensa mano abierta de perezosos y sucios canales, contraste efectivo de cándido primitivismo con la urbe complicada y ensordecedora que se quema a pocas decenas de kilómetros más abajo en su actividad incansable y en su modernismo cosmopolita. Igual que en otros ambientes continentales, América fermenta en las apacibles islas en que vegeta silenciosamente una humanidad abandonada a los mandatos del instinto; que vive su vida aprisionada en la tela de araña de los canales por los que suben y bajan, también sin prisa, las anchas barcazas multicolores rozando las ramas de los árboles de la orilla. El río es el personaje, el protagonista

principal, siempre presente, pues sin él hombres y cosas de tan característico papel, no existirían como son. Las islas son sus hijas, nacidas y nutridas constantemente por el aporte de su arrastre milenarío desde el corazón escondido de las selvas amazónicas. Por eso el novelista no puede alejarse de su cauce, y lo tiene siempre a mano, experto en ambular con sus héroes humildes y supersticiosos por el laberinto de los riachos densos que reflejan continuamente los paisajes del cielo. Sobre el lomo horizontal abren surcos efímeros los lanchones resignados, veteranos de mil viajes iguales, que a veces se amontonan como grandes insectos inmóviles atados a los muelles como fletes al palenque. A lo largo de las orillas, como un espeso humo verde, se yergue una vegetación arbórea, no demasiado alta, que es como una línea divisoria entre el río y el cielo. De vez en cuando una playita sin pretensiones se limpia los pies en el agua aceitosa y caliente y se espacian los árboles lo suficiente como para dejar ver, a unos metros de distancia, un rancho de tierra y paja bajo su sombrero amarillo, rodeado de perros y sentado en un patio liso en el que picotean las gallinas. Ahí, en esas casas semilacustres que cuesta creer que las crecientes no se lleven corriente abajo como a los camalotes, hacia el mar lejano y misterioso, alienta la flor silvestre de las mujeres de vida sedentaria que completan la existencia de los hombres, errantes sobre el río la mayor parte de sus horas. Ahí nos encontramos con los personajes que nos salen al paso sin anunciarse: Gabriel, muchacho de pueblo, resignado y fatalista, casi sin perfil, que se deja llevar por los días como por una barca sin timón ni remos. Camelia, agresiva e impaciente, llena de deseos sin brújula, llenándolo todo con su locuacidad y sus ademanes; Camelia que se cartea con el desteñido Nazareno pero que una noche de alucinación, descrita con fuerza excepcional por el novelista, al final de la primera parte, se abandona en brazos de Luminor Chumbita, ser repulsivo y maloliente, vago y malhechor, a cuyas acechanzas de fiera sucumbe empujada por el inexorable tirón del sexo. Todo sucede casi como si no sucediera, a pesar de la frecuencia y la nitidez de los diálogos y la exactitud de las descripciones hechas en pocas pero expresivas palabras. El río es opaco y sin acústica. Los más violentos dramas causan, a lo más, un estremecimiento en la superficie de sus aguas tranquilas, que vuelven después a su pesadez y a su indiferencia. La selva apaga todos los ruidos y oculta

lo que en ella acontece. Bajo su protección se cumplen ritos y misterios naturales con un ritmo impasible. Faustina, la vieja hechicera, gobierna las supersticiones de aquellos seres sencillos que acuden a ella cuando pretenden develar un enigma o interrogar al porvenir. Policarpo, padre de Camelia, acaricia proyectos de prosperidad pero no acierta a independizarse, y ahí anda con su decadente lanchón, el "Mabensí", siempre a servicio de otras empresas y de otros intereses. Basualdo, imperioso con los de abajo y acomodaticio con los de arriba, grita con su ronco vozarrón, hace planes y los ejecuta siempre en tono de mando como buen conocedor del alma apacible y tarda de los isleños. El viejo Jerónimo, el Mihanovich de los canales con su flota de lanchones y veleros, preside tácitamente con su riqueza y su audacia, acaparando las fructíferas tareas del contrabando, y teniendo a su disposición a todos los hombres de las cercanías. Sus diálogos con Basualdo revelan el choque entre una fuerza pacífica y segura de sí misma, mordaz y firme, con otra fuerza impetuosa y sonora pero maleable y contradictoria. La sonrisa de Palmira, la hija de Jerónimo, de la que Gabriel está indecisamente enamorado, palpita un momento a través de los juncuales temblorosos para volverse a perder después en su silencio como en su nido, a la espera de un acontecimiento simple y extraordinario a la vez que sacuda hasta el fondo su ser delicado y le revele de golpe, como a Camelia, el secreto de su destino y los misterios de la naturaleza.

Las grandes fuerzas incontrolables dominan todo, traen la risa y el llanto, el nacimiento y la muerte, el amor y el odio, la verdad y el engaño, la inquietud y la paz. Todo eso parece sintetizado en esta descripción tomada de las primeras páginas del libro: "El viento obstinado no cesaba, días y días, ensañándose con todo lo que emergía del suelo. Rendía los juncos, deshacía los camalotes, quebraba las ramas, aplastaba la hierba, despejaba el cauce del río en partes y en otras amontonaba todo lo que traían las corrientes cerrando el paso a la navegación. Las ráfagas no encontraban a su paso más que algunas lanchas amarradas con gruesas sogas a la orilla. En esos días ningún isleño se aventuraba fuera de su casa más que cuando la necesidad lo obligaba a recibir el chicotazo del viento que ululaba en torno. Después se sucedían los días de calma, donde todo caía con languidez y las aguas se inmovilizaban al calor del sol.

Era en los días de bajante, cuando los barrancos mostraban su fondo enmarañado de negras raíces y los chicos de los isleños salían con palos a matar anguilas en el barro. Sobre todo ese paisaje agreste el crepúsculo echaba las primeras sombras; luego venía la noche con su extraña seducción, como si fuera un misterio espiado por las estrellas. . . .”



En la segunda parte el ambiente cambia, pero no completamente, puesto que también está en el delta ese San Itatí, pueblo imaginario que resbala hacia el río con su caserío chato y blanco, sus calles polvorientas, y su eterno sopor. Gabriel, después de la aventura de Camelia ha retornado a San Itatí, devuelto por la misma sollicitación involuntaria que unos años antes lo arrancó del pueblo, y se va a refugiar con su indolencia en el ancho caserón donde entre somnolencias de rezos y prodigios de repostería vegetan sus viejas tías solteronas, Eulalia y Lastenia, y su tío, Perfecto, un soñador de humo que ha aventado inútilmente sus días en contacto con tantas existencias sin eco, hundidas inexorablemente en el barro negro y pegajoso de la orilla. Si las preferencias de Gabriel se inclinaban por la flaca e inaccesible Palmira, ahora se sienten atraídas por los diez y siete años provocativos de Amelia, otra mujer refugiada como él, en aquella especie de panteón que alberga los últimos desechos de la ilustre familia Garabentos-Sarracán, pintoresca promiscuidad de troncos legítimos y de uniones por detrás de la iglesia. La vida en San Itatí como en todos los pueblos de América se polariza en redor de tres o cuatro núcleos de atracción social inevitable: el café de la plaza, la iglesia, las tertulias caseras y el prostíbulo de siempre. La marca humana va a morir, fatalmente, a esos remansos de aburrimiento en que hierven, contenidas, las pequeñas pasiones. Por que al fin y al cabo, son hombres y mujeres como los demás esos que se mueven sordamente dentro de ese reducido escenario, estrechados por el límite asfixiante del caserío, cortado de un lado por el tijeretazo del río y que por el otro se desfonda en las chacras del ejido. Hombres y mujeres con las mismas ambiciones e impotencias que todos los demás, y suspirando desde todos los vértices por la gran ciudad, meta inalcanzable de sus afanes, que arde a lo lejos con las siete lámparas encendidas de

sus pecados capitales. Hombres que libran tremendas batallas opacas por la gerencia de una farmacia o un empleillo en la Intendencia; mujeres que se tapián de inexpugnables dignidades pero que acechan tras las persianas estudiadamente semicerradas, con una fruición enfermiza, cuantas debilidades ajenas pueden dar agrio combustible a sus charlas nocturnas. Harimondeguy, el periodista, propietario y director de *Vida Social*, falto de escrúpulos, emprendedor y elegante, tenorio y simpático, preside hasta cierto punto ese clan levantado a orillas del río, y que representa la primera victoria sólida de la iniciativa del hombre sobre las decisiones de la naturaleza. Harimondeguy recomienda, hace y deshace reputaciones, hila y anuda intereses, dirige a la opinión desde las columnas de su revista; invita, según a quien, con habanos auténticos y cóckteles de champán, y apuntalado en su verbosidad, en los retratos que publica y en los trajes que hace venir de Buenos Aires, lleva triunfantes asaltos a las más ariscas virtudes femeninas. A su lado, en el comando social, hace muy triste figura ese padre Sayús, director espiritual que sólo gusta hartarse de dulces y pasteles que le preparan las devotas de la parroquia que van a dormirse a la iglesia narcotizadas por el irresistible cloroformo de sus sermones. Llega hasta San Itatí el vozarrón de Basualdo, hombre de acción, convertido en agente político, con su eterno látigo en la mano, con el que castiga sin descanso la caña brillante de sus botas; y el viejo Jerónimo, invisible, se hace presente desde su lejano refugio en complicidades oscuras con las autoridades municipales. El café, sucio y penumbroso, crepita en discusiones acaloradas entre la bruma espesa de los cigarrillos, y todos los parroquianos, a pesar de estar incurablemente hartos de contemplar las mismas caras van a volcar allí su carga de ansias irredimibles, sin fijarse casi en las muchachas de siempre —las esposas de mañana— que envueltas en la retreta dan por centésima vez la misma vuelta a la plaza. No falta ni siquiera una madame Bovary, en esa ancha y linda Raquel, que se va entregando insensiblemente a las ofensivas de Harimondeguy, mientras Otaño, su marido, viejo y gastado, colabora concienzudamente en el tercer vértice del triángulo, con una fervorosa admiración hacia el periodista que le asegurará el disfrute de la secretaría de la Intendencia.

Perfecto Garabentos hereda talento y altivez de sus mayores,

pero su indolencia lo ata de manos y pies y solo le permite levantar hacia el cielo burlón efímeros castillos de aire. Entristece el fracaso de ese hombre bien dotado que en otro ambiente más dinámico, espoleado por otras sollicitaciones llegaría a ser algo. En San Itatí no logra ni formar nueva familia, ni detener la ruina progresiva de su patrimonio desperdiciado. Sus dos hermanas, hacendosas y charlatanas, se esfuerzan en conservar tradiciones y sábanas, incapaces de vivir de otro modo, y seguras de que no podrán reponer la ropa que su madre dejó apilada en los estantes del ancho ropero todo fragante a trébol y a lavanda, y que constituyen su principal riqueza en aquel frío caserón agrietado que se va desmoronando ladrillo a ladrillo. Amelia, la recogida, presta servicio a las solteronas, perpetuamente agitada por inquietudes de madurez, y a su lado el otro parásito, Gabriel, la retiene expresándole deseos indecisos que al final la dejan ir sin retenerla hacia la vida fácil de los ranchos de la orilla. Lucía, la sobrina porteña, llega a San Itatí desde Buenos Aires, con sus veinte y ocho años libertarios y floridos, el cigarrillo entre los labios acorazados de "rouge", y Walkyria en un ruidoso cuatro cilindros que desparrama perros y gallinas en las calles sumisas y espantadas del pueblo. Gusta escandalizar a sus tías Eulalia y Lastenia que la escuchan persignándose, pero que al acostarse sienten fermentar sus virginidades inútiles en pesadillas lúbricas, mientras la muchacha duerme, plácida y sonriente, su noche sin sueños. Al final del libro Perfecto Garabentos, tísico claudicante, muere oscuramente y con su desaparición se inicia la dispersión total de la familia destinada, como tantas otras, a deshacerse en el aire como una palabra sin respuesta. Magníficas páginas las que describen el sórdido velorio del idealista impotente, nacido para comprender pero no para remediar, que no ha sido querido sino por Ernestina, una mujer de vida equívoca, y que no merece de los suyos sino recriminaciones, a falta de oración fúnebre, por no haberlos dejado en mejor situación. Las dos últimas páginas del libro describen el espectáculo desolador de la ruina de aquel caserón tradicional, tan sonoro y feliz en otras épocas, pero que ahora se va pudriendo lentamente como una carroña al sol.



En esta novela hay, evidentemente, una finalidad, pero ella no aparece tan clara como en la mayoría de los libros de ese género literario. La acción se inicia sin solución de continuidad, como si se descorriera bruscamente un velo, y termina del mismo modo, dejando todo en suspenso y truncado. Escrita en pequeños capítulos que se van eslabonando armoniosamente, tiene algo de esa técnica cinematográfica que han empleado con tanto éxito algunos novelistas contemporáneos, como el Sinclair Lewis de *Babbitt*, el John dos Passos de *Manhattan Transfer*, el Celine de *Voyage au bout de la nuit*. El foco ilumina un instante esas vidas y las abandona después, instantáneamente, en la sombra con sus inquietudes y sus visajes. No hay monólogos sino diálogos, y a través de ellos y de sus silencios, vamos conociendo las almas de los personajes hasta sus fibras más íntimas. Las descripciones son siempre someras, y el autor no se deja llevar jamás por la fácil tentación de comentar lo que hacen sus personajes, prefiriendo dejarlos obrar en plena autonomía. Tampoco se detiene en cada problema individual que parece no interesarle aisladamente; en cambio da preferencias a las relaciones, —preferencias o repulsiones,— que existen entre ellos. A mitad del libro hay un largo soliloquio de Eulalia; ir y venir inconsciente, de problema propio a problema ajeno, que concentra toda la médula del libro. Escrito a la manera del de *Ulysses*, de James Joyce; ese soliloquio es un alarde de penetración introspectiva y de habilidad de escribir. En la cabeza de Eulalia hay un tumulto desordenado y casi indescriptible de cosas que se atraen o se repelen. Aunque no en tal intensidad, toda la obra ofrece la misma característica, dando, especialmente la segunda parte, una impresión sumamente movida y pintoresca de humanidad, un zumbido continuo de hormiguero, un dinámico desplazamiento de planos, una agitación sin pausa y muchas veces hasta sin objeto. Sobre la lámina bruñida del río; entre la selva succionadora; en el pueblo apático e insonoro, las vidas humanas chocan violentamente, se atraen o se rechazan, aman u odian, crecen y se extinguen como en todas partes, sin romper el ritmo del ambiente denso que los empapa o los aplasta. Encontrar interés en esos escenarios en que la naturaleza es monótona y las vidas humanas míseras, es ya, por sí solo, un mérito bastante grande. Mucho más fácil es pintar al hombre del campo virgen, solo con su recia personalidad en lucha constante con el

medio hostil, o al hombre de la ciudad, complicado y contradictorio, rico en telones de fondo constantemente renovados. Ya no se trata de vidas humildes, tan generosas en sensibilidad por lo común, sino de vidas casi sin vida en las que fuera de lo inevitable y previsto no hay margen para nada más. Ahí ha ido a anclar la atención y a mojar la pluma de Max Dickmann, conducida por un afán realista que no se desmiente en ninguna de las páginas de la novela. Pocos libros menos subjetivos que éste, en que el autor contempla actuar a sus personajes como si fueran seres ajenos. No parece sentir cariño ni compasión por ninguno de ellos, y los estudia y disecciona con la frialdad pero con la maestría con que el experimentador en el laboratorio manipula la materia inerte. Pero su realismo no es, como muchos parecen entenderlo, una simple exhibición de fealdades superficiales. La realidad no encara un solo aspecto del ser y de las cosas, sino todos los aspectos, buenos, malos y medios. Existe un nuevo realismo que no se refiere exclusivamente a las tesis y a las descripciones, sino que escarbando más hondo llega a descubrir en el alma humana realidades que parecen irreales, conforme el microscopio revela a nuestra pupila prodigiosos países que juraríamos han sido elaborados por la fantasía. "No hay que confundir, —dice Jacques de Lacretelle,— el nuevo realismo con el de Mirbeau ni aún con el de Zola, porque él acoge el ensueño, y la alucinación tanto como la realidad tiene necesidad de su expresión, y la crea. Expresión a la vez plástica y fonética en donde puede reconocerse un ritmo propio. Se trata de una vida humana restituida a la verdad con sus pulsaciones y sus tics originales. Proust, tan clásico por su cultura y tan fuertemente influenciado por Saint Simon y Balzac, y tan cuidadoso, por otra parte, de la ajena consideración, ha hecho realismo de esa clase, y a él le debe, quizá, sus mejores páginas".

Max Dickmann no ha inventado sus personajes; se ha limitado a reproducirlos, a presentarlos tales como son, sin ninguna preocupación trascendental, sin ningún afán moralista, ni atarse a ninguna tesis. Van, vienen, hablan, hasta mueren sin grandes aspavientos, naturalmente, como se hacen siempre esas cosas, lleno cada uno de sí mismo, visible cada uno en la línea inconfundible de su perfil interno como en el dibujo de sus rasgos fisonómicos. Alguien ha observado que en este libro, en el que intervienen tantos personajes,

no hay ninguno que se destaque netamente de la mediocridad circundante, como si el autor sólo se complaciera en agitar ese barro espeso y sin relieve con una especie de malsana fruición. Sin embargo, Dickmann no tiene la culpa de que la humanidad, allí como en todas partes, sea así. Y no se diga que recarga deliberadamente las tintas, ya que hasta la más repulsiva de todas sus criaturas, ese Luminor Chumbita que aparece como una siniestra luz mala a anunciar catástrofes, opera inconscientemente, sin darse cuenta de su fealdad ni de su maldad, como una fuerza ciega de la naturaleza, tan irresponsable como una creciente o como un reptil. Las mujeres, tanto en la isla como en el pueblo, son instintos reprimidos, que se dejan llevar también por la corriente hasta que una voz poderosa las detiene y las lanza, rectas como flechas, a su destino. Atadas por el cordón irrompible de la sexualidad, los hombres las llevan atándose a su vez a ellas sin darse cuenta, no pudiendo prescindir de ellas. Hasta Perfecto Garabentos, el idealista abúlico mezcla su vida a la de una vulgar prostituta y por salvarla, en un impulso de ridícula caballería, arriesga su salud claudicante y compromete su nombre en una turbia tragedia cuyas salpicaduras pudo haber eludido con toda facilidad. Termina el libro dejando una sensación acre y desagradable, la misma que inexorablemente se ha transmitido a lo largo de todas sus páginas, en las que sólo alienan y palpitan vidas lentas y sucias como las aguas barrosas de los canales del delta.

En el estilo se vé que Dickmann no se ha preocupado en hacer literatura, no notándose ninguna labor de depuración, ni frase rebuscada ni enmendada. Las palabras se anudan limpia e insensiblemente a las palabras, convertidas en manso instrumento en manos del escritor. La frase es, por lo general, corta y neta, muy adecuada a este género de narración, sin desflocarse en adjetivaciones complementarias ni en imágenes de sentido oculto. El diálogo, muy abundante hasta componer la carne y el hueso de la obra, es fácil y movido, casi escénico. Las descripciones, escuetas, reducidas a lo indispensable, son siempre acertadas y evocadoras. El don de observación óptica es en Dickmann agudísimo, y le basta un gesto, un rasgo, un vértice, para darnos la imagen entera de un personaje. Tras los anchos cristales de sus anteojos su mirada se posa siempre en lo más destacado y personal, desdeñando lo accesorio, en una estilización

sin esfuerzo en que se destacan preferentemente lo ridículo y lo grotesco. Esta característica muy rara en los escritores rioplatenses, hace de Dickmann un humorista de buena ley, aunque en su fundamentación esencial esta novela no tenga, precisamente, tal carácter. Insistiendo en el cultivo de esa modalidad puede llegar a enriquecer la literatura americana con obras de muy alto valimiento.

Dickmann prepara una segunda novela, ya titulada *Gente*. Por el procedimiento que emplea en esta nueva obra, que tendrá por escenario el ensordecedor ambiente de Buenos Aires, he podido darme cuenta de su método de construcción y puedo afirmar que no habrá nada en ella, como en *Madre América*, que sea improvisado, que no obedezca a un impulso madurado y consciente, que responda al relámpago de una inspiración repentina. Trabaja la novela pacientemente, previniéndolo todo, no olvidando ninguno de los hilos esenciales siempre en poder de su arbitrio, clasificando cuidadosamente los caracteres, siguiendo paso a paso en un plano que tiene ante sus ojos, la existencia de sus héroes, armoniosamente desarrollados en órbitas regulares. Acumula datos, expresiones, modalidades, gustos, vicios, trajes e instrumentos, y obtiene figuras dotadas de una vitalidad vibrante e indestructible, que tienen mucho de esos daguerrotipos que duermen en el fondo de los roperos familiares y que nos hacen sonreír. Aplicando los procedimientos de los naturalistas, acumula abundante documentación, y no se desprende jamás de su libreta de apuntes, como algunos dibujantes que aman reproducir el latido de las calles y de las muchedumbres. No abandona nada al azar, ni ejercita las facultades de la invención, convencido, probablemente, de que en el dominio de lo humano la realidad es mucho más rica y generosa que la imaginación. Sé muy bien que este método, que descubre netamente la más sustancial estructura de la psicología del autor, podrá ser discutido, pero lo que no puede negarse, pues ahí está gallardamente *Madre América* para comprobarlo, es que sus frutos pueden ser extremadamente brillantes, debiéndose juzgar, íntegramente, el mérito de los artistas no por los caminos que huellan para erigir su obra sino los quilates auténticos de su obra misma.

ALBERTO LASPLACES.

Montevideo, 1936.

## EL ÚLTIMO LIBRO DE ADA NEGRI

HACE cinco años, Ada Negri tituló *Vespertina* un bello libro de poesías, al confesar que había llegado su otoño y ya era tiempo de contemplar el camino andado desde una zona de sereno recogimiento, alentando ese deseo de pacificación interior, de conformidad con las ineludibles leyes de la vida que, dado su temperamento y el fondo mismo de su educación, no podía anclar sino en el puerto de la voluntad divina.

Dije entonces, al ocuparme de ese bello libro, que el círculo espiritual de la Negri no se había cerrado, pese al esfuerzo de superación manifiesto en muchas líricas: demasiado adherencia a la vida de los sentidos quedaba aún en esas páginas impregnadas de fragancias otoñales para que la poetisa pudiera creerse ya libre de su dulce encantamiento.

En efecto, y luego de las meditaciones en prosa de *Di giorno in giorno*, henos aquí con una nueva cosecha de líricas: *Il dono*, en que ese anhelo de deshacer ataduras con la tierra tiene una emoción más honda, y un fervor tan límpido que por momentos alcanza zonas de pura religiosidad. La poesía de Ada Negri se ha empapado de una transparencia de alturas. Los residuos de materia opaca que no lograra disolver en *Vespertina* el fuego del arte, desaparecen en este libro todo canto.

Sin laxitud, no obstante sus largas e inquietas peregrinaciones, antes bien con un vigor no infrecuente en los temperamentos capaces de disciplina, la poetisa italiana nos revela el precioso valor de ofrenda que guarda el ocaso de una jornada bien aprovechada, siempre que el corazón sea presto a donar su atesorada experiencia de amor y de dolor. Del mismo modo una hoja deshecha al pie de su árbol y reabsorbida por las raíces tórnase savia para las futuras germinaciones. Hay sin embargo en esa animosa aceptación del destino, un

temblor de pena: irse sin dejar, acaso, una estela de luz; sin haber dicho la palabra que cabía decir y pudo ser dicha.

Pero es precisamente esta pena, en la cual se refugia un persistente, fervoroso amor a la vida, el núcleo lírico del libro y su razón secreta. Es esa angustia tan humana que palpita en los cantos de más rica substancia espiritual, y recuerda aquellas voces centrales que sostienen la unidad de un coro, y se reconocen a ciertas notas de cálida sonoridad, lo que impide a la poetisa desnaturalizar su sentimiento en un misticismo disconforme con su naturaleza. Una inefable ternura envolviendo como en una caricia las cosas que son tan bellas y que tanto se aman, mientras el corazón se musita a sí mismo que es justo, a fuer de necesario, separarse de ellas, insinúase en las contemplaciones de jardines y campiñas que forman las series: *Giardini, Giorni di Castelcampo*, sin empañar su nitidez de cuadros. Una secreta ansia de no volver a encontrarse, al despuntar otra alba, con su propia sangre y con el nombre de siempre, "e il senso della sua carne profonda — e il palpitare del suo tenace cuore", sacude la intimidad de la conciencia que aguarda la señal de la partida, y sólo logra sosegar, cual turbulento río en la proximidad del estuario, en la idea de la perennidad de la estirpe (*La stirpe*).



A pesar de la unción religiosa de sus últimos libros, Ada Negri no es hoy, como no podrá ser nunca, una mística. También por esta razón, al querer buscarle parecido con alguna poetisa italiana de otras épocas, nunca podríasela comparar con la tan celebrada Victoria Colonna, cuyas rimas espirituales no solamente son las más notables, sino también las únicas que confieren jerarquía artística a la austera patricia amiga de Miguel Angel. Más cerca está Ada Negri de la apasionada Gáspara Stampa, que fué el solo poeta lírico original (¡con abundar tanto los poetas!) del espléndido Siglo XVI.

No ya que la sincera religiosidad de la Negri tenga algo que ver con la cándida irregularidad de la Stampa; pero lo cierto es que tanto en ésta como en aquélla la idea de Dios no es sino sentimiento: un sentimiento bien arraigado en la tierra y en los seres que la cruzan con su carne afiebrada y su alma dolorida.

Sin la tierra que produce trigo y rosas, sin las madres que procrean hijos, Ada Negri no llegaría hasta Dios.

Pero tampoco llegaría hasta nosotros con su fresca y siempre renovada emoción de poeta de instinto. El haber, como pocos, intuitivo que la suprema belleza de la vida es acción, que la suprema santidad es pena materna (acción vital por excelencia) ha salvado el sentimiento religioso de la Negri de los peligrosos acantilados de un misticismo abstracto. La esencia de su sentimiento religioso, ahora que lo afinó una larga experiencia humana, es una esforzada voluntad de renunciación, en la cual hacen brecha de vez en cuando, sin que ella pueda impedirlo, fugaces abandonos, añoranzas, desfallecimientos,

*sì duro è il corpo  
a snaturarsi dalla troppo fonda  
ricordanza dei sensi.*

Ya se confiesa en *Vespertina*. Un día se sorprende a sí misma buscando entre el césped las primeras violetas, como en el tiempo de sus floridas primaveras. Se sonríe avergonzada y triste de ese furtivo ademán de enamorada, como de algo impropio escapado al control de la conciencia. (*O sempre nuova, o non guarita mai — dall'inquieto mal di giovinezza!*) Mas reincide. Una noche toda hechizo lunar rasgada por el gemido de una lejana guitarra, la poetisa se abandona sin defensa al recuerdo de una noche parecida:

*la via tutta una carezza  
bianca, il mio bene ed io con l'ombra nostre  
lungo il muro, un lamento di chitarra  
nascosta dietro un'odorosa siepe  
di gelsomini; e a quel lamento i suoi  
baci ed il mio tremar nelle sue braccia.*

En *Il Dono* estos abandonos son menos frecuentes. El esfuerzo de arrancarse de la memoria tenaz de los sentidos resulta a menudo victorioso.

Sin embargo, uno no se miente a sí mismo, no traiciona su verdadera humanidad. Es así como un repentino anhelo de azules lejanías en países de ensueño (*Partire*); o un extraño deseo de verter lágrimas de amor, a semejanza del joven sarmiento que destila zumo en el presentimiento de la flor y del fruto (*Lagrime*); o el resurgir de un fantasma que se cruza en el camino y sacude con

violencia la vida (*Il platano ucciso*) nos dicen claramente que Ada Negri nunca podrá desarraigarse de sí misma, aun cuando se pro-



ponga buscar tan sólo a Dios en el último trecho del camino, y encontrarle en lo recóndito de cada uno de sus goces como de sus pesares.

La sola lírica de *Il Dono* en que toda inquietud se disuelve en una atmósfera diáfana y brillante, y el espíritu, compenetrado de gracia, contempla sin sobresaltos la vida vivida, es acaso *Sole d'Ottobre*.

.....*Sta limpido l'autunno  
sul riposo dell' anno e sul riposo  
della tua vita. Il fisso azzurro, immemore  
di tuoni e lampi, stende il suo gran velo  
di pace sulle rossegianti chiome  
delle foreste; e il sole in cuor t' accende  
come fa con le foglie che non sanno  
d' esser presso a morire...*

Una parecida condición de perfecta gracia nos revela la poetisa en momentos de lírica comunicación con el mundo exterior. Su mirada se vuelve entonces extraordinariamente perspicua para sorprender la esencia íntima de las cosas, al propio tiempo que su arte adquiere una notable limpieza y una levedad casi alada de trazo. Y se iluminan cuadros deliciosos: *I giardini nascosti*, *Crepuscolo*, *Chiesa di Vigo Lomaso*, *Pietre e fiori*... que recuerdan algunas nítidas impresiones de *Vespertina*, pero son de línea más pura.



No solamente *Vespertina*, mas también *I canti dell' Isola* y muchas sugestivas páginas de sus libros en prosa, nos recuerda el grupo de líricas que vuelven sobre los motivos fundamentales de la poesía de Ada Negri; esto es: el sentimiento vivísimo de su maternidad y la amorosa fidelidad a su tierra: feraz tierra lombarda, tan paciente en sufrir y generar, tan cordial con sus largos surcos henchidos de vida, con el penetrante olor de sus pastos y sus curtiembres, con las vastas sinfonías de sus ranas en los aguazales rielados por la luna.

Misteriosas voces de su tierra y de su sangre clamaron un día por el retorno de la poetisa, que se había ido a la isla de las sirenas para buscar olvido a su pena de amor en una orgía de sol y de colores. Y ocurrió que en medio del embrujo de Capri brotaron las suaves cartas a la hija (*Lettere a Bianca*), que la poetisa veía entregada a los tiernos cuidados de su maternidad reciente y en quien

ella misma revivía con honda emoción, presintiendo sin embargo que por segunda vez se rompía entre ellas el cordón del sagrado ombligo, siendo de ley que toda mujer siga por camino propio su destino de esposa y madre.

Este presagio de soledad pareció atenuarse más tarde al conjuro de la infantil ternura de la nieta, y la poetisa, ritmando sus nuevos cantos con el dulce balbuceo de Donata (*Donata dorme - Donata prega*) volvió a sentir el orgullo de una doble maternidad: la alegría de ser vida viviente de otra vida viviente.

Pero en *Il Dono* el presagio es ya dolorosa certeza; ninguna mujer puede escapar a su condena de materna soledad. Hay que aceptarla sin rebelión y transformar el sufrimiento en ofrenda a la vida. Las tres líricas centrales del volumen: *Parole a mia figlia — Confessione — La stirpe*, inspiradas en el mismo tema, son claras y simples como toda verdad humana. Con ellas la Negri nos da, si no su mejor canto, seguramente su enseñanza más noble.

Nace la mujer con la divina misión de crear. Madura para una divina pena de amor. ¿Qué importa la tragedia de soledad que ha de abatirse sobre ella el día en que sus hijos se inclinen sobre la cuna de los propios, si sabe que vive perfectamente en las inagotables fuerzas de la estirpe?

.....*O mia sola, o tante e tante  
mie creature! O discendenza, giorno  
senza tramonto! Così volge un fiume  
con l'onde sue sempre le stesse, sempre  
nouelle, in corso ampio e perenne, al mare.*

El rasgo característico y acaso la grandeza de Ada Negri está en su absoluta, en su sana femineidad. En todos sus libros prevalece la misma nota: el destino humilde y glorioso de la mujer, cuya ley es el amor. Seguramente por ser tan femenina la tiene sin cuidado toda actitud polémica y hasta toda pregonada aspiración feminista. Tendrán o no razón las feministas al difundir su prédica; no las discute ella; las ignora, simplemente. Para Ada Negri una sola cosa importa: ser mujer; ser madre.

Cuando no es ella misma, cantando en armoniosas páginas sus angustias de amor y su ansia materna, son otras mujeres quienes dejan en ellas su propia imagen: cada una con su drama, y el mismo

secreto para todas. Así nacieron *Le solitarie* y *Sorelle*: galerías de retratos (muchos de ellos, vigorosas y nítidas aguas fuertes) donde se llega a las almas hermanas por un camino de cordial simpatía, y se las hurga con la certera intuición que ya el poeta llamara *intelletto d' amore*.

Mujeres y mujeres descubren en las musicales prosas de *Le Strade*, en los poemas de *Vespertina* y del *Dono*, profundos remansos de su atribulada vida en que tiembla, con temblor de estrellas, un deseo o un recuerdo de cuna. Y es precisamente un suave fantasma de mujer desaparecida, a quien *Il Dono* está dedicado, el que inspira una serie de poesías de una pureza casi inmaterial, en las cuales la angustia materna, espiritualizándose hasta rehuir el mismo peso mortal de la palabra, exhala en una sinfonía de mundos extáticos y rutilantes.



Ada Negri ha andado mucho camino en su peregrinación de artista. Guiada por su instinto, no se ha extraviado; al contrario, ha ido ascendiendo. Su paciente esfuerzo de perfección técnica se ha cumplido de consuno con una obra de afinamiento mucho más subterránea e importante, al ser la vida misma la que trabajaba su alma con el buril de las adversidades, abriendo surcos para preciosas siembras espirituales. Al igual que su generosa tierra lombarda, por cada siembra la poetisa nos ha dado una cosecha de prosas y de cantos. Y cada nueva cosecha salía más rica en jugos nutricios, pues el dolor echaba la simiente siempre más honda, más próxima a la fuente del corazón.

No hay que dudarlo: si es el corazón el que canta, la poesía es emoción. Y queda.

NELLA PASINI.

## 10 - 275

*Quien no sienta a Stravinsky, que no pierda su tiempo en leer estas notas, de las que no comprendería absolutamente nada.*

*Y ahora la premisa del delirio: ante esta música sin precedentes, las palabras pierden su significado; y si conservan alguno, lo cambiaron en tal forma que ni yo mismo puedo saber cuál es.*

*Estos tiros de bolcadoras, que intentan atrapar algo de lo que se nos evade en tumulto al concluir el concierto —aún sin haber sido escritos antes— alcanzan a la época del Gran Chivo, Ansermet el revelador, y corresponden a mis sucesivas y resueltas incursiones por los predios de Stravinsky. Se condensan ahora por su sola acción de presencia.*

28 de abril de 1936. — En la ferviente espera, en el “fading” de la sala, en la conjuración de la orquesta, —esos quedos y misteriosos santos y señas entre los ejecutantes al acecho, que el público nunca percibe— una emoción hecha anhelo y clamor de homenaje: “Buenos Aires, *de pie*, para recibir a Stravinsky...!”

Pero cuando apareció el semidiós, ese grito no pudo irrumpir. ¿Fue la localidad (platea 275, fila 10) que puso el manotón de su porteño estiramiento en el impulso con que la gratitud pujó por manifestarse?... ¡Ah, mis desprevenidas y consecuentes galerías de otras veces...!



Stravinsky y *su* público: el rebote de dos esperas. La una ansiosa. La otra gloriosamente segura de sí.



Stravinsky y el público: *L'Apprenti Sorcier* de Dukas. El que oye, oye como un aprendiz. Pero a la música no le importa, porque sabe que el Brujo la hace brotar espasmódica y desordenadamente coordinada en la sobrenatural fantasmagoría de su genio. El aprendiz escucha ávido y receloso, con el vago terror de un cataclismo; pero el Mago es todopoderoso, y cuando la desaforada orquesta se abate, como fulminada por su voluntad, no ha pasado nada, una tromba de sensaciones nos abandonará dejándonos vibrar como un diapasón, y uno lanza, sin querer, un bravío suspiro de alivio...



¡Qué abismos de silencio se entrevén en el jadeo de ciertos "crescendos"!...



Stravinsky: el Dictador de la orquesta.



Sensación de sentirse una pluma, arrebatado en remolinos de armonía por el vendaval de la orquesta.



Por momentos parece que la orquesta fuera a rajarse, a reventar clamorosamente, a vociferar, a pedir auxilio, a huir de sí misma, a desbandarse despavorida, enloquecida, exaltada, galvanizada de música, frenética de música, de sonido y de sensación.



Se dice que cuando la palabra no *llega*, ahí está la Música para agotar su alcance. Sí, pero... y cuando se agota la música, y el "trop-plein" orquestal la sobrepuja y delira por superar su expresión —como el que acude a la impotencia del monosílabo para liberrar el atropello de los pensamientos o de las sensaciones—

¿qué nuevas palabras en potencia se adivinan, sobrecogidos, en el confuso tumulto que las desata?...

Por eso me aniquila no lograr asir ni qué dice, ni qué cuchichea, ni qué grita la estupefaciente música de Stravinsky. Dolida intermitencia de *Petruchska*, frenética locuacidad del *Capriccio*, excandescencias del *Primer Concierto para piano y orquesta*, ex-abruptos del *Concierto para dos pianos*, invasión del *Sacre du Printemps*, celo de *Bodas*, demencia del *Edipo Rey*, orante absolución de la *Sinfonía de los Salmos*, ignorada *Perséfone*, ninguna otra profetiza con tan mesiánico delirio, con calma tan oceánica, con tan irresponsable naturalidad, salvaje y doméstica a la vez.

No sé. No sé... Parece música hablada, de repente en voz baja, a veces conversada, y de improviso a gritos, pero con palabras que todavía no se comprenden bien. ¿No será un idioma para el año tres mil?

•

¿O no serán palabras tremendamente olvidadas, de cuando éramos *otra cosa*?

•

•

¡Ahí está, ahí está!... ¿Música en libertad?...

•

¿Cómo se sale del concierto?... Tampoco lo sé. Sorprende haber escuchado; vacila el espejismo de creer que se captó; y bulle la ansiedad de que *eso* ha concluido —no, no concluye, no puede concluir. Sigue largamente dentro de uno— y de nuevo la incertidumbre de vastos y primitivos asombros...

El aspecto, la estructura, el material de los edificios; el de las calles, corredores de música vagante, y como alejadas, en cuyos recios silencios se oyen resonancias de orquesta; el impasible rosario de los interminables focos de luz; y en la densa soledad de la calzada, se camina ante sí, largamente, sin advertirlo, vagos, encorvados, con quebrados gestos de resignación, siguiendo sin querer el rumbo de casa, a la que se llega como involuntariamente, empujados por esa música que no sabe callarse... Allí, ante los anaqueles, la mano se va sola a cualquier libro de mitología.

•

La *Sinfonía de los Salmos* no se ejecuta ni se interpreta. sencillamente, la orquesta y los coros la abandonan, la dejan en libertad, la sueltan, y ella se evade, y sube, sube extáticamente, perdida-mente, hacia cielos inmensos y desconocidos.

Por eso es sacrílego aplaudirla. No hay que hacerla bajar aquí, donde no tiene por qué estar.



Es incomprendible que Stravinsky no haya creado algo así como una taquigrafía musical. ¿Cómo hace para no dejarse huir ciertas vertiginosas evasiones de armonía, de canto, de irrupción orques-tal? ¿Cómo las alcanza, cómo se les anticipa, cómo llega al atajo?



Su música, su futura, persistente música de hechizo, Stravins-ky la *ve* o la *oye*?



¿Qué hemos hecho para merecer la Anunciación de *La Sinfo-nía de los Salmos*?



Una anunciación, sí; eso es. ¿Pero de qué, Dios mío, y de qué cosa? . . . Somos todavía demasiado humanos para penetrar esa pro-fecía. Stravinsky es el único que la sabe.



¿Qué es el sonido? Uno lo ignora hasta llegar a Stravinsky. Y entonces, cuando ya no hay salvación, se advierte —embruja-dos— que es un filtro . . .



Bach, Beethoven, Wagner, Stravinsky . . .

Cada Rey, cada Emperador, antaño, tenía su cuarteto. He ahí el alucinante, el definitivo Cuarteto que se ha organizado el Tiem-po. “Yo soy lo que ha sido, lo que es, y lo que será”.



Los grandes directores de orquesta que conozco —como un moho me reviste el remordimiento de la ausencia de Toscanini— parece que quisieran apartar de sí a los “crescendos”, como arrojándolos a la jauría de la orquesta. Stravinsky, en cambio, magníficamente egoísta, como si los quisiera todos para sí, los recoge en un fulgurante gesto de auriga romano, que en el Circo, en el vértigo de la carrera, diese una frenada espectacular. Tiene razón. Le pertenecen.



Es exasperante la lógica falta de lógica con que la música de Stravinsky se burla a veces del que la oye. Parece que fuera para un lado, no señor, patina hacia otro; uno, torpe, espera tal derivación, ¡y qué esperanza!, revienta tal otra. Parece el inverosímil vuelo de un murciélago, la disparada absurda de un ñandú. No hay remedio. *Tiene* que ser así.



El piano debe sentir una irresistible gratitud por Sulima —Sulimuchka— Stravinsky, joven y garrido, que lo rejuvenece cuando se sienta ante él. Y ejecuta con la misma soltura, con la misma naturalidad con que se vive, con que se respira, con que se nada o se rema. Parece la misma juventud, toda la juventud, que haya dejado el aire libre por el teclado.



Pocas cosas tan bellas como el fervor con que Sulima, al piano, acecha a su padre en la orquesta.



Sulima Stravinsky se zambulle en el teclado con la misma perfecta armonía del nadador en la pileta.



¿Qué se debe decir, después de un *Capriccio* o de un *Concierto para piano y orquesta*? “¡Qué hijo!” o “¡Qué padre!”?



•

Stravinsky ensayando: la impetuosa coordinación del caos que arrolla en los frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. Casi ya no me importa verlos.

•

Stravinsky ensayando: Gulliver en Lilliput. ¡Oh, sí! Muy en Lilliput.

•

Fuera de los hombres, el genio, lo mismo que Dios, no puede existir. Para muchos, para mí, Stravinsky, tal vez sin que lo sepa él mismo, es una pavesa desprendida del Olimpo. Para los más, no es sino un director de orquesta que ensaya a tal hora y ejecuta a tal otra...

•

La inspiración de Stravinsky: el impacto de un cartucho dum-dum.

•

Stravinsky desencadenando *La Consagración de la Primavera*: Gengis Khan al frente de sus hordas.

•

*La Consagración de la Primavera* nos invade para saquearnos.

•

El deshielo, la estepa semiaterida, ansiando estremecerse algo menos, una doliente primavera escarchada, ¡qué sé yo, qué sé yo!...

•

¿Cómo se ha formado *La Consagración de la Primavera*: de adentro para afuera, o de afuera para adentro?

•

Quien escucha *La Consagración de la Primavera* asiste aterrado a la formación geológica del mundo.

•

Certaines saccades du *Sacre du Printemps*: le rut de monstres antédiluviens. (Elijo el francés porque ninguna otra palabra rinde tanto como *rut*).



En la orquesta de Stravinsky todos y cada uno de sus instrumentos son al mismo tiempo de cuerda, de viento y de percusión. Esto es endiabladamente cierto.



En *La Consagración de la Primavera* todo es sobrenatural, todo es irracional.



Los detractores de Stravinsky son todos antiwagnerianos, intransigentemente antiwagnerianos, sin excepción, aunque no lo sepan, ni quieran admitirlo.

Es sencillo, fatal y hereditario. Contemporáneos de Wágner, lo habrían negado, enconadamente, a él también. Es la parálisis progresiva de la captación en sus diversas fases.



*La Consagración de la Primavera*: música de Caínes y de Abeles.



*La Consagración de la Primavera* es la demencia de Dios.



Juro que el mismo Stravinsky no puede saber cómo ha compuesto *La Consagración de la Primavera*.



En ciertos pantanosos burbujeos del *Primer Concierto para piano y orquesta*, obsede el anticipado paroxismo de las alimañas, de las lianas y de atroces enredaderas en la sombría humedad de la maraña tropical.



Ningún mito griego es falso: el de la túnica de Neso revive pavorosamente en *La Consagración de la Primavera*.

•

La generosidad de Stravinsky es tal, que toda su orquesta parece tocar exclusivamente para uno solo.

•

¡Qué de cuentos de cucos deben haber estremecido la infancia de Stravinsky!

•

Ahora comprendo el obstinado ir y venir de la fiera en su jaula: he oído *La Consagración de la Primavera*.

•

Después de *La Consagración de la Primavera* todo lo que nos rodea, absolutamente todo, resulta exasperante. Pone fuera de sí tener que volver de no se sabe dónde.

•

¡Qué abrumadora, qué absurda memoria de milenios, la de Stravinsky, al generar *La Consagración de la Primavera*!... Porque *eso* no ha sido creado, ha sido *recordado*.

•

Después de *La Consagración de la Primavera* nos enardece una sola necesidad: caminar. Hay que caminar, hay que caminar, decididamente, hay que *seguir*, proyectados hacia adelante por ese alarido, por esa música de siglos.

•

(¿Hay que seguir o hay que *volver*?...)

•

El sentido del oído transformado en el de la vista: se oyen como halos alrededor de ciertas sonoridades de Stravinsky.

•

Los timbres son inspiración. El sonido *es* inspiración. Pero hay que llegar a Stravinsky para comprenderlo.

*Bodas* es la aurora boreal de la pasión.

Me da miedo comprender: las campanas del final de *Bodas* doblan a muerte por la Muerte, diezmada por el amor. (El lecho nupcial es su banquillo de ejecución).

La música de Stravinsky amontona toda la emoción de la que le es anterior, y desparrama la que habrá en toda la que vaticina.

¿En qué *momento* vuelve a ser palabra la música de Stravinsky?  
¿En cuál sugiere y dicta más tumultuosamente?

Yo ignoraba ser un cardíaco, hasta que lo diagnosticó *La Consagración de la Primavera*.

La música de Stravinsky es el espejismo de su propia inspiración.

En los acordes iniciales de *Apolo Musageta*, el dios revive y se adelanta con la misma grandiosa actitud de la estatua vaticana.

Al salir de *Perséfone*, en la yerta noche, no extraña que sea de noche, ni que el cielo parezca más bajo, y las estrellas más altas, y que Júpiter, altísimo, brille con bárbara y silenciosa potencia. Lo que extraña, lo que asusta — como en *La Consagración de la Primavera* — es que todo siga como antes.

Stravinsky se irá. No hay remedio, se irá. Y como en esos fosforescentes cuentos japoneses, uno habrá vivido nueve siglos en nueve días...



El francés de bronce de Victoria Ocampo. Ráfagas de frío, al escuchar su potencia, en la sobrehumana dicción. No es más un idioma: es un eco. El de la Música.



Stravinsky es tan irresponsable como la Naturaleza.



... .. (Esta acción de gracias es tan dolorosamente íntima y grande, que no puedo ni debo transcribirla).



Es una responsabilidad ser contemporáneos de Stravinsky: sepamos merecerla.



...Un dislocado remedo de cinta de actualidades. Movedizos grupos de fieles sitiando el auto, a la salida del teatro, y un grito aislado y unánime: "Revenez! Revenez!..." Luego la fuga hacia el puerto. Y el *General Alvear* alejándose en un halo de luz, de humedad, y de tinieblas: Stravinsky!... "Revenez!... Merci!... Merci de tout!... Revenez, revenez en beauté, en musique!..."

En el cielo, altísimo, como señalando el derrotero, Júpiter brilla con bárbara y silenciosa potencia... ..



...Yo he vivido, yo he vivido nueve siglos en nueve días!...

FÉLIX M. GALLO.

Buenos Aires, mayo 18 de 1936.

**ENCUESTAS DE NOSOTROS**

**AMERICA Y EL DESTINO DE LA  
CIVILIZACION OCCIDENTAL**

**P**ROSEGUIMOS la publicación de las respuestas recibidas hasta ahora a nuestra encuesta sobre las dos cuestiones conocidas de nuestros lectores. Era nuestro propósito cerrarla en el presente número. Dos autorizadas respuestas llegadas por el último correo, respectivamente de París y Londres, de que son autores los conocidos escritores y periodistas Ricardo Sáenz Hayes y Enrique Villarreal, cerrarán la encuesta en el próximo, junto con la de Ricardo Tudela, el prestigioso escritor mendocino.



DE SAUL TABORDA

*El doctor SAÚL TABORDA, cordobés, abogado, es un publicista de nota; pertenece a la generación que propugnó la reforma universitaria de 1918. Fué Rector del Colegio Nacional de La Plata. Entre sus libros figuran Investigaciones pedagógicas, Ideal político de los argentinos, etc.*

I. — La primera cuestión se refiere a la civilización argentina y a sus posibilidades futuras.

¿Qué es la civilización argentina?

---

(1) Véase en los números 1, 2 y 3 las respuestas de los señores Manuel Ugarte, Julio Navarro Monzó, Ernesto Mario Barrera, Emilio Ravignani, Alejandro Castiñeiras, Jorge Luis Borges, F. Ortiga Anckermann, Luis Pascarella, Delfín Ignacio Medina, Rodolfo Rivarola, Alfredo L. Palacios, Ramón Doll, Hernani Mandolini, Francisco Suaiter Martínez, Alvaro Yunque, Augusto Bunge y Horacio Rivarola.

La civilización argentina, sobreentendida en este caso, es un concepto alusivo al complejo formado por la ciencia, la política, el arte, la religión y la economía del tiempo.

Como tal, no se puede decir que sea originariamente argentina. Es europea. Es la cultura europea. La cultura respecto de la cual Hofmannthal ha podido afirmar que aún para negarla se requiere la adopción de una actitud europea. Nosotros la tenemos, en la estructura que actualmente presenta, porque la hemos importado de Europa y porque Europa la ha puesto al servicio de nuestro destino.

En el sesgo histórico en el que hoy se encuentra todo cuanto tiene sello europeo —en la Argentina, como en cualquiera de los pueblos alcanzados por la influencia de Occidente— preguntar si “posee América recursos propios materiales y fuerzas espirituales suficientes para salvar su civilización y desarrollarla en lo futuro”, es tanto como no parar mientes en que lo que está en tela de juicio es la validez misma de la civilización del presente.

La civilización del presente está en crisis. No se trata de saber si se ha de *salvar* en la Argentina y ha de periclitar en Europa. El hecho cierto y decisivo es que *toda* la civilización del presente está en crisis. Con guerra o sin guerra, el drama contemporáneo radica en que todos los fundamentos de la vida occidental han sido ya juzgados y hallados falsos.

II. — Por lo consiguiente, “la suerte de la Argentina” no depende de averiguar si ella está en condiciones de *salvar* una civilización enjuiciada sino en pulsar sus aptitudes creadoras para contribuir a forjar una nueva cultura, la cultura del *novus ordis*, del ciclo que ya se anuncia, pleno de novedades, en todas las dimensiones del pensamiento.

Si debo hablar con la entera franqueza que reclama y exige esta hora crucial en la que se juegan los más vitales intereses humanos, declaro que, a mi ver, la crisis de la civilización occidental del presente, lejos de significar un riesgo mortal, entraña, para nosotros, una posibilidad de recuperación.

Hemos edificado nuestra vida con elementos prestados. Desdeñando todo lo propio, todo lo genuinamente nuestro, todo lo que llamo genio facúndico para designar sensiblemente —con una figura de representativa reciedumbre humana y popular—, la expresión argentina, nos hemos esforzado en cercenar nuestra historia colocando

## AMERICA Y EL DESTINO DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

una fecha —1810— como el hito de una “zona de nadie” separativa de dos mundos. Del mismo modo, aquella fecha que para ser *histórica* necesitó los siglos históricos precedentes, nos ha sido presentada siempre no como una *continuidad* sino como una negación. Como una obstinada y tozuda negación, a virtud de la cual hemos sacrificado nuestra idiosincrasia existencial en el insano empeño de asumir una fisonomía copiada. Hemos cedido lo esencial por una copia. La copia de algo que ahora resulta efímero y deleznable.

Pero, gracias al severo examen de conciencia con el cual la propia Europa aspira a retornar al fondo de lo humano, vamos aprendiendo a ver que toda auténtica cultura —ciencia, arte, religión, política, economía—, es una obra de continuo y heroico decantamiento de las íntimas fuentes del alma popular. Por eso la falencia del orden europeo, al ser, antes que nada, una constatación de la insuficiencia de sus principios rectores, constituye, para nosotros, el más serio de los problemas que se haya propuesto a nuestro destino. *To be or not to be.*

Estoy lejos de pensar que para resolver este problema debemos aislarnos a favor de una ciega negación de los contenidos del clima universal formado por el espíritu del tiempo. Los pueblos se reconocen hoy más que nunca. La guerra de 1914 fué ya una toma de conciencia del coexistir responsable y solidario de los pueblos. Lo que quiero decir ahora es que para que podamos coexistir de un modo responsable y solidario en la comunidad internacional, es necesario que nos dispongamos a conjugar nuestra expresión con las grandes líneas del espíritu sin renunciar a la originalidad del genio nativo. Esta es, a mi juicio, la condición ineludible para elaborar una cultura que por nutrirse en las entrañas vivas de nuestro pueblo, de este pueblo real y concreto ubicado geográfica e históricamente, pueda insertar en el espíritu universal la eternidad del nombre argentino.

SAÚL TABORDA.



DE ARTURO ORGAZ

*El doctor Arturo Orgaz, nacido en Córdoba en 1890, enseña en aquella Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Estudioso de los*

*fenómenos sociales no desdeña mezclarse a la lucha, y así sus libros se orientan de ambas direcciones (En guerra con los ídolos, Crítica democrática, Ensayos liberadores, obras de combate; Las muchedumbres, Paráfrasis del Libro I. del Código Penal, Diccionario Elemental de Derecho y Ciencias Sociales, trabajos científicos). Fué senador provincial.*

Respondo muy complacido a la inquisición de NOSOTROS, tanto por la vital significación del asunto cuanto por el anuncio de NOSOTROS resurrecta. Razones de tiempo, por desgracia, me fuerzan a una generalización necesariamente precipitada.

Si se nos hubiera vaticinado, en medio del júbilo precario que encendiera en 1918 el armisticio, que a menos de veinte años estaría de nuevo la humanidad sacudida por ardores bélicos y los valores morales en plena derrota, habríamos imputado a miopía insensata tamaño augurio. Se dijo tanto que la victoria de las potencias aliadas y asociadas comportaba el seguro para la civilización, para la paz, la libertad y la democracia! . . . Pronto, no obstante, se produjo un extraño vuelco: los mismos aliados impusieron una paz angustiosa, la libertad pasó a "cadáver putrefacto", la democracia fué negada en todos los tonos y el rearme violento de los Estados objetivó el disimulado rencor de los espíritus. Y de nuevo, la guerra asoma su faz coronando el fastigio de la civilización! . . .

Conceptualmente "guerra" y "civilización" se reputan incompatibles, si bien no lo son históricamente. Dentro del género "guerra" podemos distinguir las "de la civilización" cuyo proceso preparatorio, cuyas causas determinantes, cuyos desarrollo, crisis y epílogo, son típicamente modernos. La guerra es como un parásito (otro sería la desocupación, por ejemplo) de esta cosa teratológica y rechinante que denominamos, con expresión indudablemente prostituída, "nuestra civilización".

¿Cuál puede ser la suerte de América frente a una nueva masacre mundial? No estoy muy convencido de la inminencia conflagratoria. Es verdad que Europa es un vastísimo polvorín por donde discurren, ebrios de sangre, hatos de vesánicos y turbas de anormales, talvez restos de la última guerra. Con todo, me inclino a creer que lo que aun frena la pasión fratricida es el estado caótico de la casi totalidad de las naciones y, por tanto, que contemporáneamente con una nueva contienda general habrán de estallar revoluciones en va-

rios países que, armados al máximo, no se lanzan a la aventura exterior recelosos de la cohesión interna que pudiere frustrar los cálculos más optimistas de los empresarios. De todos modos, sea por vía del conflicto internacional catastrófico o por la de las revoluciones sociales, no puede negarse la terrible crisis inmediata del viejo mundo y es juicioso plantearse la posición americana en esta hora singular del mundo.

Cada vez que el simpático y generoso romanticismo de nuestros intelectuales y políticos de fines del siglo pasado y de los albores del actual, invocaba a América y la ofrecía como tierra fértil para la germinación de una nueva humanidad, me he preguntado si realmente contábamos con los valores y las tendencias indispensables para alcanzar una otra manera de vida colectiva, un otro destino para pueblos y razas. Esa punzante duda cobra máxima gravedad hoy, ante el panorama occidental, por la necesidad urgente de ubicar en alguna parte la cuna del resurgimiento humano, sobre tierras limpias de barbarie atávica.

Por mi parte, sin pesimismo radical y con ponderado juicio del fenómeno americano, hallo que la realidad geográfica de "un nuevo mundo" ha sido siempre extraña a la realidad histórica de un mundo nuevo. Porque nuestra estructura y nuestra alma, nuestra economía y nuestra cultura, nuestra escuela y nuestra política, en fin, nuestras ideas y nuestras emociones, siguen siendo proyección imitativa del ser y del acaecer europeos. De ahí que al proponerse "si posee América recursos propios materiales y fuerzas espirituales suficientes para salvar su civilización y desarrollarla en el futuro", objeto el posesivo "su". La llamada civilización americana es un simple traslado de la europea al suelo indiano, por europeos genuinos o por americanos europeizados. ¿Qué lograría, en consecuencia, América, con salvar (si ello fuere posible) una civilización que le ha sido dada e impuesta? A lo sumo, repetiría el proceso de saturación y desintegración ofrecido por Europa desde las últimas décadas del siglo XIX. La adjetivación de "americana" para lo que llamamos "nuestra" civilización, traduce un espejismo. No puede decirse otro tanto de la civilización asiática.

Es un lugar común que la próspera naturaleza continental ofrece un mundo de prodigiosas posibilidades. Mas ¿es América misma quien posee el contralor de sus riquezas y, por lo mismo, el dominio

de esas posibilidades? Para ser dueño de un destino, en lo individual como en lo colectivo, es de rigor poseer aptitud para crear la sustancialidad de "lo propio" y regir, en mayor o menor grado, el ritmo del devenir. Dentro de la realidad actual del mundo, América es una muestra del poder expansivo de Europa, es una Transeuropa. Sería imperdonable querer asentar la personalidad americana sobre un particularismo inconexo tanto como empeñarse en hallarlo en el cosmopolitismo bullente que exhibe la coyunda servil. Nada tiene que ver esto con la interdependencia entre partes armónicas de un sistema equilibrado. Se trata, a la inversa, en nuestro caso, de un sistema de dominación por cuya virtud, rota toda equivalencia entre entidades válidas, se crea un estado de sujeción, más o menos franco y virulento, pero de todos modos inconciliable con el propio destino colectivo. Es, justamente, la relación de metrópoli a colonia o provincia. Repitamos lo que ya estamos habituados a oír, esto es, qué salvo los Estados Unidos de Norteamérica, nuestro continente es considerado, no únicamente por los europeos imperialistas más también por ciertos "criollos" muy nacionalistas, al servicio de aquéllos, como importantes colonias. Lo que acontece, por cierto, dicho de una vez y en resumen, porque la estructura política (en más de un país americano presuntuosa bambalina que decora un lamentable drama de vasallaje), no descansa, como fuera menester, sobre cimientos económicos y culturales autárquicos.

Y ¿qué decir de "las fuerzas espirituales de América"? Estrictamente, constituyen una riqueza potencial. Llegarán a expresión suprema de la realidad americana cuando nuestro continente pierda su condición apendicular y se reconozca a sí mismo como "un mundo nuevo". Es preciso que esta denominación supere el molde cartográfico o la figura literaria.

Las que tenemos por fuerzas espirituales de América son expresiones de la influencia todopoderosa europea que nos decreta la moda y la ciencia, el arte y las costumbres, las virtudes y los vicios, la fisonomía urbana, la economía y la ética, el tono y el acento de la vida intelectual. ¿Dónde hallar el espíritu de América? ¿En los restos de las civilizaciones maya, azteca, incásica, quichua, araucana, etc., a cuyo influjo somos tan inaccesibles como al del Egipto milenario? ¿Acaso en pretendidas manifestaciones de música popular sin raíz vernácula, con tóxico de hampa? ¿Acaso en deformacio-

nes lingüísticas logradas en el lento y laborioso proceso de asimilación de corrientes inmigratorias multánimes? ¿Talvez en expresiones folklóricas sin emoción colectiva? Lo americano, la americanidad, es un abstracto que no se ha constituido, como debiera, por sublimación de la realidad. O es lo europeo, frecuentemente deformado, o como, en el caso del vigoroso aprismo, un ensueño de recuperación autóctona. Pero, ¿qué es lo autóctono americano? Tradición mítica de perfiles desdibujados en la maraña de una historia compuesta por los conquistadores o por sus descendientes, felices de saberse conquistados... Así se explica que la llamada historia de América sea una relación hazañosa de cuanto emprendieron o intentaron los conquistadores y sus hijos, los hispano-americanos. Por esa razón, talvez, Carlos Octavio Bunge para trazar su estudio de psicología social en *Nuestra América*, comienza por "los españoles", a quienes dedica 109 páginas, continúa con "indios, negros y mestizos", a quienes sólo otorga 42 páginas, no obstante ser los verdaderos sujetos de la tierra, y concluye con "los hispano americanos", a quienes dedica casi 50. Lo que traducido a buena lógica tanto vale como reconocer que nuestra América era simplemente nuestra España.

A la imposibilidad de que nuestro continente, baldío de genuinas fuerzas espirituales y de propias bases económicas, alcanzara metas de superación, aludía Agustín Alvarez, espíritu pleno de sagacidad, cuando nos manifiesta que no podíamos elevarnos "desde el pobre suelo mental en que nos dejó la más reaccionaria de las naciones cristianas" pues éramos —y somos— "pueblos nuevos de entendimiento viejo". He ahí nuestro pecado original.

América, carente de recia contextura espiritual, desprovista de autonomía económica, sin potencia política estabilizada, continúa en su papel de zona de influencia europea. En la casi totalidad de los países continentales se muestra con nítida insolencia, la proteiforme dominación capitalista. ¿Necesitamos ejemplos? ¿Es cosa de sorprenderse que para lograr mercados a las carnes argentinas debamos pasar por la deprimente exigencia de asegurar un rédito "razonable" a los capitales ingleses, otorgando cambios privilegiados y entregando el contralor y porvenir del tráfico automotor a las empresas ferroviarias y tranviarias británicas "argentinas"? ¿Ignoramos la realidad del monopolio de nuestra cosecha que se valoriza en el extran-

jero al propio tiempo que se desvaloriza en nuestro propio país? ¿No hemos comprobado, con pelos y señales, la existencia del trust eléctrico que ha dividido el territorio nacional en zonas de captación y explotación, sin que haya recursos administrativos ni judiciales bastantes para hacer efectivas las disposiciones legales antimonopolistas? ¿No amenaza constantemente el trust petrolífero que va estrechando el círculo de sus legiones conquistadoras, diseminadas por todo el ámbito de la actividad pública y privada? ¿No están gravadas las generaciones argentinas por los servicios de una formidable deuda externa que, además de afectar el patrimonio nacional, puede volver ficticia la independencia política? ¿No vamos habituándonos a los manejos tortuosos y antisociales de las múltiples empresas explotadoras de servicios públicos que, en forma monopolista, sacrifican el interés colectivo dictando su propia ley a despecho de los gobiernos, violando y alterando el régimen de las concesiones, presionando la acción legislativa y ejecutiva, desconociendo la potestad fiscalizadora de los poderes públicos y burlando la buena fe del Estado? ¡Y nuestra nación es, se nos dice con sarcástica adulería, "una gran nación"!

Y no está dicho todo. El capitalismo internacional trabajaba hasta hace poco en América con sigilo pacifista. Mas ya muda de táctica. Ahora adopta métodos truculentos. Ha encendido la guerra en el continente como antes financiaba revoluciones en Méjico. La contienda chaqueña, incomprensible como oposición de naciones aún para los propios beligerantes, que en determinado instante sembró la inquietud en toda América por la obscura pugnacidad que la alimentaba, señala un nuevo riesgo, esta vez extraordinario: de continuar las cosas como hasta aquí, ya nuestra paz también será extranjera; ya no dependerá de nosotros mismos. Lo que aún pareciendo absurdo es una verdad fundada en la experiencia. Será la paz americana un estado incierto, sembrado de sospechas y zozobras, fruto de las maquinaciones y combinaciones de los mariscales del imperialismo, estupendos bandidos internacionales sin ley y sin patria que, tal vez por eso, juegan con todas las patrias y todas las leyes.

La voz de orden para toda conciencia limpia y libre debe ser: echar las bases para la estructuración de América como "un nuevo mundo". Disponerse a reemplazar a Europa en la hegemonía mun-

dial sin arrastrar sus lacras, sin ingerir sus tóxicos, sin heredar sus miserias, sin imitar su agonía innoble. Lo cual no es abominar de nuestra ascendencia europea y romper la línea del mundo, sino más bien, parodiando una expresión célebre en la ilusión jurídica del siglo pasado, "a través de Europa, pero más allá de Europa". Pues sólo "un nuevo mundo" podría acoger y dar sitio a los supremos ideales de justicia social, paz y cultura, que andan huérfanos y humillados por el camino sangriento y abismal de la Historia.

En estos tiempos de agudo "planismo" pienso que, sin incurrir en vicioso trascendentalismo, los hombres responsables que hay en América deben concertarse en pensamiento, sentimiento y acción inmediata, para acometer el primer intento serio de hacer posible "un nuevo mundo".

Existen en el continente realidades no sacrificadas por la absorción europea. Y deben aprovecharse para que los americanos conquistemos a América. Tales: ausencia de odios raciales, relativa simplicidad lingüística, espíritu pacifista internacional, escasa densidad demográfica, vasto y rico territorio, variedad climatérica, formas políticas afines, estructura económica análoga, formación histórica coetánea, fuentes e influjos culturales comunes. Estos caracteres difícilmente pueden señalarse ni siquiera en una nación europea.

Es posible que entrando en el análisis de cada elemento o realidad, en especial de orden psíquico, los hallaremos no del todo nobles. Por ejemplo: el pacifismo americano no cabe imputarlo a estado de cultura creador de una aversión consciente por la barbarie fratricida, sino más bien al hecho de que las diversas naciones, pobres y despobladas, necesitaban tranquilidad para afianzar su progreso de raíz fuertemente utilitaria y de un pragmatismo frecuentemente excesivo. Era campo propicio para la felicidad, el éxito, la fortuna y el restañó de las heridas que el fracaso había abierto allende el mar. Sea como sea, la verdad es que contamos en América con algunos recios puntos de apoyo para el ideal humanista.

La idea de Paneuropa ha sido siempre violenta y despótica: una aspiración militar. En tanto que las denominaciones usadas para designar, con diversa amplitud y rumbo, el anhelo de una integración americana, han sido expresión de propósitos civiles y solidaristas. Panamericanismo es vocablo con frecuencia sospechoso porque se le traduce al monroísmo; hispanoamericanismo no es suficiente amplio

por aludir al concierto de los países ex-colonias españolas; latino-americanismo es más amplio que el anterior pero implica el repudio a lo norteamericano; indoamericanismo, especialmente voceado en Perú y Méjico, es la posición francamente antieuropea. No obstante las diferencias anotadas, todas esas expresiones alimentan la tendencia de una nacionalidad continental, afirman la necesidad de superar el estrecho nacionalismo en una síntesis siquiera parcial de la humanidad libre.

Pero falta dar forma al entusiasmo, ora literario, ora político, por la concertación americanista. ¿Cómo lograrlo? Mediante un potente movimiento que exceda con amplitud generosa los cenáculos intelectuales, los editoriales periodísticos, los alardes diplomáticos y los fáciles bautismos de escuelas... Un movimiento en que aparezcan empeñados, a la vez, gobiernos, partidos políticos, prensa no vendida al capitalismo, juventudes universitarias, organizaciones obreras, mujeres, intelectuales, comerciantes e industriales. Debe esbozarse un programa bien concreto y económico-político cuyos puntos salientes podrían ser:

- 1) Paulatino librecambio continental.
- 2) Transformación tributaria sobre la base de la desgravación al trabajo y el gravamen a los valores no ganados por el propietario.
- 3) Sanidad monetaria para dar suficiente poder adquisitivo a los salarios.
- 4) Escuela pública laica.
- 5) Unificación y coordinación de la legislación del trabajo.
- 6) Enseñanza de la geografía y la historia americanas de manera que intensifique la vinculación simpática entre las naciones del continente.
- 7) Nacionalización de las fábricas de armamentos y de las industrias bélicas.
- 8) Penas severísimas para los traficantes y agentes de armamentos.
- 9) Arbitraje internacional obligatorio.
- 10) Disminución de los gastos militares.
- 11) Acción colectiva contra todas las formas de explotación capitalista incompatibles con el interés social.

Los puntos señalados corresponden a ese mínimo de acción ne-

cesaria para formar un nuevo espíritu continental y dar un nuevo rumbo a la vida nacional e internacional. Pero... se me dirá que los resultados de la acción americanista serían lentos, casi insensibles de inmediato y que lo importante es proponerse qué papel jugará el mundo americano en el desenlace de la actual comedia humana. En materia social, si es tentador asentar predicciones siempre resultan aventuradísimas: no son fuerzas mecánicas las actantes en el horizonte de la convivencia. Pensar la historia... Ya lo enseñó Croce: "¿Y qué importa, para cada uno de nosotros, que no se pueda pensar la historia?"

No abrigo ilusiones acerca de los resultados de la próxima Conferencia Americana para la paz, convocada por iniciativa de Roosevelt. Encuentro omitidos fundamentales temas que interesan vitalmente al porvenir continental. ¿Será un alarde más del panamericanismo aún infecundo? ¿Será una cortina de humo? ¿Será en el fondo una especie de conferencia "imperial"? Caben dudas cuando se eliminan los temas económicos, justamente los que pueden más firmemente definir los rasgos de la paz.

Es la hora propicia para consumir las reservas en procura del límpido oro de la conciencia americana, límpido de sangre y de odio. Oro de la cultura y de las instituciones; oro del ideal libertario y de la historia depurada y redimida de tanta mácula como ha dejado la mano alevosa de los caínes redivivos. Ya que no podemos detener la marcha de la Europa frenética, sepamos crearnos la magnífica soledad de quienes poseen fuerzas para quebrar la atracción del trágico rumbo. Todo lo demás será girar en el vacío.

ARTURO ORGAZ.



#### DE ENRIQUE ANDERSON IMBERT

ENRIQUE ANDERSON IMBERT *es un joven escritor socialista, de la nueva generación. Dirige la página literaria de "La Vanguardia". Su novela Vigilia, obtuvo el año pasado un premio municipal de prosa.*

Una guerra es atroz en todas partes, y si estallara en Europa no creo que sería muy inteligente de nuestra parte regocijarnos y consolarnos porque la cosa no ha ocurrido aquí. Una vez Leopoldo

Lugones me dijo: "Quizá le sorprenda a usted —puesto que vivimos en pleno humanitarismo—, pero a mí no me interesa el mundo sino la Argentina y sólo los males argentinos me preocupan". En efecto, me sorprendí mucho, porque a mi criterio una Argentina recortada del resto del mundo e independiente de influencias, intereses, sentimientos y males universales solamente existe en los mapas escolares, donde nuestro país existe inconfundiblemente pintado de amarillo entre otras naciones azules, rosadas y verdes. Quizá Leopoldo Lugones creyera que en la realidad un país se aísla de los demás con la misma facilidad con que un cartógrafo abre abismos de color en cada frontera. Desde luego que a mí nunca se me ocurriría pensar así, porque mi profesión consiste en leer todos los diarios y esas lecturas me dan la prueba rotunda de que el mundo vive en una interdependencia íntima, permanente, de tal modo que las catástrofes o los progresos de un lugar repercuten inmediatamente en todo el planeta, ni más ni menos de lo que ocurre con el dolor y la dicha en el organismo humano. Si estalla una guerra en Europa los americanos también padeceremos las consecuencias, inclusive los que se enriquezcan con ella.

Claro está que no sufriremos tanto. Mientras en los campos y en las ciudades de Europa millones de hombres mueran sin gloria en sus ratoneras, asfixiados por gases venenosos, reventados por los derrumbes y depedazados por los mil recursos que la ciencia capitalista ha inventado para exterminar el género humano, aquí en América nosotros leeremos los diarios y nos enteraremos de aquellos horrores mientras nuestras esposas nos ceban el mate. Y si fuésemos cuerdos aprenderíamos algo. Por ejemplo: aprenderíamos a evitar a tiempo esas guerras a que nos conduce el capitalismo.

El primer alivio que tenemos los americanos cuando pensamos en los desastres de una posible guerra en el viejo mundo, es que constituímos un continente fraterno, que habla un idioma común. Europa es un enjambre de naciones pluriparlantes que aún no se restablecieron de la guerra del 14 y ya están a punto de caer en otra por culpa de los industriales de armamentos, de los políticos cobardes, de los intereses imperialistas y de toda una educación de odio e intransigencia impartida por los órganos del capitalismo: prensa, ejército, escuela, iglesia, parlamento y justicia.

En América, en cambio, tenemos todo lo común y todo lo di-

verso que es necesario para formar un concierto de pueblos unidos en el trabajo fecundo. Tenemos de común una misma tradición, una misma lengua —y la lengua, decía Unamuno, es la sangre del espíritu—; y de diverso tenemos producciones y cultivos económicos capaces de compensarse en un intercambio inteligente. Cultura e intereses comunes: ¡qué fuerzas magníficas para hacer de América un continente de paz y de bienestar!

Pero no confiemos demasiado en esta fraternidad americana que nos viene de las raíces más hondas de nuestra historia. El capital extranjero —y el incipiente capitalismo vernáculo— han desatado guerras y guerrillas siempre que quisieron. La Standard Oil puede enloquecer a hermanos y obligarlos a una matanza espantosa, como fué la de Paraguay y Bolivia; Wall Street puede dividir una misma familia americana y aniquilarla en luchas civiles, que es lo que ocurre en gran parte de nuestra América. No confiemos, pues, solamente en los vínculos naturales. Una guerra será tan posible en la América homogénea como en la Europa heterogénea, si al capitalismo le conviene.

Sin embargo, en América el peligro no es tan inmediato, pues los americanos tenemos la ventaja de ser todavía “sauvages”, “south-americans”, colonias bárbaras que fluctuamos entre el feudalismo y el orden capitalista. Vivimos con cierta holgura, sin excesivos recelos, con las tierras desiertas. Podemos elegir nuestro camino (¿no es el hombre señor de su historia?). Europa se desbarranca por los caminos sangrientos de un orden económico viejo y sin remedio. América puede dar un golpe de timón y tomar un atajo más seguro e inteligente. La precaución es todo. ¿Cuál sería ese atajo? Yo podría trazar un plan minucioso de acción americana para salvar al continente y engrandecerlo; y ese plan sería propio publicarlo en la sección: “Si yo fuera dictador...” de algún periódico populachero. Pero la realidad social da vuelta y media, en punto a complejidad, al más detallista de los planes, y sería ridículo que yo me tomara en serio. Algo me parece, sin embargo, que puedo decir sin ingenuidad. Y es que el capitalismo es un genio diabólico al que debemos apresar (como en un cuento de *Las mil y una noches*), despojarlo de sus uñas y de su aliento, encarrilar sus fuerzas ya dominadas y hacerlo servir al bienestar común. Si no, América seguirá a Europa en sus mismas experiencias y en sus mismas calamidades.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT.



DE C. VILLALOBOS DOMINGUEZ

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ, *publicista, dibujante, profesor de nuestra Universidad, es uno de los más prestigiosos y agudos sostenedores en nuestro país, de las doctrinas de Henry George, que ha explicado y desarrollado en diarios y revistas en numerosos ensayos y artículos (fué director de El liberal georgista) y asimismo en varios opúsculos y en dos libros: Evitemos la guerra social y Bases y método para la apropiación social de la tierra).*

Considero obligado señalar a modo de exordio, que la hipótesis formulada en la encuesta que nos ocupa, y hoy generalmente admitida, de que la civilización presente puede zozobrar y apagarse en una catástrofe sólo comparable en los tiempos históricos con la ruina del Imperio Romano, es hipótesis que ya fué enunciada, analizada y claramente explicada hace 87 años en los capítulos finales del libro *Progreso y Miseria* de Henry George. Hacía mucho tiempo que las cenizas del genial pensador americano yacían bajo tierra cuando el publicista alemán Spengler y otros contemporáneos más o menos aproximadamente compatriotas suyos comenzaron a sospechar (y dar por hecho tras el derrumbe de los imperios centrales y orientales de Europa) que nuestra civilización (nuestra "cultura", dice aquél), se halle en decadencia. Y puede legítimamente suponerse que sólo debido al trágico espectáculo de la gran guerra (cuya cifra de mortandad en fin de cuentas, no excedió a la corrientemente causada por los automóviles) ha sido movida la imaginación de los contemporáneos agoreros de la decadencia.

Sin embargo, ya en 1879, escribiendo en Filadelfia, donde nada catastrófico sucedía a la sazón, abrigaba George la inquietud que los siguientes párrafos expresan:

Se hubiera considerado un temerario —dice— a quien, cuando Augusto transformaba la Roma de ladrillos en una Roma de mármoles, cuando la riqueza aumentaba y crecía la magnificencia, cuando las legiones victoriosas extendían las fronteras, cuando los modales se hacían más finos, el lenguaje más pulido y la literatura alcanzaba su más alto esplendor, se hubiera creído temerario —re-pito— a quien hubiese dicho que Roma entraba en su decadencia. Y sin embargo era verdad.

Y cualquiera que lo considere, verá que aun cuando nuestra civilización adelanta aparentemente con mayor rapidez que nunca, la misma causa que convirtió el progreso romano en retroceso, está obrando ahora.

Lo que ha destruido todas las civilizaciones precedentes ha sido la tendencia a la desigual distribución de la riqueza y del poder. Esta misma tendencia, obrando con creciente fuerza, se observa hoy en nuestra civilización, manifestándose en todos los países progresivos, y con mayor intensidad en los más adelantados. Los salarios y el interés tienden a bajar constantemente, la renta [del suelo] a elevarse; los ricos a hacerse mucho más ricos; los pobres a quedar en el mayor desamparo y más desesperados, la clase media a desaparecer.

He seguido esta tendencia hasta su causa. Deseo hacer ver *de qué manera*, si esto no se hace, el progreso puede convertirse en decadencia, y degenerar en barbarie la civilización moderna, como todas las civilizaciones anteriores. Vale la pena señalar *de qué manera* puede esto suceder, ya que muchos, no viendo cómo el progreso es susceptible de transformarse en retroceso, piensan que esto es una cosa imposible. Gibbon, por ejemplo, pensaba que la civilización moderna no podía ser destruída porque no quedan bárbaros que pudieran derribarla, y es idea general que la invención de la imprenta, al multiplicar los libros, ha hecho imposible que los conocimientos se pierdan otra vez.

No corresponde transcribir aquí los dos capítulos, titulados respectivamente "Ley del progreso humano" y "Cómo puede decaer la civilización moderna", donde George expone *de qué manera* se produce el fenómeno y la manera de contrarrestarlo. Pero, al menos, espigaré aún algunas frases a las que los lectores no dejarán de encontrarles penetrante sabor de actualidad.

Aquella esencia fatalista a la cual he aludido y que mina la literatura del día, hace gala de considerar la guerra y la esclavitud como elementos del progreso humano; pero la guerra, que es lo opuesto a la asociación, no puede ayudar al progreso más que cuando evita una guerra mayor, o rompe las barreras anti-sociales, que son por sí mismas una guerra pasiva.....

La barbarie que abatió a Roma no vino de fuera, sino *de adentro*. Fué la consecuencia necesaria del sistema que había sustituido con esclavos y colonos a los independientes labradores de Italia, y ponía las provincias en posesión de las familias senatoriales.....

Para convertir al gobierno republicano en el despotismo más bajo y más brutal, no es necesario cambiar formalmente sus instituciones o abandonar las elecciones populares.....

En una nación con instituciones republicanas, en la cual una clase es demasiado rica para que se resientan sus riquezas, sea cual fuere el modo como se administran los negocios públicos, y la otra tan pobre que unos cuantos pesos en día de elecciones le son más importantes que toda consideración abstracta; en donde para los menos ruedan las riquezas y los más se agitan disgustados de un estado de cosas que no saben remediar, el poder ha de pasar a manos de

agitadores de baja ralea, que lo comprarán y lo venderán como los pretorianos vendían la púrpura, o a manos de los demagogos, que se harán dueños de él y lo ejercerán algún tiempo, sólo para ser sustituidos por demagogos peores.....

Ahora bien, esta transformación del gobierno popular en un despotismo de la especie más indigna y degradante, que es inevitable resulte de una distribución desigual de la riqueza, no es cosa de un porvenir remoto. Ha comenzado ya en los Estados Unidos y avanza rápidamente a nuestra vista.....

...¿No se forma entre nosotros una clase que tiene todo el poder sin ninguna de las virtudes de la aristocracia? Tenemos simples ciudadanos que ejercen autoridad sobre miles de millas de ferrocarriles, sobre millones de acres de tierra, sobre los medios de ganarse la vida gran número de hombres; que nombran los gobernadores de los estados del mismo modo que nombran sus dependientes.....

Las corrientes internas de estos tiempos parecen arrastrarnos de nuevo hacia las condiciones de que creíamos habernos librado... hay indicaciones de que actualmente retrocedemos hacia la barbarie. Hablo de los Estados Unidos, sólo porque constituyen la más adelantada de las grandes naciones. ¿Qué diremos de Europa, donde las antiguas leyes y costumbres limitan o aprisionan las hirvientes aguas, y los ejércitos permanentes pesan sobre las válvulas de seguridad, mientras los fuegos interiores se hacen gradualmente más ardientes?.....

¿De dónde vendrán los nuevos bárbaros? ¡Pasad por los mugrientos barrios de las grandes ciudades, y desde ahora podréis ver las hordas amontonadas!....

.....en la decadencia de la civilización, los pueblos no bajan por el mismo camino que subieron. Por ejemplo, la decadencia con respecto al gobierno no nos haría retroceder de la república a la monarquía constitucional y de allí al sistema feudal; nos llevaría al imperio y a la anarquía. En religión, no retrocederíamos a la fe de nuestros padres, el Protestantismo o Catolicismo, sino hacia nuevas formas de superstición..... Respecto a las ciencias, no nos haría retroceder hacia Bacon, sino hacia los literatos de la China..... Y de igual modo en literatura. Si se hiciera más insípida, pueril y hueca, sería obedeciendo a un gusto alterado, que consideraría su debilidad mayor como un vigor y belleza crecientes. El escritor realmente bueno no encontraría lectores..... Entre tanto, a medida que la decadencia avanzara, la vuelta a la barbarie, si es que no fuera considerada en sí misma como un progreso, se admitiría como cosa necesaria para satisfacer "las necesidades de los tiempos".....

Nuestra básica organización social es una negación de la justicia. Al consentir que un hombre posea la tierra sobre la cual y de la cual necesitan otros vivir, hemos convertido a estos en vasallos hasta un grado que *aumenta a medida que la civilización adelanta*. Esta es la alquimia sutil que por vías que ellos no comprenden, arrebató a las masas el fruto de su penoso trabajo; lo que está sustituyendo la esclavitud que fué destruída por otra más dura y desesperanzada; la que está trocando al despotismo nuestra libertad política y la que pronto ha de trocar las instituciones democráticas en anarquía.

Yo no dudo que esta cita, mucho más densa que larga, será apre-

ciada por numerosos lectores en su gran valor analítico y de pronóstico que se ha cumplido en buena parte y se sigue cumpliendo a nuestros ojos. Ella servirá además, (familiares como me son sus conceptos hace veinte años), para que el lector se explique la relativa calma y poca sorpresa con que considero los actuales problemas que son tema de la encuesta.



No creo, por lo pronto, que pueda hundirse la civilización, ni menos la cultura a pesar de las grandes zozobras que están sufriendo y otras mayores que las amenazan. Disiento de George en admitir que eso pueda suceder, y participo del optimismo de Gibbon en cuanto a que la imprenta es suficiente instrumento para su salvación.

Considero en cambio exacto todo lo demás que he transcrito, con lo que George funda y explica admirablemente el aspecto pesimista de la cuestión, pero hay un hecho nuevo que sólo subjetivamente pudo él tener en cuenta; y ese nuevo hecho consiste precisamente en la publicación de los libros de George, en los que a la vez de hacer diagnóstico extraordinariamente lúcido de la consuntiva enfermedad del cuerpo social, prescribe esencialmente tratamientos capaces de curarla. Y yo me resisto a creer que, multiplicados como han sido dichos libros por la imprenta, haya de continuar indefinidamente la Humanidad cerrando oídos a la voz que clara y racionalmente le señala el camino de su salvación. Me resisto a admitir como hecho positivo e invencible la estupidez universal absoluta e impermeable.

Por otra parte, sabemos que el mundo es gobernado, y siempre lo ha sido, por las ideas, buenas o malas; y no es difícil advertir que a la larga, a través de mil tumbos y altibajos, la Humanidad, tomada en conjunto, nunca ha perdido el sentido de su mejor conveniencia, y así en la sucesión de los siglos se van encontrando puntos cada vez más elevados en el bienestar, poderío y expansión de la especie. En ninguno de los siglos pasados pueden hallarse para ningún pueblo o raza puntos tan altos como los marcados para los pueblos de la civilización llamada occidental por el siglo últimamente terminado: por el que algunos califican "el estúpido siglo XIX".

Cabe observar, de añadidura, que un pueblo o una raza, una organización social de cualquier extensión, embrionaria o decadente, puede ser encauzada, coordinada o reorganizada, (y eso se ha visto muchas veces) en base de un libro: un Evangelio, un Corán, un "Bill of Rights", una Constitución. Y si el Evangelio de Cristo pudo reorganizar el "mundo romano", es bien admisible en principio que el evangelio de George pueda servir para reorganizar aquel mismo "mundo", hoy extendido a varios continentes.



Eso en cuanto al sentido general de la encuesta. Viniendo más a lo particular, diré que la eventualidad de una guerra continental en Europa me parece, si no imposible, poco probable, porque los pueblos, tras la experiencia desastrosa de la gran guerra, tienen muy pocas ganas de guerrear (si es que antes las tuvieron) y eso, al menos, lo saben bien sus gobernantes, que mucho habrán de pensarlo antes de decidirse a embarcarlos en una nueva contienda bélica.

Algún pueblo europeo ha podido, en nuestros días, ser llevado a una guerra colonial, susceptible de ser presentada como fácil, breve, barata y fructífera, bien que en el hecho resulte un tanto diferente; pero me parece improbable que, a semejanza de lo que se hizo con el pueblo alemán en 1914, se pueda encontrar hoy alguno bastante incauto para admitir como empresa conveniente la peligrosísima invasión de otra nación europea, pues hay siempre un residuo de experiencia aprovechada y hay un límite a la credulidad de las masas populares, formadas, bueno es recordarlo, no sólo por la multitud de los más ineptos sino además por la minoría de los más inteligentes, dado que la "masa popular" la formamos entre todos.

A ese básico factor de seguridad contra la guerra debemos añadir otro, quizá más efectivo, y es el de que en tiempos precedentes los gobernantes y sus familias, tanto como los demás personajes que influían o asumían la responsabilidad en la iniciación de una guerra, podían considerarse prácticamente a cubierto de los peligros de la misma, si es que no también beneficiarse con ella. Pero hoy no pueden dudar dichos personajes de que los procedimientos bélicos actuales, en que se incluyen bombardeos aéreos, gases asfi-

xiantes, etc., no excluirían *a nadie* de los riesgos más horribles. Esta circunstancia, perfectamente notoria, ha sido destacada por el eminente militar Lord Allenby en un discurso pronunciado hace poco en Edimburgo. Y queda además el recurso, parcialmente malogrado al presente en el hecho pero no destruído en principio, de la coalición de las naciones para mantener la paz.

Como quiera que sea, estamos viendo hace veinte años que, motivos e incidentes que antes de la gran guerra (repudio de deudas públicas, violación flagrante de tratados) habrían parecido hechos inverosímiles y determinado automática iniciación de hostilidades, son tomados ahora con filosofía y diluídos en deliberaciones y altercados más o menos tediosos e inconcluyentes, pero que, en suma, no son la guerra.



Aun en el caso, sin duda posible, de que las cosas sucedieran a la inversa, América contaría con sobrados recursos para salvar la civilización que nos es común con los europeos y con numerosos pueblos de otros continentes. En cuanto a los recursos materiales, es evidente que existen en América, al par que en los demás continentes, todos los elementos naturales necesarios para elaborar cuantos productos se usan en la vida moderna y que en lo material la constituyen. Si al presente se importan algunas materias primas o productos elaborados de otros países no es por inexistencia absoluta de los mismos o de sus sucedáneos, sino sencillamente porque así resultan algo más baratos. La Argentina, o cualquier otra nación se encuentran por su parte en situación aproximadamente igual. Si hoy, por ejemplo, no se construye aquí ningún automóvil, ni tampoco se extrae hierro, es solamente porque su precio sería más caro que importándolos del extranjero. Pero en pocos meses podríamos valerlos solos, a ese o cualquier otro respecto, en caso de necesidad.

En cuanto al aspecto espiritual del cuestionado salvamento, hay que distinguir entre *civilización* y *cultura*. La civilización es susceptible, y hasta diré que fácilmente susceptible, de disminuciones considerables, no siendo dudoso que, en ciertos aspectos, hay actualmente en Buenos Aires, por ejemplo, menos *civilidad* que hace cincuenta años. Pero la cultura es cosa distinta. Es esencialmente acumulación de conocimientos. La cultura de un pueblo es el caudal

de las cosas que *sabe* y *sabe hacer*, y no se descubre motivo alguno por el que una guerra en Europa, aunque fuera general, pudiera disminuir el número y perfección de las cosas que, tanto como los europeos, sabemos y sabemos hacer. Para destruir el saber presente no bastaría, como bastó en el tiempo antiguo (y ni siquiera del todo) con incendiar una biblioteca, pues habría que incendiar, y es inverosímil, los millares de ellas diseminadas por el orbe.

La civilización, a diferencia, es cosa especialmente moral; de tal modo que pertenece principalmente *a las costumbres*, y su entendimiento a las llamadas "ciencias morales y políticas". Y es el caso que aquéllas fácilmente pueden degenerar; sobre todo, yo creo, debido al embrionario estado de estas "ciencias del hombre", en contraste con el alto desarrollo alcanzado por las ciencias "de las cosas".

Por este motivo no está la Argentina libre, ni país alguno, de caer en la descomposición social y el horror de las guerras civiles, aun cuando no media en modo alguno el factor de la guerra internacional. Ese peligro es más o menos inminente para todas, siendo para varias, en diversos grados y aspectos, una alarmante realidad presente, cuyo origen apunta el último de los párrafos de George que he citado. Por ahí sí hay peligro cierto de que la civilización y transitoriamente la cultura sean, no tanto como destruídas, pero sí que retrocedan en grado incalculable.

Evitar este peligro, y aun convertir la situación en apogeo nunca visto es tarea que está a cargo de los intelectuales de cada país: la de indagar, propagar y, *por consecuencia*, imponer las reformas que conviene emprender en los países respectivos. Y no nos disimulemos que el puesto que corresponde ocupar a dichos intelectuales está prácticamente vacante. Se hallan, cual más cual menos, entretenidos en minucias bizantinas, pues tales me parecen, aproximadamente, las contribuciones contemporáneas al ingente acervo de las ciencias y las artes.

El porvenir de la cultura y civilización en América, tanto como exclusivamente en la Argentina, dependen esencialmente de ellas mismas. No es admisible que su conservación e indefinido desarrollo pudieran ser sustancialmente afectados, no ya por una guerra en otro continente, pero ni aún por geológica desaparición de cualquiera de ellos, excluídos, claro está, otros efectos cósmicos.

Concretando dos casos: el hundimiento de la Península Ibérica con todos sus habitantes, ¿nos arrebataría la posesión de *nuestro* idioma español? La desaparición del pueblo griego clásico, ¿nos impide hacer tantos frontones dóricos como se nos antoje?

Y en cuanto a la capacidad para continuar impulsando el progreso de las ciencias y las artes, téngase presente que en la República Argentina hay actualmente registradas 42.000 patentes de invenciones (aun cuando muchas de ellas no sean autóctonas) y en los Estados Unidos exceden a dos millones.

Y nada digamos de quienes temen que una conflagración europea pudiera causar efectos catastróficos en nuestra situación económica, si aquella interceptara la salida de los granos y carnes que usualmente son exportados a Europa; pues debemos suponer que no sería uno de tales efectos el hambre... en la Argentina.



#### DE MARIANO ANTONIO BARRENECHEA

*El autor de El escepticismo contemporáneo y El advenimiento de las masas, hoy en Buenos Aires, une a su conocimiento de los problemas políticos y sociales, la experiencia de seis años de vida europea, espectador de los acontecimientos desde un alto mirador como es la embajada argentina en Londres, de la cual es secretario, habiéndolo sido antes de la legación en Bolivia. Crítico de música, de arte y de filosofía, ex-profesor de estética de la Facultad de Filosofía y Letras, es autor además de trabajos en estas materias tan valiosos como sus libros Rémy de Gourmont (ed. de NOSOTROS, 1908), Ensayo sobre Federico Nietzsche, Historia estética de la música y Winckelmann o la Estética.*

Con mucho agrado contesto a la encuesta de NOSOTROS sobre la cual me han hecho ustedes el honor de preguntarme.

Empiezo por declarar mi *convencimiento* (las razones que podría dar son demasiado numerosas) de que una guerra general puede estallar en Europa de un momento a otro.

Esta situación de peligro extremo es una consecuencia del rearme vertiginoso de la Alemania nazi, rearme que puso un término

final a todas las tentativas para establecer un régimen internacional contrario a la guerra o a las soluciones por la fuerza.

Cuando Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos fueron incapaces de decir claramente al Japón (en setiembre de 1931) que sus métodos en Manchuria eran incompatibles con el Convenio de la Liga, con el Pacto Kellog y con el tratado de las Nueve Potencias, se comprendió que había disminuído grandemente la posibilidad de concertar un arreglo pacífico del futuro de Europa.

Es verdad que el propósito de Wilson de establecer por medio del Convenio de la Liga la piedra fundamental del orden nuevo, había quedado muy quebrantado cuando los Estados Unidos de América volvieron la espalda definitivamente al Tratado de Versalles y a la misma Liga. El gran Wilson concibió muy bien cuál tenía que ser el fundamento indispensable de la Liga y del orden nuevo al sostener en París que en la Liga no podía haber neutrales. Era realmente querer establecer el postulado esencial de una seguridad internacional colectiva contraria a la guerra. Wilson comprendió claramente que sin la seguridad derivada de la no-neutralidad no podría haber orden nuevo, ni desarme, ni eventualmente ninguna revisión posible del sistema político internacional del que había nacido la guerra del 14.

Ha sido, pues, el debilitamiento paulatino de la Liga, su incapacidad internacional, lo que ha reafirmado en el pueblo alemán el deseo de la venganza. El pueblo alemán no cree haber sido derrotado en 1918; no hay un solo alemán que lo admita; creen, sí, todos los alemanes, por el contrario, que la traición interior de los judíos y marxistas hizo perder a Alemania los frutos de sus victorias en los campos de batalla.

El gran periodista inglés Wickhman Steed en un artículo publicado en *International Affairs* (Londres, noviembre-diciembre de 1933) cuenta que en cierta ocasión preguntó a un ex-canciller de la República Alemana, hombre moderado, de carácter recto, de fuertes convicciones religiosas, por qué los constructores de la República Alemana encajaron a ésta dentro del marco del Imperio militarista que subsistía intacto; por qué permitieron que sus leyes nuevas fueran interpretadas y aplicadas por jueces monárquicos; por qué entregaron la administración del gobierno a viejos funcionarios formados en la fidelidad al antiguo régimen;

por qué veían pasivamente que maestros de escuela reaccionarios enseñaran a sus alumnos el desprecio de la libertad presente para glorificar su pasado feudal; por qué permitieron y alentaron la resurrección del militarismo prusiano que había sido el único responsable de la reciente humillación del país, y el ex-canciller republicano respondió:

—La razón por la cual no tomamos las más elementales precauciones por la seguridad de la República fué porque nuestros espíritus estaban totalmente gobernados por la idea de la revancha.

Esta anécdota contada por un hombre de la importancia y del prestigio continentales y de la edad de Mr. Wickhman Steed no puede ser inventada, y ella arroja bastante luz sobre los hombres de Weimar que el hitlerismo denunció y persiguió como traidores de Alemania.

“Ese hombre —dice Mr. Steed— fué considerado por muchos estadistas europeos no alemanes como un sincero y empeñoso amigo de la paz continental!”

Hitler llegó realmente al alma del pueblo alemán cuando retomó la vieja tradición del prusianismo militarista y reaccionario; su éxito final provino principal sino exclusivamente de haber apelado a este sentimiento tan hondamente anclado en el corazón de todo alemán: la venganza, la revancha.

La toma del poder por Hitler fué celebrada con la *kolossal* reunión de Postdam (1933), con las demostraciones militares de Nuremberg (setiembre de 1933), y con las fiestas monstruos de “Tempelhof” de Berlín para celebrar el 1º de mayo, y en todas estas reuniones las multitudes fanatizadas cantaron el himno de Ernest Moritz Arndt:

“El Dios que hizo nacer el hierro no tolera mentiras”.

Y cuyo quinto verso contiene las palabras:

“Hoy teñiremos el hierro con sangre de verdugos, con sangre de franceses!”

Es verdad que la política internacional europea comprende problemas sumamente variados y complejos; pero el *sentimiento* fundamental alrededor del cual todos esos problemas giran y se mueven (hasta en los conflictos que menos parecen interesar a Alemania) es el temor de Alemania, el miedo del momento en que el *furor teutonicus* se desate otra vez sobre Europa... ¿No se sien-

te que el conflicto ítalo-abisinio-británico hubiera tomado otro cariz muy diferente si la prudente Albión hubiera tenido la seguridad de que Alemania permanecería tranquila? . . . En fin, no nos abandonemos a las conjeturas que sugiere la situación insegura de Europa; y para atenernos a lo que consideramos como su conflicto elemental, primario, diré que Europa está abocada a la pretensión de Alemania a prusianizarla. Esta aspiración alemana ha sido reconocida no solo por sus estadistas y políticos sino hasta por sus seudofilósofos tales como Keyserling y Spengler (*Años decisivos*).

Ahora bien, puede también producirse una solución muy diferente de la prusianización de Europa.

El dictador ruso Stalin pronunció, en el Consejo de los Soviets, el 27 de enero de 1934, un discurso del que traduzco estas palabras:

“Algunos piensan que la guerra debe ser organizada por una *raza superior*, por ejemplo la *raza alemana*, contra las razas inferiores, ante todo contra los eslavos; que solo tal guerra puede aportar una solución a la situación del mundo, desde que la *raza alemana* está llamada a fecundar a las inferiores y a dominarlas. Es sabido que la antigua Roma trataba a los antepasados de los alemanes y de los franceses de “bárbaros”, de “razas inferiores” destinados a vivir perpetuamente en la obediencia a la “raza superior”, la gran Roma. Y sea dicho entre nosotros, la antigua Roma tenía para ello razones que no pueden tener los representantes de la “raza superior” actual. ¿Y qué sucedió? Que todos los bárbaros, todos los inferiores conjugaron sus fuerzas contra el enemigo común y Roma cayó despedazada”.

La guerra del 14 fué una guerra de “imperialismos”, pero también una guerra de regímenes: las viejas aristocracias y monarquías de Europa Central fueron vencidas, destrozadas, demolidas por las democracias occidentales. No es pecar de agorería afirmar que la futura guerra europea será además de continental de un carácter muchísimo más “social” que la precedente. “Hemos salvado al mundo del peligro comunista”, no se cansan de gritar los “nazis”. El oportunista Mussolini que sostenía al principio que el “fascismo” “no era artículo de exportación”, dijo más tarde que el “fas-

cismo" se extendería por toda Europa antes de diez años, "si Europa no quería caer en el caos comunista".

Europa es un continente demasiado pequeño para su población siempre en crecimiento. Los pueblos que la forman tienen hoy más que nunca para subsistir necesidad de una solidaridad amplia y profunda, solidaridad que por una trágica paradoja del destino niegan y resisten los absurdos nacionalismos exacerbados de la hora presente... ¿Se unificará Europa?... ¿Conquistará Alemania la hegemonía, no sólo sobre Europa sino sobre el mundo, con la que sueña, a la que aspira?... ¿Europa se hará comunista? ..

Todo nos induce a pensar que Europa está abocada a esta disyuntiva, a esta alternativa, de la que no podrá salir sin que la civilización actual quede trastrocada. Y debemos entender por civilización el sistema general de creencias, de ideas y de sentimientos morales y jurídicos que rigen la existencia de los hombres, sus relaciones entre ellos y las relaciones de los pueblos entre sí.

Cuando se asiste de cerca al desarrollo de esta *fatalidad* —que nada podrá evitar— uno termina por pensar si en el desarrollo de la historia humana no se cumple realmente algún plan providencial, trascendental, y si los destinos humanos, el desenvolvimiento de la historia humana, no van regidos por una fuerza o directriz superior y ajena a sus voluntades e incompresible a su razón.

Las democracias actuales han preparado el camino a una revolución —fascista o comunista— porque han abandonado poco a poco la obligación de reconocer y dar su sitio a la capacidad y al mérito. Aún más, han perdido el sentido de apreciarlos y distinguirlos. Todos los llamados partidos políticos que se suceden en la administración de la cosa pública han reemplazado el reconocimiento de la idoneidad y el merecimiento por ese sucio juego de componendas inconfesables, enjuagues, aparcerías, trapisondas, recomendaciones, agachadas y gauchadas con que se dispone de todos los destinos y de todas las situaciones y que forman en conjunto el ruin y proficuo oficio del político profesional. La administración democrática va cayendo en manos de arrivistas, de embaucadores de cortos alcances, de espíritus estrechos hinchados de vanidad, hipócritas ambiciosos que constituyen la masa selecta y el estado mayor de los partidos políticos. Estos grupos vio-

lan así cada vez más abiertamente las condiciones mismas de su conservación.

Ahora bien, los regímenes de fuerza (o estados llamados "totalitarios") que han querido restablecer en la inmoralidad y el desbarajuste democráticos y en la injusticia capitalista el principio de autoridad, de jerarquía y de orden, resultan a su vez regímenes de peor violencia y de mayor injusticia, es decir regímenes de terror, es decir por esto solo regímenes de transición, regímenes contra natura ya que tiene que ser evidente para todo cerebro normal que la orientación de la historia se encamina, entre tropiezos y momentáneos atrasos y retrocesos, a asegurar a los hombres una libertad, física y moral, cada vez mayor y a extender el reino de la justicia siempre a un mayor círculo de gentes, si es que efectivamente la vida y la civilización tienden, como tenemos que admitirlo, al desenvolvimiento ordenado de todas las facultades humanas. Y si no es así, es como si la humanidad se hubiera vuelto loca de repente...

No nos olvidemos que el triunfo del cristianismo —entonces la civilización nueva— en el mundo antiguo, fué también precedido y preparado por siglos de corrupción y caos puramente políticos. Y otra vez la pobre Europa da la impresión de que no sabe a dónde va...

Que la "civilización" cristiana atraviesa uno de esos momentos históricos en que debe sufrir como una liquidación total, ¿quién puede negarlo? Basta comprobar que todos, en general, experimentamos una inquietud profunda, inquietud espiritual que no es posible explicar por las dificultades materiales de la vida, por los excesos de la producción, por las absurdas guerras aduaneras, por la inestabilidad de los regímenes políticos y de las situaciones individuales; basta que cada uno de nosotros se sumerja en sí mismo para sentir en el fondo de su alma una especie de angustia, de extremo cansancio, de sufrimiento indefinido, de irresistible fatiga como si se sintiera al fin de algo sin remedio, como si se viviera en la espera de una obscura renovación de todo... ¿se han agotado realmente la substancia y los recursos de la civilización en que hemos vivido hasta ahora?... ¿No lo revela así la sucia materialidad y el necio egoísmo en que van cayendo nuestras costumbres

y la brutal e inútil violencia, la absurda crueldad en que se revuelven los regímenes políticos?

Y cuando podemos olvidar nuestras mezquinas inquietudes privadas, personales, y meditamos en alguna extrema catástrofe como la que señala NOSOTROS en esta encuesta, nos decimos: ¿De este mundo en que nos agitamos sin alegrías y sin esperanzas, algo vale la pena de ser conservado, algo de cuya desaparición tuviéramos que lamentarnos? . . . Y a esta pregunta no sabemos qué responder. . .

Al llegar hace poco tiempo de Londres tuve que visitar a una distinguida dama para la que traía un mensaje de sus hijos radicados en Europa. Esta venerable señora me hizo el honor de invitarme a su mesa. Fui el único extraño entre sus hijos e hijas, nueras, yernos y nietos —entre ellos hombres de negocios, médicos, magistrados. . . En la conversación familiar se habló, se discutió con animación de lo que hoy habla todo el mundo: de política social y de política internacional, que hoy es lo mismo. . . Yo como único extraño asistía mudo pero con interés a la animada y amistosa controversia. De repente una señora apasionada y joven, encarándose con un pariente de *simpatías fascistas*, exclamó: —¿Para qué ha de perpetuarse el régimen en que vivimos? ¿Para qué se han de arrojar a la guerra, como ganados al matadero, a las juventudes de Europa? ¿Para que algunos millares de judíos sigan ganando millones? ¿Para que sólo ellos sigan enriqueciéndose? . . .

Estas palabras me llenaron de sorpresa, no por su significación, sino por oírlas en labios de una dama joven y en una casa como la casa en que me encontraba. . .

¿Es, pues, que el sentimiento de la iniquidad en que se convulsiona Europa ha llegado ya a herir el corazón de aquellas personas que por su educación, su situación social y sus intereses parecen estar tan lejos de comprenderla?

Y para referirme a la parte más concreta de las preguntas un poco vagas (o quizás demasiado amplias) de la encuesta de NOSOTROS, diré que creo que nuestro país posee recursos propios materiales para soportar largo tiempo nuestro aislamiento de un mundo convulsionado, pero que no comprendo qué es lo que tendríamos nosotros que “salvar” de nuestra “civilización”, ni en qué ella se diferencia de la “civilización” europea. El mundo es hoy

demasiado solidario, moral y materialmente, y la cultura de nuestro país se ha formado y evolucionado demasiado estrechamente influenciada por las culturas de Europa, para creer que las convulsiones políticas o morales que transformen a Europa nos dejarán indiferentes en nuestro aislamiento. Seguiremos como hasta ahora la ruta de aquel continente y nos transformaremos con él. No veo en América (y por lo tanto, en Argentina) fuerzas culturales demasiado vivas, originales y poderosas para que nos permitan pensar en una cultura puramente americana, y en una civilización de este continente. Creer lo contrario es una simple ilusión.

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

## ACTUALIDAD

NOSOTROS *no puede substraerse a la necesidad de dar cabida a las opiniones autorizadas que le llegan sobre las graves cuestiones sociales y políticas de actualidad. Para satisfacer esta exigencia del ambiente y del momento, inicia esta sección que no tendrá carácter permanente sino ocasional. Por supuesto, las opiniones en ella vertidas pertenecen a sus autores y no a la Dirección, y esto se dice una sola vez. Tampoco se compromete la Dirección en nombre de la libertad de pensamiento, a dar curso a todas las colaboraciones de orden político que reciba. La sección es neutral, pero no un buzón. Publicará los artículos que tengan carácter de generalidad o que trasciendan con tal carácter del episodio que los motiva, y siempre que los abonen la autoridad, el interés y la oportunidad. Las polémicas quedan rigurosamente excluidas.* — LA DIRECCIÓN.

### INQUIETUD ECONOMICA Y CONSTITUCIONAL

SE oye decir diariamente que el mundo está viviendo dificultades extraordinarias, como no las afrontó nunca, y esta gravedad atribuida a la situación contribuye a que muchos espíritus se sientan sobrecogidos por una especie de pavora que lleva a los dos extremos: o aferrarse a la defensa de la actual organización de la vida económica y constitucional por temor al caos, o proclamar la necesidad de la llamada revolución social como única salvación contra los males que afligen a los pueblos.

Sin embargo, la historia nos enseña que la humanidad siempre ha tenido que luchar contra dificultades y peligros de tanta o mayor gravedad que los que actualmente sufre.

También es verdad que las enseñanzas de la historia son siempre discutibles en lo que verdaderamente pueden significar, y a este respecto recuerdo lo acontecido hace tres años en París durante una

sesión de la sociedad de hombres del pensamiento denominada "Union pour la vérité", en su sede de la rue de Visconti, donde la figura central era ese día Paul Valéry y a la cual tuve la suerte de concurrir, naturalmente que sólo a título de curioso.

El objeto de la reunión en ese centro intelectual animado por el distinguido escritor Paul Desjardins era enfrentar a Valéry, que había sostenido públicamente la intrascendencia de los estudios históricos con un grupo ponderado de profesores de historia de la Universidad de París, quienes, por supuesto, defendían lo contrario.

Paul Valéry, insigne académico, que no solo es un gran poeta-filósofo sino un lógico de garra hegeliana, dominó la discusión desde el principio con su gran autoridad y con el deslumbrante brillo de su talento. Cuando los profesores de historia se batían en retirada ametrallados por tan formidable contrincante, Valéry arremetió en una última carga que produjo el desbande de sus contendores y la risa en toda la asamblea; les recordó el poeta que esta discusión en que se encontraban entretenidos debió haberse celebrado durante la semana anterior en un salón de la Facultad de Letras cedido por el Decano, pero que a pesar de haber concurrido él y los profesores de historia a la cita, la reunión no pudo realizarse porque —después se supo— mientras unos esperaban en el aula de Richelieu, los otros hacían lo mismo en el aula Montesquieu (creo), pues hubo equivocación sobre cual era el salón cedido. "Si esto ocurre hoy, si no hemos podido ponernos de acuerdo sobre este hecho tan contemporáneo —les dijo Valéry— de saber donde nos habían señalado sitio para discutir, ¿cómo vamos a estar seguros de lo que nos enseñan los historiadores sobre hechos ocurridos hace siglos!

Pero, lo divertido fué que se renovó la discusión, esta vez entre los propios historiadores, sobre dónde había sido la cita, olvidando el asunto de la reunión presente, hasta que uno de los maestros dió término a esta escena hilarante con el viejo aforismo: "solo sé que no sé nada".

Bien, a pesar de las reservas con que según Paul Valéry hay que acoger las enseñanzas que nos proporciona la historia, considero que es posible aceptar la existencia histórica de una grande y penosa lucha por parte del pueblo para defenderse de los reyes del derecho divino que traducían su poder absoluto en la frase famosa: "El Es-

tado soy yo", hasta llegar a arrancarles el reconocimiento de los derechos del hombre mediante la revolución de 1789; y las luchas por la libertad de cultos que tanto dolor causaron a los hombres; y la defensa de los derechos humanos contra la esclavitud... Todas estas conquistas que hoy las vemos como hechos tan naturales que ya no admiten discusión, causaron en su tiempo luchas cruentas y larguísimas, tan trascendentes como las que estamos presenciando hoy, si no más grandes.

Las dificultades de la actualidad sólo representarían uno de los graves momentos porque siempre tiene que pasar la humanidad para ir de un ciclo a otro en pos de una ley de progreso que nadie podrá detener aunque a veces haya retrocesos transitorios.

Es con este criterio como debemos estudiar el actual momento económico-político y sin desesperanzas.

Una crisis es, en el terreno económico, un momento anormal, decisivo y peligroso de un negocio, es decir que se trata de un estado pasajero y que como consecuencia, sus efectos deben terminar dentro de un cierto tiempo.

Este es el significado y la trascendencia de todas las crisis ocurridas hasta el año 1929.

Pero, la actual crisis no solamente tiene un carácter universal, afectando igualmente a todos los países, sino que su importancia y sobre todo su duración exceden de los límites conocidos en anteriores períodos de depresión económica y a la vez los remedios que en otras ocasiones fueron eficaces hoy resultan totalmente inútiles.

¿A qué se debe esta intensidad, esta universalidad y sobre todo esta prolongación de la actual crisis?

¿O será que nos encontramos frente a un fenómeno más grave, que marca la desarticulación de la actual estructura económica; en uno de esos períodos de transición en que nuevas fuerzas económicas, nuevas interconexiones, vienen a romper los diques de contención contruidos por las viejas teorías de la economía política y golpeando fuertemente en las puertas de la realidad reclaman nuevas soluciones amenazando con la catástrofe?

Paralelamente a esta crisis económica de tan grave trascendencia, el mundo contempla el emocionante descalabro de doctrinas constitucionales tenidas hasta poco tiempo ha como las creaciones

más firmes, más equilibradas y venturosas para toda sociedad política.

Llámesese crisis de la democracia, crisis del derecho constitucional, crisis de las instituciones representativas o crisis del parlamentarismo, el problema, en el fondo, es el mismo y ha sido sacudido y expuesto a la consideración pública precisamente por los males económicos que sufren los pueblos y por la incapacidad de los gobiernos para remediarlos.

Ambas crisis son dos aspectos del mismo asunto y por tanto no es posible buscar soluciones aislándolos como si fuesen fenómenos diferentes aunque concomitantes.

No, la crisis económica nos ha dado ocasión para ver cómo el régimen constitucional lanzado al mundo por las revoluciones norteamericana y francesa contiene resquicios por los cuales han penetrado al terreno de la arbitrariedad, aprovechándose, las poderosas fuerzas de la actual organización económica del mundo para ejercer una dominación tan odiosa y aun más grave que la de los reyes del derecho divino que esas constituciones desterraron junto con los privilegios.

Cuando Rousseau creaba mediante un magnífico esfuerzo de razonamiento, esa sociedad política utópica fundada en el Contrato Social, imaginando que la libertad de contratar significaba igualdad de oportunidad para ambas partes contratantes, no sospechó la desigualdad sobreviniente como consecuencia de la libertad absoluta de las grandes empresas financieras y de los "capitanes de industria" para organizar de acuerdo con sus conveniencias la economía mundial.

Ni Montesquieu al levantar a la categoría de un dogma ese edificio de líneas armoniosas que se conoce con el nombre de "división y equilibrio de los poderes" y que con sus tres cuerpos —ejecutivo, legislativo y judicial— constituirían en su optimismo el invencible baluarte de las libertades públicas, tampoco pudo prever que el parlamento llegaría a absorber completamente al poder ejecutivo precisamente en democracias típicas como las de Inglaterra y Francia, donde en realidad gobierna una delegación de las cámaras legislativas o, dicho sea con más precisión, un comité del partido mayoritario.

Esto demuestra que la clasificación de Montesquieu sólo se fundaba en las formas externas sin tener en cuenta su esencia.

De esta manera se ha convertido en ruinas la famosa arquitectura del gran filósofo-político que creyó dar al mundo un modelo para la eternidad, olvidando que el derecho constitucional varía, se transforma, a causa de la vitalidad que contiene.

Es verdad que la defensa de la libertad residió siempre en coordinar las relaciones entre los poderes ejecutivo y legislativo, pero la teoría del equilibrio de los poderes no responde hoy a la realidad porque no está de acuerdo con las condiciones modernas de la democracia, como lo sostiene el profesor de la Sorbonne, B. Mirkine-Guetzevitch, en su obra *Les Constitutions de l'Europe nouvelle*.

Las complicaciones que ha impuesto la vida actual al mundo traen como condición ineludible para que la democracia pueda defenderse de sus enemigos, un poder ejecutivo fuerte, pero siempre controlable por el sufragio popular.

No se trata de puntos de vista subjetivos ni de examinar *sistemas* filosóficos o políticos, sino de *problemas* que todos palpamos; el obrero porque no encuentra ocupación o ve mermadas las horas de trabajo y por tanto disminuido su salario; el agricultor y el ganadero porque se ven obligados a malvender sus productos; el rentista porque su dinero vale menos, no le rinde el mismo interés y sus inmuebles producen menor alquiler; el comerciante porque las ventas son menores; el industrial porque la demanda de artículos ha disminuido y con ella la rentabilidad de su empresa. Unos se ven obligados a limitarse en la adquisición de efectos que les son necesarios y otros privados hasta de lecho y de sustento precisamente cuando hay más abundancia de productos en el mundo y cuando los precios han bajado en línea vertical, como consecuencia de los nuevos métodos de producción.

Todos palpamos el malestar económico y junto a él vemos a los gobiernos inermes, luchando desventajosamente en su empeño de remediar tantos males, porque las cartas constitucionales imaginadas para épocas sin grandes problemas económicos y sin grandes concentraciones de capital no les permiten tomar las rápidas y enérgicas medidas aconsejadas por los técnicos.

Las grandes empresas, favorecidas por los nuevos sistemas de producción, regulan esa producción y los precios LIBREMENTE, de acuerdo con la letra de las constituciones, pero *arbitrariamente*, según elementales principios de justicia social.

Mientras tanto el famoso equilibrio de los poderes ideado como garantía de los derechos *delegados* por el pueblo para *formar* el Estado (como si el Estado fuera sólo producto de un acto de la razón pura traducido en un contrato y no un hecho natural, independiente de la voluntad de los individuos) hace que los poderes se estorben o permite que uno sea absorbido por el otro.

Tampoco esto es imaginativo.

Estamos presenciando el impresionante y colosal ataque que sostiene el presidente Franklin D. Roosevelt contra los financieros de Wall Street, que habían llegado a dominar —según lo ha afirmado él en documentos oficiales— a los gobiernos republicanos, formando una verdadera oligarquía económica.

Le vemos a su vez combatido por la Corte Suprema de Justicia que, en nombre de los principios liberales de la constitución norteamericana, anula decretos y leyes destinados a buscar el resurgimiento económico por medio del famoso New Deal.

Esa es la situación, ahí están los males y correlativamente la urgencia de repararlos.

En presencia de estos hechos cuya elocuencia excluye toda ponderación, el hombre de estudio y el hombre de la calle coinciden en afirmar que la maquinaria político-económica marcha mal y que es necesario proceder a una completa revisión.

Se impone una rectificación de los principios liberales para su propia defensa.

M. Gaston Jèze, profesor de la Universidad de París, quien no puede ser tachado de herético ni aún por los más ortodoxos liberales, ha escrito estas sentenciosas palabras: “Es la revolución más grande de la historia moderna, el abandono de principios sobre los cuales se había constituido la producción económica contemporánea. Cuando leo en ciertos periódicos o revistas que puede advertirse una mejora, me pregunto en qué infalibles señales se reconocerá ese progreso. ¿Porqué cerrar los ojos ante las catástrofes que se suceden y negarse a ver sus ineludibles consecuencias? La verdad es triste. Pero, ¿cómo se podrá hacer nacer en los pueblos la firme voluntad de adoptar una nueva política? A fuerza de decirles la verdad. Este es el único medio de salir del fango en que nos hemos hundido. Desgraciadamente, para salir hará falta mucho más tiempo del que se necesitó para hundirse en él. El remedio será

“lento. Ahora bien; la miseria no espera. Al productor empeñado en la lucha y amenazado con desaparecer le interesan poco los remedios cuya eficacia es lenta. Lo que desea es la solución inmediata y atiende a los que se la prometen. Tal es la causa de la locura que actualmente se ha apoderado del mundo. En honor a la verdad, hay que decir que no puede haber solución inmediata. Seguiremos en la confusión durante años. Creer en el próximo término de nuestras miserias es hacerse ilusiones”.

El alto comercio, la gran industria y hasta muchos hombres de Estado han lanzado frecuentemente consejos simplistas para remediar tan graves males, como estos: “gaste más”, “tenga confianza”, “adquiera solamente productos nacionales”, etc., recetas que por inadecuación lógica producen entre el pueblo el mismo efecto que si a un hambriento le brindasen tónicos para despertarle el apetito.

Ante la reacción de la derecha y la marea izquierdista que sube, hay que defender las libertades públicas y defenderse de las grandes concentraciones financieras modificando las constituciones políticas y la estructura económica, estableciendo *un orden económico constitucional*, o sea una declaración económica de derechos, según lo sostiene Roosevelt, de acuerdo con las actuales exigencias de una vida más complicada y más afanosa, no prevista en sus proyecciones por la filosofía política y por la economía de los siglos XVIII y XIX.

FELIPE S. PÉREZ.

Montevideo, mayo de 1936.



## LAS CONDICIONES DE LA POLITICA ACTUAL

UNA de las características más salientes de la época que vivimos es la preocupación extendida a todas las clases por los asuntos públicos. Es la nuestra una época eminentemente política. Esto parece contradecir “prima facie” otra característica atribuída igualmente al momento actual y que consistiría, según ciertos propagandistas, en la tendencia a reaccionar violentamente, en nombre de principios reputados eternos, contra la intervención de las masas en el gobierno de los pueblos, es decir, contra la democracia. La muerte de ésta es anunciada todos los

días por profetas de diverso origen que encuentran crédito en algunos sectores de la opinión e invocan en apoyo de sus afirmaciones los ejemplos de Italia y de Alemania. Resulta indudablemente difícil concebir la coexistencia de ambos fenómenos: intervención cada vez mayor de las masas por una parte, y, por otra, negación de los principios que justifican ese predominio.

Nuestra época vendría a ser, en consecuencia, democrática en los hechos y antidemocrática en la teoría, lo que resulta absurdo. Pero la aparente contradicción se salva, si procuramos elevarnos por sobre el confusionismo profesional de los propagandistas y damos a los fenómenos su verdadero nombre.

La intervención creciente de las masas en los asuntos públicos es un hecho indiscutible. Se origina en el malestar económico y en la angustia por el mañana que aqueja hoy a todos los pueblos. El ejército de desocupados es un elemento nuevo de la política mundial, que nuestra civilización no había conocido hasta ahora, y con él la legión inmensa de todos los que temen quedar también sin trabajo, o reciben por el suyo una retribución de hambre. En esas aglomeraciones compactas se reclutan los soldados de los credos en pugna, por lo que el proceso de las luchas políticas tiende, cada vez más, a presentarse como choque de grandes masas desesperadas. Tal es el panorama que se ofrece a nuestros ojos en los países de evolución más avanzada, como Francia e Inglaterra. Esas masas, urgidas por la incertidumbre del mañana, no persiguen principios de ninguna clase, sino soluciones concretas, y son por consiguiente presa fácil para los demagogos que le ofrecen un paliativo de sus males. Así las naciones cuya cultura media parecía preservarlas de ilusiones exageradas en lo atañedero a las panaceas políticas, resucitan el hecho elemental y primitivo del caudillo, que con cuatro fórmulas vagas se adueña del entusiasmo y la confianza comunes y a quien se conceden, en un raptó religioso, todos los poderes que una doctrina previsorá y sabia concebía repartidos y mutuamente controlados. El renacimiento del caudillismo desautoriza las afirmaciones del doctrinarismo liberal, que lo consideraba un fenómeno irrevocablemente pretérito; pero no puede considerarse un síntoma antidemocrático, desde que, si el pueblo es soberano, resultaría abusivo fijarle normas en el ejercicio de su derecho, que ejercita en la forma que le parece y delega en quien se le ocurre.

Vuelvo a repetir que me refiero a un hecho; es decir, a algo ajeno a nuestro consentimiento o voluntad. Las cosas no dejan de ser como son, porque nosotros las prefiramos de otra manera. Nada se gana con cerrar los ojos a la realidad, cuando ésta no se somete a nuestras convicciones. Yo creo que los comienzos del siglo XIX, en que se afianzaron en Europa los principios del liberalismo político, fueron una época fastuosa de la historia, y que, en virtud de aquéllos, nuestros abuelos gozaron de una libertad, una tolerancia y una fraternidad sin ejemplo en los siglos anteriores.

La esperanza de que tales beneficios, lejos de desaparecer, irían en aumento en el indefinido futuro, debía obrar como un tónico reconfortante y un elixir de juventud; y merced a ella fué, seguramente, que la humanidad realizó las grandes conquistas de orden material que inmortalizarán la memoria de ese instante. Se trabajaba para los hijos y los nietos, que serían cada vez más felices, más libres, más buenos. No ha ocurrido así; aquella construcción idílica se ha venido al suelo. Reconocer esta catástrofe evidente no significa animosidad contra lo que se fué sin esperanza de retorno (al menos por ahora) sino ponernos en condiciones de comprender el sentido del drama en que actuamos y salvar lo que se pueda del hundimiento.

La organización política y social del liberalismo fué uno de esos instantes de equilibrio que se presentan en la historia y en los cuales todos los elementos de la sociedad se complementan en un conjunto armónico. Piénsese lo que se quiera sobre la justicia inherente a esa ordenación; no cabe negar que existió como tal; que fué un orden, y que garantizó el desenvolvimiento de la actividad humana en la forma relativa e imperfecta, desde luego, en que un orden puede ser realizable. Pero todo orden es efímero. Y el malestar político y social contemporáneo proviene, simplemente, de la ruptura de aquel equilibrio. El régimen liberal, en su época de esplendor, se caracterizó por asegurar las libertades esenciales para el desarrollo de la civilización industrial, y con el equilibrio de poderes en lo político y la facilidad de trabajo y progreso para todos en lo económico, creó condiciones de vida superiores a las conocidas hasta entonces. Pero las posibilidades de bienestar que aseguraba ese régimen se han agotado, y de ahí proviene el sobresalto y la angustia que caracterizan a la crisis de transformación que atravesamos.

Equilibrio roto. Crisis de transformación. Es natural que un conjunto de circunstancias que contradicen las previsiones de pensadores cuyas doctrinas se habían hecho carne en la conciencia civilizada, hayan acarreado, por su sola aparición, una gran confusión de las inteligencias, en su esfuerzo por olvidar lo aprendido y adaptarse a la imprevista fenomenología contemporánea. Tiempos de confusión son propicios a la aparición de profetas y visionarios. Lógicamente, la evidencia del fin de una civilización edificada sobre determinados principios, llevó a los entendimientos simplistas a abominar lisa y llanamente de aquéllos y a cifrar las esperanzas de salvación en la adopción de los principios opuestos. Se creó así un nuevo tipo de demagogia que es la contrafaz del jacobinismo y que consiste en proclamar "autoridad, jerarquía y violencia" donde aquél expresaba "libertad, igualdad y fraternidad". Los intereses más espurios se aliaron a las más puras intenciones patrióticas para esta nueva cruzada.

Veamos hasta qué punto ella estaba justificada por los hechos.

El régimen liberal, al adoptar la democracia como su instrumento político, prometía asegurar la transformación pacífica de las condiciones sociales, a medida que lo determinaran las sucesivas mayorías. Estaría desterrada para siempre la violencia de las luchas civiles. Este concepto idílico de la política ha fracasado; sin duda no se ajustaba a la índole belicosa del hombre que, cuando su interés está en juego, lo defiende por todos los medios posibles. El desarrollo del régimen capitalista, al crear una clase plutocrática por una parte, y por otra grandes multitudes proletarizadas y hambrientas, con sus intereses inconciliables entre sí, ha convertido en ilusorio cualquier sistema de equilibrio, porque ambos intereses contradictorios reclaman la totalidad del poder político. Mientras los capitalistas desconfían del sufragio porque puede ocasionar el advenimiento del socialismo, y maniobran, por medios poderosos y sutiles, sobre la opinión pública y los representantes del pueblo, las multitudes se alejan cada vez más de un régimen que, al entregarlas maniatadas a los manejos de los financieros, dueños de los gobiernos y los parlamentos mediante las subvenciones a los partidos, amenaza perpetuar su servidumbre. Lo económico se complica con la intervención de factores de orden moral e intelectual, ya reales, ya esgrimidos maliciosamente como re-

curso demagógico o arma de combate. De una parte y otra se crea así un estado de ánimo favorable al empleo de la violencia, y ello es lo que está ocurriendo en Europa.

Las elecciones se realizan en un clima de lucha sangrienta. Los "frentes populares" y los llamados "frentes nacionales" sostienen milicias armadas, verdaderos ejércitos, y cada uno van al comicio con la segunda intención de la guerra civil. Es indudable que las mayorías que triunfan, no triunfan solamente por ser mayorías y por el acatamiento "leal" del adversario, sino porque han tenido la precaución de munirse previamente de ametralladoras o cuentan con el gobierno y la fuerza militar. La tolerancia con las minorías resulta cada vez más ilusoria. Las ideas de oposición consentida, de control parlamentario, etc., no son ya de este siglo. Y como el partido vencido en las urnas no cree tampoco en ellas y está siempre dispuesto a recuperar sus posiciones por la fuerza, el instinto de conservación aconseja perseguirlo hasta hacerlo desaparecer. La "totalidad del mando" es la aspiración de unos y otros; de ahí que el mantenimiento del mecanismo electoral y la separación de poderes no sean generalmente más que una apariencia encubriendo una realidad de verdaderas conquistas revolucionarias.

Hay en todo ello un fracaso indudable de los principios tolerantes en que se fundaba la civilización política europea. Pero de ningún modo un fracaso de la *idea democrática*, consistente en aceptar la soberanía del pueblo y en profesar la necesidad de un régimen más igualitario. La evolución de los acontecimientos muestra, por el contrario, el triunfo, en todas partes, de las fuerzas populares, con su táctica adaptada a las nuevas circunstancias creadas por la resistencia de los poderes establecidos: frentes únicos, formación de milicias, etc. Esos triunfos que constituyen, en mi entender, una prueba decisiva, desautorizan las previsiones de quienes esperaban la conversión franca del mundo a la derecha, en virtud de una supuesta muerte de la democracia, confundiendo lamentablemente los medios con las finalidades. Y desmienten de antemano a aquellos que para defender viejas posiciones, jaqueadas por el esfuerzo renovador, pretenden justificar su resistencia interesada con forzosos argumentos doctrinarios.

ERNESTO PALACIO.

## LETRAS ARGENTINAS

### UNA NOVELA GAUCHESCA (1)

**P**ARA quien conozca la producción anterior en prosa de Enrique Amorim, no reserva mayores sorpresas la lectura de *El paisano Aguilar*, si bien, las que como tales pueden considerarse, realzan las ya probadas dotes del escritor.

Por el tema, los procedimientos, el fondo de sentimentalidad campera, la ubicación geográfica rioplatense, hasta por ciertos freudianos desvelos del sexo, sigue Amorim en esta novela la línea de sus cuentos y narraciones más conocidos. Es el mismo narrador ágil, cortante de brevedad, de firme y colorido trazo. Es el retratista y el contemplativo, a ratos el poeta, el narrador siempre. Ni siquiera deja de ser del todo el fragmentario de sus anteriores libros. La evolución del autor muéstrase confirmando lo anotado si se la sigue con algún detenimiento a través de sus libros mayores.

El Amorim de *Tangarupá* —una novelita con ambiente, tipos bien dibujados aunque no intensos, a través de una personal visión del campo— no es en rigor el mismo de *La carreta*. Menos todavía es el Amorim de *El paisano Aguilar*. Libros sucesivos éstos que marcan un visible avance de logro artístico, con menos crudeza inútil, particularmente el último, cada vez mejor vertebrados en la acción continua y tensa.

Queda dicho que en *La carreta* habremos de buscar el antecedente inmediato de *El paisano Aguilar*. Novela de “quitanderas” y vagabundos aquélla, según la subtítulo el autor, no podía por cierto exhibir una línea ética ejemplar. Hay que recordar en nuestras letras a la *Nacha Regules*, de Gálvez, sin buscar empero otra similitud que la siempre posible entre la pintura del vicio y la miseria moral y

---

(1) *El paisano Aguilar*, por Enrique Amorim.

física de dos ambientes que siendo en sí muy distintos sólo por la bajeza se emparentan.

*La carreta* nació así distanciada del gusto de exigentes catadores, condenada casi a esa suigéneris circulación subrepticia que en ocasiones suele favorecer a libros de alta clase estética, a pesar de la señalada aspereza. La novela de Amorim no alcanza esa categoría y ello por modalidades que corresponden en reparto negativo al contenido y a la desnudez de la pintura. Cuando la descripción de la pequeñez humana no se ilumina con un rayo de ideal que la depure, y es el caso de *La carreta*, no alcanza la miseria dorada a trocarse en el oro auténtico del arte. La calidad de novela tampoco satisface por completo en aquel libro. Y la propia carreta no pasa de personaje intermitente entre las vidas desgranadas y viciosas que van derramando lujuria por el campo.

Mas estas objeciones, que miran más a lo ético que a lo estético, no quieren invalidar lo que de bueno hay en *La carreta*. Muestra en ella Amorim garra de legítimo escritor narrativo, observador tan fino como despiadado, capaz, en breves líneas, de hacer vivir tipos que se ensartan en la retina del lector. Y todo eso tamizado por una visión personal, personalísima en ocasiones, de lo rural. Porque en Amorim no sólo se da una visión del campo sino también la idea, su idea, del campo. La continuidad lisa del relato, con escenas que se enlazan en un bien tejido argumento, no parece desvelarle. Sus aptitudes de narrador logran el mejor relieve en lo anecdótico, ayudadas por un verdadero don natural para apretar en menudos cuadros cielos y paisajes reales. Tipos y ambiente aparecen así compenetrados, actuando de consuno como ocurre en la existencia rural. El campo cobra vida, renuncia a ser visto meramente y en ocasiones es tan personaje como los de sangre y dolor. Pensamos en "Saucedo" desde luego, pero este caso no es el único. La perspectiva que ofrece así no puede ser nunca la misma de quien lo contempla a través del rectángulo de una ventana. Es un campo recortado por una fantasía inquieta que sabe incorporarlo sin más a la acción. Es un campo personaje, un campo que ha traspuesto la valla de los ojos: subjetivo. Los personajes a su vez tiene la misma mudez del campo para lo ideal y padecen idéntica intemperie. Sólo saben de los instintos de las bestias, viviendo como ellas y las plantas más allá del bien y del mal.

De esta manera de ver y ejecutar se desprenden las bondades

y defectos que pueden señalarse en la novelística de Amorim. Mas cualquier idea o modo de ver que suscite su obra, es inevitable el acuerdo en este juicio: Amorim no convencionaliza el campo ni sus tipos, y en tal sentido sus libros aportan una faz inédita en el costumbrismo rural rioplatense. Lo que no ha de interpretarse como lisa negación de lo tradicional, según esperamos demostrarlo comentando su última novela.

En *El paisano Aguilar* encarna el gaucho, por la primera vez, con modalidad sustancialmente distinta a la que le imprimiera por derecho de creador José Hernández. En ambos casos se trata de genuinos observadores y no menos genuinos artistas. El ciclo del gaucho legendario iníciase con Martín Fierro y parécenos se cierra con Segundo Sombra. Leyendo el libro de Güiraldes nótase de inmediato la calidad legendaria y muy idealizada del personaje. Sin embargo, en ningún momento desentona por falso. Hay de por medio un alto secreto de arte: Güiraldes hizo un microcosmo para su héroe, que, moviéndose en su ambiente auténtico no podía naturalmente desentonar. Y así ocurrió.

Ahora Amorim da otra interpretación del gaucho, consonante con la época. De ahí la novedad de su novela, aunque el gaucho legendario —esperamos demostrarlo— constituya su calidad trascendente, el substrato metafísico del tipo contemporáneamente evocado. Paisano de hoy que va a encontronazos con la realidad rural del día: tal el Pancho Aguilar de Amorim.

El paisano Aguilar es hijo de patrón, destinado por sus padres a ser hombre de ciudad. Nada más lógico que este destino. El estanciero que hizo fortuna luchando bravamente con el animal y el medio, quiere que sus vástagos medren con más holgura y los manda a estudiar a la ciudad. La fortuna pródiga, además, una vez lograda parecele insuficiente. Quiere blasones para los suyos, y no habiendo otro que el ansiado de "doctor", manda sus hijos a la universidad. El pergamino doctoral es la segunda y culminante etapa de la vida de un estanciero criollo, y con escasas excepciones, de extranjeros también. La grandeza que incubaron campos feraces y vacas pródigas necesita para ser cabal blasonarse en la universidad. No pensaron de otro modo los padres del paisano Aguilar.

Viene el agreste muchacho a la ciudad y logra algunos éxitos en el estudio. Diríasele adaptado al vivir ciudadano, pero no es así.

Por amor propio, por presión de los suyos ha llegado hasta la Facultad, mas su alma vaga por los campos en incontenible nostalgia. Lo tironea el campo y la ciudad lo aburre. Anda siempre con el paso trabado, como hombre jinete obligado a marchar a pie. Justamente sus compañeros apódanlo "paisano", y eso y no otra cosa será siempre. Así, un día de los días, lo tenemos de regreso en "El Palenque", la estancia de los padres.

No es simple la psicología del paisano Aguilar. En su alma alienta esa vieja congoja de lejanía, de no sé qué de los vastos horizontes. Congoja que puede ser insatisfacción presente o acaso resonancia ancestral.

Aguilar, de vuelta a "El Palenque": "permaneció más de una quincena inactivo, mirando el campo, a veces tras la humareda de su cigarrillo. El campo, la selva, el río; el camino entrando en el horizonte como una cuña. Mirando las pampas despobladas, nada más". Por cierto no sería ésa la postura de un conquistador, del hombre que va al campo para amasar riqueza.

El alma de Aguilar está hecha de insatisfacción, del dolor de quien se busca a sí mismo sin encontrarse. Ciertamente amaba el campo, mas roíale en sus aspectos de abrupta fealdad, y, aun más, en su íntimo y grave dolor. Veía la desdicha del paisano y la sentía como suya. Y todo, sin que en ningún momento el paisano Aguilar se cubriera con capa de soñador ni menos revelara síntomas de intoxicación literaria de ninguna especie. Su esencia de hombre estaba lejos de desmentir su mote.

Tratándose de un libro que como éste va más allá del simple relato, intrascendente, con que tropezamos a diario, se impone, para ahondar el análisis, la pregunta: ¿Qué se propuso el autor al escribirlo? Algún crítico ha adelantado ya su respuesta: Amorim, en su entender, ha querido dar la visión del campo, tal cual es en la actualidad.

Subrayemos el acierto del autor de llamar "paisano" y no "gaucho" a su tipo. Mas ello no implica declarar la absoluta inexistencia del gaucho. Tampoco creemos que hayan de tomarse a la letra las consideraciones que sobre el gaucho, en cierto pasaje del libro (página 44), hace el propio Amorim. La esencia de su actual novela las desvirtúa. No existe el gaucho con la indumentaria ni en la postura de héroe que la tradición le confieren, pero no pocos de

sus rasgos sustanciales perduran en el paisano y aun en el doctor de hoy. Agréguese que el sentimiento para lo gauchesco es una realidad nacional y se tendrán razones de sobra para no rechazar de plano, en nombre de una verdad que para el arte no rige, cuanto al gaucho y su ambiente se refiera.

Leído el libro de Amorim, una figura neta de gaucho queda como balance de su lectura. Si Aguilar fracasa y nunca se siente a gusto en la ciudad, en el campo hallaría su remedio. Pero va al campo y su desasosiego es casi el mismo. En su estancia, frontera a la ciudad, halla otra vez el hastío, como en los patios del claustro ciudadano. Apenas llegado siente su espíritu aprisionado por penosos recuerdos familiares: la sombra de su padre y el misterio de la casona de piedra. Y el campo, siempre el campo. . . La aspereza de esa vida tiene para él sabor de cosa extraña, agresiva casi. Maneja los trabajos rurales, pero en la estancia no se advierte la muñeca firme de un estanciero. No tardan sus negocios en empeorarse; tras ellos las hipotecas, las deudas. Un extranjero, un inmigrante, habría triunfado con sus elementos; él, en cambio, fracasó. Luciano, su amigo, se orientaba mejor en tanto él perdía su rumbo. Hombre de la ciudad, el rematador, que no tenía afectos entrañables ni llevaba en las venas el lastre de una tradición, se adaptaba sin inconveniente con tal de medrar. Así pasó de rematador de ganado a político de verba, con porvenir por delante.

Deducimos, en consecuencia, que Amorim, de modo deliberado o no, nos da con el paisano Aguilar otro avatar del legendario personaje, confirmando otra vez, por si ello fuera necesario, que el gaucho-paisano, es el mismo inadaptado, destinado a ser barrido por el progreso europeo, que hace sesenta años pintara Hernández. El juez de paz y la policía que empujaron a Fierro a las tolдерías, ahora, cambiados los tiempos y suavizados los hábitos por la educación y un mayor imperio de la ley, se llamarán bancos y prestamistas. El criollo, que no sabe hacer rendir a la tierra todas sus posibilidades, que se distrae en contemplaciones y no siempre señora sobre sus instintos —culto de la arrogancia, muy atenuado en el caso de Aguilar, despilfarro, nomadismo, sometimiento a cierta supuesta fatalidad, con mandatos que se alzan desde sepulcros—, resulta lógicamente vencido por el extranjero. De ahí que se nos ocurra muy superficial respuesta a nuestra pregunta sobre “qué se propuso el

autor", la que atribuye a Amorim el sustancial designio de abatir el gaucho legendario pintando el campo tal cual es.

No ha abatido Amorim a nuestro gaucho; lo ha renovado solamente. Le ha hecho adoptar para su comodidad cosas "estandardizadas" de hoy día como la radio y el automóvil, sin que tales y otros artefactos del progreso, y el estudio, sobre todo —lo que por cierto es sorprendente— modificaran en un ápice su idiosincrasia de paisano. La inconformidad gauchesca, la cobardía frente a los obstáculos diarios, la carencia de espíritu de empresa, el natural fatalista y haragán del criollo se salvan intactos en Aguilar.

El campo, tal cual es, sólo a trechos aparece en la novela, en la medida que es necesario para fondo del cuadro o para dar relieve a los rasgos del protagonista. La chacra, la estanzuela, no son asunto de este libro. De serlo veríamos en primer plano al colono, al inmigrante. Pintar el campo argentino u oriental limpio de gringos equivale a falsearlo. Lo contrario implicaría situar la acción en la irrealdad de lo legendario, en los predios de Fierro o de Segundo Sombra. Amorim ha tomado decorados de uno y otro escenario, con vistas a una acción contemporánea, sí, pero sin perseguir efectos de ningún costumbrismo al día. Ha puesto en pie, mediante unos pocos brochazos expresivos, la pequeña estancia "El Palenque", y ha colocado, apenas al otro lado del horizonte que desde ella se domina, un modesto pueblo: Tacuaras. En lugar intermedio, un estanciero con ribetes de caudillo: Cayetano Trinidad. En "El Palenque" nombra hasta tres peones, pero sólo vemos a uno: el inolvidable don Farías. Juliana, la sirvienta, y Malvina, su hija, completan las figuras humanas de "El Palenque". Del pueblo exhibenos una calle y en ella conocemos a Sofía, la novia de Aguilar. En los alrededores una casa de verdes persianas, la "Pensión", y dentro, un sugestivo tipo de mujer: Elvira, "La Cubana". De esta lista sólo falta Luciano, el rematador, a quien podría llamársele el argentino (u oriental) por antonomasia. Luciano representa el espécimen medio, más de la ciudad que del campo; dicharachero, satisfecho, exento de cualquier inquietud que no afectara de cerca su persona o sus negocios, puede afirmarse que se sentía cómodo en cualquier parte. Tipo nacional como se ve y sin duda feliz ejemplar de hombre normal, sirve admirablemente en la novela para destacar las rarezas del paisano, su amigo.

Con estos personajes y un campo tan abierto como el cielo,

por ambiente, Amorim ha construido su libro. Agreguemos que si bien ha desechado la utilería de los profesionales del gauchismo —no hay en esta novela riñas de gallos, ni carreras cuadreras, ni corridas de sortija, ni jugadas, ni duelos a facón— tampoco ha procurado dar cuadros completos de la actual vida rural. Bajo cualquier aspecto que se la juzgue, la novela surge en su integral contextura gauchesca. Es un libro gaucho por la psicología de los tipos, la visión del mundo que aporta, la luz cruda que lo envuelve implacable. Están ausentes de él las sensaciones dulces, placenteras: la suavidad del hogar, las expansiones de la amistad, la ternura del vivir reposado. El amor mismo cobra un aspecto hurano, sin elevación ni matices. No es más la gama del sentimiento lo que atrae; sus finuras recónditas truécense en el zarzal bravío del instinto; enmudece la pasión y, como en las bestias, sólo habla el sexo. La mujer deja de ser la compañera del hombre y nada interesa en ella fuera de su trabajo y su feminidad física. Todo el panorama es visión de hombre, sensaciones de hombre, erotismo de hombre, feudal avasallamiento gaucho.

Rasgo realmente decisivo para definir el gaucho es la inadaptableidad. Pastor nómada, desarraigado, pronto a enrolarse en aventuras guerreras que prolongaban su holganza con escaso riesgo, no supo adaptarse a la nueva vida que trajo consigo el inmigrante europeo con sus hábitos prolijos y sedentarios. El acelerado crecimiento del país por obra de una política europeizante, empeñada en arrasar lo autóctono, acusó más su inferioridad respecto al laborioso extranjero. El gaucho perdió así, de golpe, su influjo y poder, no quedándole desde entonces otro programa de vida que irse cada vez más desierto adentro, barrido conjuntamente por el inmigrante y el gobierno. De haber sido más moderado el empuje progresista del país acaso se adaptara, mas la brusquedad del cambio no se lo permitió. Fué desde entonces un proscrito en su tierra y nada tuvo porque nada supo adquirir y conservar. Padeció injusticias, fué perseguido. Formada su alma entre los panoramas de una naturaleza opulenta y sugestiva, fué poeta. Y cantó la melancolía de la llanura en versos que eran a la vez añoranza del bienestar perdido. Mas como sus instintos de dominador pedían también ser oídos, avivados por el ansia de desquite, el gaucho trocóse en el rebelde armado contra el orden impuesto. Gaucho significó entonces bárbaro, encreadora, incitativa de lucha o simplemente consoladora, emana de

constitución. Y como el progreso venía de la ciudad capital y las patriadas se reclutaban en las provincias y los pueblos lejanos, éstos acabaron haciendo causa común con los gauchos. De un lado la capital y el progreso, del otro las provincias y la barbarie. Otros dijeron: de allá, del lado del río que mira al mar, la opresión; de acá, de las provincias que se desangraron por la independencia, sin lograr las compensaciones de los primeros, la libertad. Unitarios y federales. Y un estadista, aunque provinciano, sintióse un momento porteño para decir: No hay que economizar sangre de gauchos.

Pero ha ocurrido —y el fenómeno es constante en toda violenta conquista— que el gaucho vencido y aniquilado en la lucha ha conquistado espiritualmente a los vencedores. Es innegable la sugestión poética de su aventurera existencia, facilitada además por una herencia —bien que en ella los defectos pesen más que las cualidades— cuya supervivencia se advierte en la psicología del argentino (u oriental) de nuestro tiempo. Sólo por obra de un pensar estrecho, aestético, puede censurarse a quienes —escritores, poetas o artistas del lienzo o del mármol— siguen evocando en la tela, el poema o el libro, su huidizo perfil legendario. No hay modernismo que valga en cuanto a lo esencial del arte. Acaso Amorim, previendo censuras de los anti-traditionalistas, ha querido despistar al lector con sus reflexiones teóricas, oportunamente puestas en boca de Aguilar. El libro, en cambio, muestra evidente genealogía gauchesca, que la índole del protagonista confirma a cada paso.

Aguilar, inadaptado, vive en perenne fluctuación de sentimientos: no ama a la ciudad ni ama tampoco la vida de la pequeña estancia de sus mayores. Su verdadero ambiente no es el uno ni el otro. Y no se diga que ése es un rasgo de la actual vida nacional. Es una generalización completamente exagerada. El paisano no tiene iniciativa ni perseverancia para el trabajo: rasgos gauchescos. No ama a su novia ni a su concubina, las acepta simplemente. Del hogar en que se formara tiene deplorables recuerdos. ¿Por qué? No lo sabe a ciencia cierta. Tropieza en una ocasión con el retrato de la madre, y esa imagen nada le sugiere. Es el hijo de un hogar gaucho, sin afectos ni lumbre doméstica. Piensa que si se enriqueciera se casaría, pero lo *piensa* solamente. Ama —si es lícito hablar así— a su novia, como si un océano los separara. Ninguna chispa creadora, incitativa de lucha o simplemente consoladora, emana de

ese amor. Su novia, su concubina, son para él lo que fué siempre la mujer para el gaucho: olvido momentáneo, refugio de una noche, en su peregrinar de nómada. Y, por fin, es nómada, sustancialmente un nómada este paisano. Desde que traba relación con los contrabandistas sueña obstinadamente en ese fantástico Norte, que ya se había tragado a sus hermanos mayores y a cuya boca de selvoso misterio ansiaba encaminarse. El Norte era la aventura, la evasión del orden, el nomadismo. Viviendo del contrabando, entre fieras, hombres bravos y hostiles marañas, espera ser feliz. Correrá peligros, pero no los teme. Es hombre y es gaucho. En cambio, ni novia, ni concubina, ni hijo, ni hipotecas lo perturbarán. Todo ese lastre lo abandonará al partir. Quiere ser hombre libre. La llanura habíalo atrapado y en ella sentíase preso como en una jaula. "La suave planicie —escribe el autor— le entraba por los ojos, y en ellos, ni una mirada dura, ni una luz contraria. Aquella llanura entraba en la casa, invadía el patio, los cuartos. Sus días parejos, eran como esas tropas de un solo pelo, como esas arboledas plantadas en línea. Y ahora, dentro del monte, confundidos sus ojos en una vegetación enmarañada, tenían algo así como una fiesta, en la charla variada, escabrosa, llena de riesgos, de los contrabandistas. Remolino de ramas y de vidas. Los relatos de Laguna, de acento desconocido, despertaban en Aguilar viejas leyendas muertas en su alma, secadas por el destino apacible de "El Palenque". Primero, sintiendo la recóndita hostilidad de la ciudad, buscó refugio en el campo; ahora, era el campo su enemigo. Sobre su alma insatisfecha pesaba la llanura, su monotonía exasperante, sus estaciones siempre iguales, su misterio nocturno, tan parejo como indescifrable. La selva sería su refugio, acaso el último refugio. Allá liquidaría el postrer lote de sus ilusiones.

No es la del paisano Aguilar una psicología vulgar, hemos dicho. Estaba lejos de ser el hombre que alguna vez supusiera su amigo al verlo exultante por un puñado de dinero, que él mismo le entregara de una venta de hacienda. Los hechos decisivos de su vida desmienten que "tuviera su alma en el bolsillo". Aunque vulgarote en su externidad había en Aguilar mucho del desasosiego de los altos idealistas. También iba él en pos de una quimera, así fuera un ideal de contrabandista. Y por sobre todo, llevaba incrustado en su alma el dolor de los incomprendidos, de los tristes sin esperanza. Aunque

hubiera triunfado en los negocios el hastío habríale sobrevenido lo mismo. Aquel que nazca con la estrella del inadaptado podrá muy bien rodear la tierra toda sin hallar su rincón. Desventura de pensar cara a cara a la vida: una chispa de este dolor mordía sin duda la entraña de este paisano que era más que un paisano. Y he ahí por qué el "paisano" Aguilar no es un tipo del ambiente y sí una muy estimable realización poética.

JUAN B. GONZÁLEZ.

# LOS LIBROS DE ESPAÑA

por JUAN TORRENDELL

## LETRAS CASTELLANAS

POR CASTILLA ADENTRO, por *Pedro Corominas*.

Los telegramas de Madrid conceden nueva actualidad al libro de un publicista catalán que esta vez escribió directamente en castellano a ruego de la editorial Mundo Latino. El volumen se titula *Por Castilla adentro*, título que cobija varios ensayos muy notables sobre el alma castellana a través del territorio y su apasionante historia. La constitución del nuevo gobierno llamado de izquierda, ha estimulado la agitación autonómica en toda la Península española. Ahora resulta que la formación de estatutos regionales integra el programa constructivo del frente popular; a diferencia del bienio constituyente, en que fué necesario todo el empuje del señor Azaña y unos pocos de sus más adictos para sacar a flote el proyecto del estatuto que Cataluña había aprobado en un plebiscito casi unánime. Entonces se hallaron juntos en apretado haz diputados de la derecha y de la izquierda, coincidentes en una posición contraria a los catalanistas que también habían integrado un frente único. En la actual reconquista del poder, los vencedores —vaya uno a saber por qué—, se han convertido al credo autonomista y anuncian su decisión firme de apoyar todo estatuto que acuda a las Cortes con la mayoría exigida por la Constitución. De rebote, son ahora las derechas las que se oponen a la concesión de libertades político-administrativas regionales. Véase por donde el proyecto autonomista gallego no ha podido contar más que con los votos izquierdistas. Y es tanto el enardecimiento de los unos por la organización federativa, que hasta se ha lanzado la idea de proponer la autonomía del territorio

peninsular más central y centralista: León y Castilla La Vieja. De ahí las irritadas protestas de muchos a quienes la pretensión ha sonado a herejía. Con tal motivo ya se ha disparatado en todos sentidos, al extremo de afirmar que las tierras castellano-leonesas fueron siempre acendradamente unificadoras, cifra y compendio de la actual igualdad provincialista.

Pedro Corominas, en uno de sus más afortunadas monografías, se ha internado en la historia auténtica, ya olvidada por el magisterio *ad usum Delphini* y ha regresado con el botín suficiente para situarnos delante del nacionalismo castellano-leonés, que supo defender heroicamente sus fueros contra la voracidad imperialista del César.

Desde luego, constituye falsedad la afirmación de que los Reyes Católicos sean los iniciadores de la unidad política peninsular. Las Cortes funcionaron siempre separadamente en Castilla, en Cataluña, en Aragón y en Valencia, y dentro de esta organización, que no tenía más nexo que la realeza, se reconquistaba el reino de Granada, se empezaba la dominación en el Norte de Africa, se extendía la hegemonía en todo el Mediterráneo occidental y se realizaban en las tierras de América las más fabulosas proezas del linaje humano.

Fué necesaria —dice Corominas en extensas y eruditas páginas— la extinción de la dinastía nacional y el advenimiento de reyes extranjeros, que no contrajeron nunca matrimonio con damas del país, para que esa deformación del concepto del Estado, esa absoluta concentración de todos los resortes del Poder en la persona del rey, se impusiera al país que había agudizado en la rica variedad de sus esfuerzos el sentimiento de la realidad. Esto, sin embargo, no fué conseguido sin resistencia tenaz de todas las naciones del Norte de España, que se opusieron bélicamente a la confusión y a la tiranía, a diferencia de las del Sur, sometidas por no haber tenido nunca personalidad propia. La guerra de las comunidades de Castilla; la de las germanías, en Valencia; las rebeliones de Aragón y entre ellas aquella en que fué víctima heroica Juan de Lanuza; las guerras de Independencia de Cataluña y de Portugal, representaron, en diversas formas y con diversos resultados, la resistencia de las naciones norteñas contra la imposición extranjera de la monarquía absoluta y el uniformismo igualitario, amorfo y provincialista de

las tierras del Sur. En los campos de Villalar fué vencida la concepción leonesa, adoptada por la vieja Castilla, la organización una y varia desarrollada con gran sentido de la realidad por los Reyes Católicos. Dos siglos después sucumbía definitivamente en Barcelona. A la sazón se había agotado venturosamente la provisión de reyes de la casa de Austria. Pudo acontecer una reacción, tras una experiencia que ya mostraba las uñas de la decadencia. No fué así; las intrigas de Luis XIV impusieron un rey francés que acabó con lo poco que aún quedaba de la vieja concepción española. Y esta es la conclusión: el nacionalismo castellano fué sustituido por el uniformismo arbitrista de Austrias y Borbones.

En suma: la nación ibérica que se rebeló primero contra la uniformidad, fué Castilla, movida de un nacionalismo que ahondaba sus raíces en las entrañas de su geografía. En consecuencia, Pedro Corominas halla nuevos motivos para su argumentación en otros aspectos del alma castellana. De ahí su original y profundo ensayo sobre *El sentimiento de la realidad en los libros de caballerías*, que había sido leído sintéticamente en la Feria Internacional del Libro, celebrada en Florencia. Para acentuar las diferencias fundamentales entre los pueblos ibéricos, conviene saber que los libros de caballerías constituyen con los poemas épicos y con algunos romances viejos, la literatura más genuinamente nacional de Castilla. Además de sus bellezas contienen la expresión más aguda de la esencia castellana.

Pero donde se derrama el amor proverbial de Pedro Corominas, que, aunque muy oculto en su hondura psicológica, siempre le ha inspirado sus actos y sentimientos, en un lejano tiempo, audacísimos, es en el ensayo de sus andanzas por tierras de Castilla. En esas romerías y divagaciones a través de paisajes y almas, el ilustre publicista catalán, en un castellano preciso si bien ablandado por las brisas mediterráneas, muestra toda su natural efusión y cordialidad, y con ellas su pluma, mojada en ternuras y comprensiones, se resuelve en un estilo de bellas imágenes que denuncian emociones muy sentidas. "El pobre mediterráneo", como acaso diría Pio Baraja, comprendía a Castilla dentro de su naturaleza específica y lamentaba fraternalmente que todavía fuera la "bella durmiente" española.

EL MALEFICIO DE LA PANTALLA, por *Valentín de Pedro*.

Este es el título del cuento que sirve de guión a la teoría que le acompaña. Se narra la desviación de una buena actriz por la pantalla cinematográfica, en la que llegó a triunfar y sentir los halagos de la popularidad. Fué ella la única desencantada, puesto que al verse en el celuloide no se conocía, ni la conocieron luego sus propias antiguas amigas al regresar de Hollywood. Esta sensación le preocupó tanto que intentó volver al teatro. Ensayó; pretendía "encontrarse" de nuevo. Imposible. La cinta no sólo le había aprisionado sus gestos y actitudes sino que también le absorbió el espíritu que le animaba. Sin darse cuenta, se había ido desangrando ante el objetivo... Enfermó y murió.

La mayoría de los cuentos que Valentín de Pedro ha coleccionado en este su último volumen, responde a ese designio del contraste y de la tragedia íntima. Sus argumentos podrán haber sido trazados imaginativamente por una palabra, una noticia o una inspiración, sin que jamás hayan sido plasmados por una realidad; pero lo positivo es que todos encierran un interés acaparador tanto por el asunto como principalmente por su desarrollo sintético y lógico dentro de su concepción. Evidentemente hábil en lo contado y en el modo de contarlo. Esto último constituye su mayor triunfo. A veces el autor abusa de su fluidez expresiva y de su facilidad tramoyesca. En estas ocasiones uno desearía menos limpieza en el juego y más inquietud por la expresividad. El profesional ha conseguido dominar toda la instrumentación de su oficio. Hábil también en soslayar la tan atractiva dificultad. Los que le estimamos, tenemos derecho a exigirle mayor esfuerzo.

### Información

#### DICCIONARIO DE PEDAGOGIA.

Dos volúmenes encuadernados en tela acaba de ofrecer a un numeroso público de lectores muy interesados del tema Editorial Labor, para llenar un vacío que se había notado en la bibliografía pedagógica de España. Fuera de libros y revistas, no se puede disponer de una enciclopedia que informe objetivamente, con brevedad y precisión, sobre las múltiples cuestiones relacionadas con la enseñanza, teórica y práctica. Este propósito es el que ha realizado Labor mediante un *Diccionario de Pedagogía*.

Una somera ojeada del índice da la impresión del acierto. Si falta algo, es poco. En general, hay ensayos minuciosos en torno a las bases científicas de la educación, la iniciación en todos los principios teóricos, las diversas soluciones de los problemas prácticos, la pedagogía universal en su pasado y en su presente. Por tanto, el lector hallará abundantes artículos sobre cultura y educación, educador y educando, formas, medios y métodos de enseñanza; análisis de las instituciones culturales y de las materias de la instrucción; ciencias fundamentales, secundarias y específicas del pedagogo; organización de la enseñanza en todos los países; biografía y producción de los más eminentes educadores de todos los tiempos...

Naturalmente, obra tan vasta, aunque sintetizada en dos tomos, había de ser confiada a muchos y expertos profesores de Europa y América. Entre los colaboradores hispanoamericanos se destaca el señor Juan E. Cassani, catedrático de la Universidad, director del Instituto de Didáctica de la Facultad de Filosofía y Letras, de Buenos Aires.

Tan copiosa materia exigía una bien estudiada ordenación de autores y temas que facilita, al final del segundo volumen, la orientación del lector. No falta a ninguno de los artículos la nota bibliográfica indicando las obras especiales que han sido consultadas. Buen número de ilustraciones y diagramas amplía el texto sobre todo en lo concerniente a los sistemas de instrucción pública en las naciones más modernas.

#### EL NUEVO LIBRO DE MARAÑÓN.

Ni el tiempo ni el espacio permiten hablar extensamente del último libro del Dr. Marañón; sin embargo, el lector y la obra merecen anticipación de una nota, aunque breve, sobre el notable volumen, editado por Espasa-Calpe.

Se titula *El Conde-Duque de Olivares*, con dedicatoria "a Azorín, gran historiador del alma de España" y precedido de un ensayo sintético sobre "la pasión de mandar".

El tomo, que rebasa las quinientas páginas, contiene un estudio completo de la vida, encumbramiento y política, caída y muerte del valido de Felipe IV. Finaliza con buen número de apéndices de harto interés biográfico e histórico, aparte de las ilustraciones e índices de autores, obras y personas citadas en el texto.

#### UN HISPANOFILO HUNGARO.

Ha fallecido en Budapest el P. Albino Körösi, escolapio. Era un experto en ciencias, autor de varias obras de historia natural y geografía. Pero, además, y por esto traemos aquí el recuerdo, fué un entusiasta hispanófilo, conocedor perfecto del idioma castellano y de su literatura.

En ocasión de diversas efemérides cervantinas, publicó interesantes estudios entre los que sobresalen los dedicados a la vida y obras del príncipe de los ingenios y al plan y construcción de *Don Quijote*.

Además investigó las relaciones lingüísticas entre el vascuence y el magiar, y tradujo dramas, novelas y poesías de Lope de Vega, Calderón de la Barca,

Ventura de la Vega, Zorrilla, Bécquer, Núñez de Arce, Pereda y otros, en revistas húngaras y alemanas.

#### DE PROXIMA PUBLICACION.

Los devotos de don José Ortega y Gasset, que le siguen con placer en las páginas dominicales de *La Nación*, pronto podrán leerlo extensamente en un libro que se titulará *Aurora de la razón histórica*. Contendrá un apéndice sobre "Guillermo Dilthey y la idea de la vida".

De este ilustre pensador se está preparando una nueva edición de sus *Obras completas*, de gran formato. Serán eliminados los temas políticos "La redención de las provincias y la decencia nacional" y "Rectificación de la República" que pasarán a formar *El espectador VIII*, juntamente con "Goethe desde dentro".

## LETRAS CATALANAS

EL MISSATGE D'ISRAEL, por el P. Miquel d'Esplugues.

Cuando este libro, entrañablemente querido, llegó a mis manos, el telégrafo ya me había angustiado con la brutal noticia de la muerte del autor. El ilustre capuchino de Sarriá era mi amigo y dialogante en sabrosos e íntimos coloquios. Mi admiración era honda por su auténtica bondad, su comprensión amplia y su talento sutil y robusto. Para mí su desaparición, como la de Prat de la Riba, equivale a un faro guiador que se apaga repentinamente, a una voz inteligente y amante que enmudece en el infinito silencio. Ya no más. Mas de pronto, sorprendentemente el faro obscurecido vuelve a prenderse, la voz acallada se oye de nuevo. Es la maravilla del disco que reproduce lo ido, es la letra impresa que habla y se hace escuchar en la intimidad del espíritu.

*El Mensaje de Israel*, que parece enviar el P. Miguel d'Esplugues desde la otra vida, contiene toda la personalidad del insigne escritor y pensador egregio. Todo él hállase reproducido en esas páginas: sus convicciones profundas, su expresión vibrante y emocionada. Los tres ensayos: *Israel*, *Jesús*, *San Pablo*, son debidos a las dos excursiones por tierras de Palestina, como indispensable complemento a sus constantes y profundos estudios bíblicos. Israel, su estructuración geográfica, su pueblo enigmático, podía iluminar los problemas que un espíritu penetrante y exigente puede plantearse tras

lecturas múltiples y ávidas de los libros sagrados. En él está perennemente el aspecto humano de su figura central y junto a él lucha heroicamente el apóstol máximo. Desde luego el religioso de alma cálida exalta vigorosamente al pueblo judío en su genuinidad; explaya luego su noble y sincera fe en la divinidad de Jesús y se entusiasma, como pocas veces, con el batallador y dinámico propagandista que fué San Pablo, convertido por la propia voz de su gran Perseguido.

Previamente el P. Miguel, todo fuego, valor y serenidad —aleación substancialmente mediterránea— se declara hijo espiritualmente de Israel. “Me emociona —escribe— como si fuese propia su tragedia milenaria. Me enorgullecen, como una gloria de familia, sus triunfos. No me desorientan ni me escandalizan sus anomalías. Pienso que un pueblo expresamente llamado y férreamente estructurado para ser único en el mundo, grávido durante dos mil años de Jahvé y de su Cristo, exige, al menos, piedad y respeto”. Es cierto que el propio Jesús, y antes Moisés y los Profetas, increparon frecuentemente a Israel; pero todas sus increpaciones tendían a salvarlo amorosamente. Y aun crucificado, no se oyeron más que estas palabras de infinita caridad: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Y otras muchas consideraciones que el preclaro capuchino, desde ángulos diversos, ensaya, al margen de las conclusiones escriturarias definitivamente establecidas, como en una *causerie* entre iniciados en la exploración audaz, si bien respetuosa, del Cristo presidiendo los destinos de Israel y del mundo. Así el libro navega con briosa libertad por el oleaje de un pensamiento atrevido pero seguro de su esencial creencia. Mas de una vez, el escasamente enterado podrá sufrir una zozolera ante alguna reflexión hipotética, salvada inmediatamente con la serenidad del buen timonel. Todo el volumen chispea de refulgencias cerebrales en torno a los problemas planteados con avidez de espíritu moderno, que no teme deslizarse por el campo libre de la doctrina católica que es dilatadísima.

Toda esa erupción volcánica de pensamientos y emociones, se precipita a través de un estilo violento, desigual e incontenido. El hervor de ideas y sentimientos obliga a un expresionismo, a veces brillante, a veces apagado, con obscuridades y con transparencias según el estado psicológico de su pulso, no siempre sintonizante

con su inquieta cerebración. Así y todo, los libros del P. Miguel d' Esplugues, y éste por encima de todos, proclaman la fama de un pensador y de un escritor que, aun calando hondo en diversas disciplinas del saber humano —nada le era ajeno—, no pretendía ser profesional ni especialista. No sin motivo fué harto sabroso dialogar con él sin temores del agobio magisterial. Por esto mismo, maestro inolvidable.

VISIONS DE CATALUNYA (MALLORCA). por *Joan Santamaria*.

Título literaria y políticamente trascendente es el que ha elegido el autor para el cuarto volumen de la serie de *Visions*. Literariamente no cabe la menor duda de la substancialidad de Cataluña y Mallorca. Si los escritores isleños no fueron los iniciadores del Renacimiento catalán, fueron los más inmediatos y evidentemente los de mayor eficacia. Un núcleo de hombres eminentes de Barcelona lo acaba de reconocer en un manifiesto en que se proclama la justicia de un homenaje hacia el grupo selecto de la cultura balear, productos ambos de aquel genio universal que se llamó Ramón Lull. Apenas florecidos los juegos poéticos, los mejores ramos partieron de la isla arrancada al poder musulmán por Don Jaime, el Conquistador. De ahí que la lengua del archipiélago sea el catalán; consecuentemente que sea lógico un cierto ideal pancatalanismo soñando con la vinculación de todas las tierras, cuyo idioma las marque como miembros de una gran familia.

Quien conozca la historia de la Cataluña aglutinante de la Edad Media, y Juan Santamaría la conoce bien, no podrá transitar por el flamante volumen, sin evocar las hazañas de las huestes que desde las aguas tarraconenses, desplegadas las velas, se hicieron a la mar hasta afirmar el pié en la costa de la Isla, que, según impresión del Rey, era "la más bella que hasta entonces hubiese visto nunca". No se puede dar un paso sin que un paraje, un valle, un castillo, un nombre, un árbol —los olivos milenarios—, una roca, una playa, un monte, un templo, un palacio, no lleven fácilmente a la conquista y a los primitivos pobladores, cuyo idioma prevaleció sobre el arábigo.

Todas esas sugerencias aparecen armónicamente combinadas con las descripciones de la naturaleza insular, que una mirada penetrante

y un léxico numeroso y preciso fijan bellamente en las páginas de este libro que resulta de un interés máximo, tanto más cuanto que todo él es amenizado con la intervención acertada de diversas personas, imaginadas o reales, que imprimen vivacidad al paisaje, cuya reproducción, lírica o minuciosa, ha llegado a bellezas superiores a las obtenidas en los tres libros de la serie.

Es verdad que el natural ofrece la mitad, o más, de la calidad del cuadro. No sin razón, suena a ditirambo todo el volumen y, dígase o no, se oye constantemente el vocablo *maravilla*. Sin embargo, no cabe negar el mérito sobresaliente del autor, cuya pluma ha sabido expresar las impresiones recibidas, hasta el punto de transmitir las al lector, naturalmente sensible a la palabra, a la frase, al giro, a la imagen y, en este caso, al diálogo, que el artista ha seleccionado para una reproducción auténticamente emotiva. Juan Santamaría posee un vocabulario capaz de las descripciones más complicadas y una penetración agudísima en la captación de los portentos naturales y de las delicadezas psicológicas, que constituyen el atractivo irresistible de la isla y de sus habitantes, los de más fina racialidad.

### Información

#### QUADERNS DE POESIA.

Muy atrayente resulta el último número de la revista *Quaderns de Poesia*. Contiene una serie de composiciones originales de poetas tan notables como Tomás Garcés, Josep Leonart y Joan Teixidor, un poema castellano de Juan Ramón Jiménez y unas espléndidas traducciones de Hölderlin y de poetas ingleses por Carles Riba y María Manent respectivamente, y dos ensayos de calidad: uno de Maurici Serrahima, muy sutil, sobre unos versos de Musset, y otro de Marcel Raymond, profesor de la Universidad de Basilea, acerca del tema tan sugestivo de "Poesía y conocimiento". Este interesantísimo ensayo es un fragmento inédito del *exposé* sobre "Las etapas recientes de la poesía francesa", leído por el autor en el Congreso Internacional de Historia literaria, celebrado últimamente en Amsterdam. Fué un obsequio al agudo crítico Manuel de Montoliu, concurrente a dicho Congreso, para ser publicado en Cataluña, como primicia de su ensayo. Marcel Raymond es un joven profesor de literatura que ha conquistado ya gran prestigio intelectual por su libro, que la crítica ha elogiado tanto: *La poesía francesa desde Baudelaire al sobrerrealismo*, ya citado en estas informaciones.

## CONCEPTOS DE MIOMANDRE.

En uno de los últimos números de *Les Nouvelles Littéraires* encontramos esta nota de Francis de Miomandre, que traducimos:

"Hace poco, recordábamos en Formentor (Mallorca) el décimotercer aniversario de la muerte de un gran poeta mallorquin: Costa y Llobera. Es preciso que sepan que Costa y Llobera, que era un modesto sacerdote de pueblo y que vivía en una estancia de montaña, alejado de todos, en una soledad absoluta, es el equivalente de un Perbosc y de un Mistral. Ha hecho por la lengua materna (Miomandre escribe mallorquina) lo que estos dos poetas hicieron respectivamente por la lengua de oc y por el provenzal. La restituyó a su dignidad de idioma europeo, por el prestigio de su belleza.

"Yo me sentía verdaderamente conmovido mientras escuchaba el discurso, lleno de fervor, del presbitero Llorenç Riber, que es miembro de la Academia Española, pero que aun está mucho más orgulloso de su título de Mestre en Gai Saber. (¿No les parece delicioso en pleno siglo XX este recuerdo de los trovadores?) Me sentí conmovido cuando se descubrió la placa conmemorativa y se recitaron poemas del difunto. Era el mismo acento, el timbre provenzal y no sé qué dejo de naturismo ingenuo y profundo, ¡oh! y virgiliano..."

## VERSION ALEMANA.

La *Ibero-Amerikanische Rundschau* inserta en su último número un tríptico poético inspirado en temas alemanes. Son poemas del argentino Fermín Estrella Gutiérrez, del chileno Carlos Préndez-Saldías y del catalán Josep Leonart. De este último se ha elegido una de las más notables composiciones de su libro *Elegies Germániques*, y que forma parte a su vez del volumen de R. Grossmann *Katalanische Lyrik der Gegenwart*, publicado por la casa Editorial Fausto, de Hamburgo.

## FILOSOFIA

### Dos Fragmentos sobre Alejandro Korn

*Los dos fragmentos sobre Korn que siguen fueron redactados casi simultáneamente hace algún tiempo. El primero, que firma Don Alberto Rougès, es la Introducción a un estudio sobre la filosofía del autor de La libertad creadora; el segundo es el comienzo de un ensayo sobre la personalidad, la influencia y la obra de Korn.*

F. R.

#### APROXIMACION A KORN

**E**L nacimiento de una cultura es imposible, si no existen valoraciones sociales adecuadas. No se concibe grandes actores sin un público que los aprecie.

¿Son nuestras valoraciones sociales actuales adecuadas para que nazca aquí una cultura? Indudablemente que no. Nos halagan todavía demasiado las superficies. Nos subyugan la apariencia y el brillo que son cualidades de estas. Todo el estímulo de que somos capaces es para quien nos los suministra. ¿Quién, entonces, trabajará en los cimientos del mundo de nuestras representaciones? ¿Qué será del espíritu? ¿Quién descenderá en busca del agua viva, del agua que apaga para siempre la sed? El asceta descarnado que pasa sin mirar y sin ser visto, todo absorto en la divinidad que le escruta. Algún artista extraordinario que posee el don de encarnar el verbo, de volver visible lo que es profundo. Algún raro pensador que no puede encontrar reposo en ninguna apariencia, que no puede descansar en ninguna superficie, porque en todas partes, porque a todas horas, invisible para los demás, lo persigue implacablemente el enigma filo-

sófico. Pero esos, ¿cuántos son? Tan pocos que, al marcharse uno de ellos, no encuentra casi nunca a quien entregar la antorcha que ha encendido.

No es esta una divagación. Para lograr aproximarnos a Korn, hemos debido recurrir a un procedimiento común a la meditación y a las aves de presa: la astuta espiral. La aproximación que hemos logrado así, nos permite anticipar ahora una primera definición: Korn es un trabajador de la profundidad. Para llegar a ella ha tenido el ascetismo de callar largos años, de esperar la madurez para florecer. El ave de Minerva vuela en las últimas horas de la tarde, ha dicho bellamente un filósofo. Renunciando al encanto del día aprende a ver en las sombras. No vuela para que lo vean, vuela para ver. Vuela a la hora en que la naturaleza, ¡ah, la avara!, se ha llevado ya las flores de la juventud que, sin embargo, estarían tan bien entre los laureles de la gloria. No intento, por cierto, el elogio de la senectud sino el de la sabiduría, y la sabiduría es en este caso un pensamiento muy alejado del mundo de los ojos, un pensamiento descarnado, invisible, impopular.

Cerrada así nuestra espiral, podemos ahora adecuar mejor a su objeto nuestra primera definición. Korn es un trabajador de la profundidad, hemos dicho, y ahora podemos agregar que trabaja en los cimientos del mundo de nuestras representaciones. Korn es uno de los pocos que conocen el terrible secreto, el secreto que nos deja atónitos, con escalofríos mortales en el corazón, el secreto que a algunos enloquece y a otros mata. El mundo de nuestras representaciones, ese mundo, al parecer, firme, macizo, en cuya solidez se ha sentido siempre segura la humana debilidad, ese mundo se bambolea y amenaza derrumbarse en cualquier momento. ¿Dónde hay algo seguro?, clama desesperado todo lo que hay de instintivo, de primigenio, de fundamental en nuestra humanidad y en nuestra animalidad. ¿Hay, por ventura, algo que no vacile, algo incommovible? ¡Ah, el terrible secreto torturador! Numerosos son los que le oyen y no saben lo que oyen, como si se les hablara en un idioma desconocido. Unos pocos no más lo oyen y lo entienden, y, porque lo entienden, sienten, con sus entrañas el terrible bamboleo del mundo sensible. Uno de ellos ha dicho de sí mismo, como definiéndose, que él es el que sabe que no sabe. Otro ha denominado su oficio la docta ignorancia. Los dos aludían así al secreto que llevaban. Pero ambos lo callaban,

callaban su tragedia. Y aunque no hubieran callado, no habrían sido comprendidos. El secreto está así irremediablemente reservado a unos pocos, como si una divinidad compasiva velara por el común de los mortales. Esos pocos seres que conocen el terrible secreto, que sienten con sus entrañas el bamboleo del mundo sensible y, porque lo sienten, trabajan sin reposo en sus cimientos, esos seres condenados por un duro destino a vivir la cruel incertidumbre de las horas genesíacas, a enfrentar el caos primigenio para aclararlo, para ordenarlo o para perecer en él desesperados, esos seres tienen un nombre: a tientas, sin saber lo que dicen, los hombres los llaman amigos de la sabiduría, filósofos.

Hemos dejado atrás el pensamiento prudente, tranquilo, el puerto sin zozobras, quizás, para siempre, nuestra paz espiritual, y solamente así hemos podido llegar a divisar la morada de Korn, solamente así hemos podido saber que Korn es un filósofo. Pero aunque ya lo sabemos, aunque hemos precisado ya algo más nuestra primera y prematura definición, aun estamos lejos de conocer a Korn. Continuemos, pues, cerrando hacia él nuestra cautelosa espiral. Meditemos para ello sus problemas, y así, a medida que avancemos hacia él, nos aproximaremos también a nuestro punto de vista, a nuestra solución, e iremos mitigando nuestra ansia de claridad

ALBERTO ROUGÉS.

#### UN MAESTRO ARGENTINO: ALEJANDRO KORN

**A**LEJANDRO Korn tiene ahora setenta y tantos años. Ha sido profesor de filosofía en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata hasta el año 1930, en que se jubiló. Su retiro de la cátedra —en un país donde los homenajes son tan frecuentes y se festeja ruidosamente a cualquiera y con cualquier pretexto— pasó inadvertido. Esta indiferencia —contrastando con el agasajo que se suele tributar a cualquier éxito más o menos pasajero, limpio o turbio— fué, a su modo, una especie de homenaje, el reconocimiento indirecto de la plena y triple dignidad del hombre, del maestro, del pensador. Casi nadie reparó en que una de las más puras y nobles figuras universitarias de la Argentina se alejaba de las aulas, después de consagrar a ellas media vida de actividad intensa y ejemplar; al parecer, Don Alejandro carecía de los requisitos indispensables para que tal suceso ocupase la atención de la gente.

Nuestra incipiente cultura se debate aún en medio de obstáculos que dificultan su constitución sobre bases estables. Apenas existen aquellos firmes cimientos que son capaces de sostener la arquitectura de futuras edificaciones. Todavía nos parece comenzar todo de nuevo cada mañana, para comprobar cada noche que nada o casi nada queda en pie. La condición primera de todo adelanto cultural, la aspiración resuelta hacia las formas superiores de la vida del espíritu, se hace sentir muy débilmente todavía, porque amplios círculos de nuestra sociedad, sin excluir los más influyentes ni los más cercanos al poder público, apenas sospechan lo que nos falta, ni siquiera como el oscuro presentimiento de una carencia. Y una de las ausencias más dolorosas es la falta general de estimación y reconocimiento del valor personal —el valor más rehacio a convertirse en precio. Un optimismo convenido, un falso optimismo de comunicado oficial es la voz de orden, optimismo que no impide en muchos casos la confesión privada del más extremo pesimismo. El optimismo profesado en público supone que no hay nada que hacer; todo está bien o, por lo menos, vamos natural y automáticamente hacia lo mejor. El pesimismo confesado por muchos en voz baja sostiene que nada se puede hacer: actitud por demás cómoda. Equidistantes de estos dos polos, mortales ambos como los geográficos, algunos afirman ya que hay que hacer muchas cosas, que es posible hacerlas y que es un deber de patriotismo intentarlas.

La situación referida impone que todo esfuerzo de superación de lo actual exija un combate contra dos frentes. Acaso lo de menos es el trabajo para realizar algo positivo; mucho más laborioso resulta lograr que el intento sea tolerado. Hay gentes que sólo salen de su pasividad para imponerla enérgicamente a los demás. La consagración inteligente y decidida a una idea, la entrega apasionada a una elevada función de cultura, escasa sin duda en todas partes, lo es de manera superlativa entre nosotros, y que ello sea explicable no trae consigo que debamos resignarnos. Uno de los males máximos de nuestra vida colectiva, muchas veces señalado, es el aislamiento, el receloso individualismo; un aislamiento de personas, pero también de los grupos entre sí, de todos los organismos sociales, de las instituciones. Lo que se llama "opinión pública", instrumento primario de toda vida civil, que es como la conciencia colectiva, se constituye difícil y precariamente dentro de estos complejos de escasa unidad y casi desconec-

tados. La consecuencia, una de las consecuencias, es la vaguedad de nuestra tabla de valores sociales, la inexistencia de un sentido de las jerarquías auténticas, la indiferencia ya anotada hacia los valores personales. Aquella "opinión" a que acabo de referirme, que sólo nace y actúa con eficacia en los cuerpos sociales con sólida estructura y con conciencia de sí, es al mismo tiempo juicio y sanción, estímulo y freno, y no solamente destaca valores, sino que los sostiene y auxilia, y aun favorece su aparición, porque para todo es necesario el clima adecuado.

Por estos y otros motivos afines, el nombre de Korn no tiene la difusión que se merece. Ajeno a cualquier manejo dudoso, irreducible, rebelde hasta a ese artificial empaque, estiramiento o estilización de la figura que es entre nosotros aliciente para la notoriedad, Alejandro Korn ha sido siempre y sigue siendo un hombre *al margen*. Y sin quererlo, por la misma fuerza de las cosas, esta situación suya califica en cierto modo todo aquello a cuyo margen se queda él. La oquedad presuntuosa y solemne, el arribismo más o menos desvergonzado, la incapacidad vergonzante, han pasado a su lado organizándose, dando más de una vez la pauta, fortificándose en las posiciones conquistadas, atrayéndose un numeroso contingente afin. Junto a todo esto, Korn significaba, en su oficio de profesor de filosofía, una vocación profunda como un destino, y, más allá de su función específica, una mente y un corazón abiertos a toda solicitud generosa, un hombre interesado por todos los problemas de la cultura y de la vida, y no con un frío diletantismo de "intelectual", sino con la voluntad de asumir una actitud personal ante ellos, de cumplir el deber de cada hora.

La energía espiritual tiene su expresión más genuina en la elección de caminos propios, en la manera libre y original —no caprichosa ni arbitraria— de manifestarse. Las medianías siguen los senderos trillados, las líneas de mínima resistencia, porque su módico haber no les permite lujos. Korn —que se sabe de memoria la mitad del *Fausto* y que más que nadie en la Argentina ha frecuentado a Goethe— podría con justicia dar como lema a su vida la afirmación sublime del *Westöstlicher Diwan*:

*Höchstes Glück der Erdenkinder  
Sei nur die Persönlichkeit.*

Su misma filosofía es una filosofía de la personalidad, por la preeminencia y exaltación que en ella alcanza el esencial instrumento de la persona: la libertad. Y pocas veces fué una teoría más profundamente vivida, más consustancial con su autor, más entrañable. En cada una de sus frases, de sus gestos, de sus actitudes, Korn reitera y compendia las comprobaciones teóricas de su *Libertad creadora* y de su *Axiología*.

El magnífico florecimiento de la personalidad es para mí lo más admirable de este maestro argentino, y la mejor de sus lecciones. Contra lo que a primera vista parece natural, estas tierras nuevas no son por ahora propicias a las personalidades resistentes o exuberantes. Por lo mismo que no poseemos todavía un riguroso encasillado a la europea, en el cual sea tan difícil al individuo el ingreso como la salida, existe una multiplicidad de posibilidades que es también diversidad de ocasiones de transigir, de pactar, de someterse; quien triunfa y sale incólume de todo eso acredita desde luego un temple de carácter no común. Cada día nos trae una nueva tentación, cada día un bien transitorio se pone al alcance de la mano despreocupada o audaz. La sanción social para el que peca es débil; peor aún: es doble, porque hay una tímida reprobación para el aventurero hábil, bajo la cual late a menudo, más veraz, una admiración no siempre secreta. Yerra gravemente quien imagine que todo campo abierto a la aventura es terreno adecuado al cultivo de las personalidades intensas. El hombre excelente no niega la norma, el principio; los crea, los obedece, los reemplaza por otros superiores cuando el caso llega, necesita de ellos como del aire que respira. La medianía es siempre lo que más abunda, y el aventurero pequeño no se resuelve sino a la pequeña aventura, la aventura remuneradora que termina en dóciles mimetismos, en la adhesión incondicional al otorgador de prebendas, en la adulación dirigida a los núcleos influyentes. Quienes transitan estos caminos, cada día *poseen* algo más, pero *son* algo menos; una invisible tijera va podando cada día lo que acaso hubo en ellos de personal, de independiente, de libre.

Alejandro Korn es todo él una estupenda afirmación de libertad interior, de autonomía. Ninguno de los recintos en los cuales se ha movido lo ha podido aprisionar. Parece complacerse en triunfar de las limitaciones que para otros son como fatalidades. Y no se piense en un prurito de rebeldía, en una postura no-conformista adoptada de antemano, que sería a su vez una limitación. Es en él

una manera de ser absolutamente espontánea e inmediata; es el modo natural de realizarse su espíritu. Médico, ha evitado todo resabio profesional, hasta el punto de que nadie podrá descubrir en su pensamiento el influjo de su formación primitiva: cosa rara en cualquier parte, y extraordinaria entre nosotros, donde la pedantería galénica adquiere a veces proporciones fabulosas. Profesor de filosofía, llegado a la cátedra por la vocación y el esfuerzo solitario, fustiga violentamente toda filosofía de cátedra y todo academicismo. De manera semejante rebasa cualquier frontera de casta, de grupo, de clase. Hasta parece violar las determinaciones biológicas, manteniendo, en la alta cumbre de los años, un ímpetu juvenil que se echa de menos en casi todos los hombres maduros y hasta en algunas adolescencias. Esta perenne juventud espiritual de Korn resume y compendia aquellas otras maneras parciales de íntima independencia. Es como la reivindicación de la libertad, reiterada cada vez que otro año cumplido agrega un eslabón a la cadena forjada para esclavizarla. Es como el triunfo supremo del alma sobre la carne marchita y sobre el mismo tiempo inexorable que muere en ella.

El vigor intelectual de Korn se manifiesta en la textura de su saber. Desde el punto de vista de la cultura superior, todavía entre nosotros el que no es autodidacto no es nada: desfavorable situación que es perentorio deber de las generaciones actuales corregir. El autodidacto, no sólo tiene que hacer el viaje intelectual por su cuenta, lo que ya es aventurado y oneroso, sino que ha de planear antes él mismo su itinerario, y esto es lo más peligroso. A veces, regiones enteras quedan sin recorrer, y en ocasiones ni se sospecha su existencia, o se las descubre cuando la visión del conjunto se ha solidificado. El horizonte intelectual de Korn es vastísimo. Su cultura parece que se hubiera ido constituyendo informada por una preocupación de equilibrio, podría decirse que de compensación...

FRANCISCO ROMERO.

### Homenaje a Bergson.

**E**L Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba dirigido por E. Gouirán, acaba de publicar un tomo de homenaje a Bergson, integrado por heterogénea colaboración.

No podía ser más auspiciosa la iniciativa y había derecho a mucho más que lo realizado. Una justa estimación hubiera evitado la reunión arbitraria de trabajos tan dispares. La responsabilidad exigía esperar o,

al menos, no sacrificar la calidad para ofrecer una edición con apariencia de libro.

Nos ocuparemos, en primer término, de las contribuciones valiosas. Ante todo el artículo de Korn: *Bergson en la filosofía contemporánea*, primero en el orden de publicación y en la calidad.

Bergson y Kant están demasiado próximos para que nuestro devoto del "gran demoleedor" no admire sin reservas *Los Datos Inmediatos de la Conciencia*. La significación de Bergson, como destaca este penetrante examen, se funda en el respeto de las fronteras establecidas por el criticismo, en que profundiza el único resquicio abierto a lo Absoluto en la experiencia: la sensación. "¿No divisa nadie un sendero? Bergson es el único. El Absoluto que buscáis, nos dice, está ahí no más, junto y dentro de vosotros, basta intuirlo; abrid los ojos".

Bergson supera definitivamente el Positivismo, lo enfrenta en el *dato*, su último refugio. Su esfuerzo genial se orienta en la distinción de una conciencia espacial y causal de la realidad interior y una conciencia inmediata de su esencia temporal y creadora. Si hubiera permanecido aquí, sería el suyo modelo de auténtico positivismo; en el momento decisivo es infiel a su resuelta actitud antiespeculativa; intenta resolver la antinomia de vida y materia, con recursos ilícitos: la especulación abstracta y la imagen poética. Korn recuerda la sanción de la *Crítica de la Razón Pura*. Esta última debilidad no mengua el genio de Bergson; su pensamiento creador, que recoge la tradición viva de la filosofía y está grávido de futuro, no será olvidado.

Pasemos al artículo de Vassallo: *Bergson y el problema de la Metafísica*. *El derecho a "otra aventura metafísica"* hay que defenderlo ante la negación kantiniana. Bergson, observa Vassallo, lo hace resueltamente y queda refutado Kant, si "antes de intentar elevarnos por encima de nuestra percepción —razón constructiva, intuición intelectual— probamos a ahondar y ensanchar la percepción misma, a explorar sus virtualidades acaso inéditas". Nos parece que Vassallo señala una refutación inexistente; mas aún, la obra crítica y constructiva de Bergson es una magnífica confirmación de la "Crítica", siempre que no se tomen al pie de la letra sus resultados. La "Crítica" kantiana deslinda en la percepción lo determinado de lo dado. Bergson "ahonda y ensancha" el contenido material de la percepción, cuyo problema deja intacto Kant y como llamando la atención.

La intuición encuentra el camino despejado de toda instancia trascendental. No olvidemos que la distinción entre fenómeno y nómeno se actualiza en Bergson, entre vivir mediatizado en la determinación trascendental de la percepción, y vivir concreto, revelado inmediatamente a la intuición. Sin Kant no es posible el problema de "Los Datos Inmediatos de la Conciencia". En la "Crítica", lo dado está implícitamente referido al nómeno; la genialidad de Bergson es haber justificado ese vínculo, superando el uso impropio de la causalidad; la sensación participa en el *ser en sí* de la duración creadora.

El desquite de Kant a la crítica negativa de Bergson, es la fecundidad decisiva en su propio pensamiento.

Vassallo agota en análisis preciso, la metafísica bergsoniana; repara finamente en la indecisión del gran filósofo ante el problema de la materia. Su lograda comprensión advierte la insuficiencia de la metafísica de la vida para resolver el problema ético.

El artículo de Gouirán se refiere a una nota de Charles Péguy sobre Bergson y la filosofía bergsoniana. Se trata de una interpretación existencial que estima la trascendencia de una filosofía en su valor de sugerencia y estímulo para la propia experiencia metafísica. "Lo que hace durable una filosofía es menos su metafísica que su método". Método nos parece término inadecuado ya que no podemos desarraigar su resonancia escolar. Péguy y Gouirán refieren al método lo eternamente vivo de toda auténtica filosofía. La verdad no es el camino recorrido, sino el paso que decide un camino; no es la solución encontrada, sino el problema abierto a la inquietud. En este sentido la filosofía de Bergson es la lucha contra "le tout fait", que supera resolviéndolo en el "se faisant", en la vida creadora.

El destino del hombre es tener que ir a alguna parte. Nadie puede enseñar el camino; hay que resolverse y tomar un rumbo. Se han abierto mil rutas hacia Dios; todas nuevas y únicas. Por los caminos trillados nos llevan, no vamos.

El milagro no es el contenido de la fe, sino el acto de fe; ninguna maravilla sobre la tierra como ésta de la fe en el hombre; la verdad es su pasión y muerte; la trascendencia de esa verdad, un llamado supremo a la propia realidad. Por eso dice Péguy: "Habladme de una cierta fidelidad a la propia realidad, que yo pongo por encima de todo". Aprobamos sin reservas el repudio de toda filosofía escolástica, en el amplio sentido del término, y del profesor de filosofía.

Junto a estas finas sugerencias nos defrauda leer: "¿Quién con Péguy no daría las tres "Críticas" precedidas de un cuarterón de los "Prolegómenos", por un medio coro de Antígona? Y esto, no solamente sub specie pulchri, como se podría objetar, sino aún y sobre todo quizás, sub specie rei ac realitatis". No cabe mayor inconsecuencia. Se olvida aquí que sólo el profesor ve en las "Críticas" la idea muerta, la fórmula vacía de la tesis.

Omitimos el comentario de las colaboraciones restantes; sólo queda lo mediocre y lo malo. En nuestro descargo, anotamos que no es estimable el empeño honesto en una exposición ceñida, prolija y escolar de una filosofía; tal el caso de Orgaz. Un cuadro sinóptico desconsuela siempre; "la filosofía no va a la clase de filosofía".

Exceptuamos el artículo de Taborda sobre *El fenómeno político*, serio y documentado como todo lo suyo, pero ajeno a los propósitos de este homenaje.

Agregamos finalmente que sólo Korn, Vassallo y Gouirán justifican en esta publicación el derecho de homenaje a Bergson.

# TEATRO NACIONAL

por SAMUEL EICHELBAUM.

LA MUJER DE UN HOMBRE, drama en cinco actos, original de *Arturo Cerretani*, estrenado en el Teatro Nacional de Comedia.

DESPUÉS de haber tentado, con no poca fortuna, por cierto, el teatro fácil, Arturo Cerretani, respetando y enalteciendo su propia vocación, se ha lanzado a la busca de una obra dramática seria y orgánica. Resultado inmediato de esa aventura que lo honra, es el drama en cinco actos, *La mujer de un hombre*, que ha ofrecido, en segundo turno de novedades, el Teatro Nacional de Comedia, y que yo conocía por una lectura hecha hace aproximadamente dos años. Recordaba de la pieza la excelente impresión que me produjo el plano en que, por primera vez, se colocaba el autor para arrancar de lo más vivo de su naturaleza de escritor, un drama. Recordaba, también, la sensación de cosa no resuelta que me dejó la lectura. La representación de *La mujer de un hombre* reavivó el recuerdo y confirmó lo bueno y lo malo que percibí en el drama. Pero faltaría a la verdad y a la leal franqueza que debo al autor amigo si no dijese que lo bueno se aminoró con el espectáculo y lo malo apareció crecido y como invadiendo sorpresivamente los aciertos. Las bellas cosas de forma que había en la pieza se perdieron bajo el fantasma de los excesos. Exceso de anécdotas, exceso de estados anímicos, exceso de palabras, demasiado intencionadas. Las palabras confunden la realidad y los hechos, en vez de esclarecerlos, y los individuos van detrás de ellas como si a ellas y no a su naturaleza debiesen el bien y el mal de sus vidas.

Sin embargo el drama del señor Cerretani está muy lejos de ser cualquier cosa. Plantea un problema sexual que revela en el autor una capacidad auténtica para auscultar y captar lo escondido del

ser humano. Su personaje principal, ese hombre llamado Gerardo, que acecha, en el campo, a cuanta mujer se le cruza por los ojos, sin saber o sabiéndolo muy tarde, que busca en todas ellas a su esposa ausente, me parece un sujeto entrevisto con una profundidad innegable. Tiene, plásticamente, un interés humano vivísimo y poco hace al caso que resulte o no romántico o cursi. Desgraciadamente no se puede decir lo mismo de Estela, su mujer. Sólo en un momento actúa y se mueve como un ser humano; cuando se huele la traición de su marido y se agita exacerbada por la idea de haber sido substituída, y busca o inquiere lo ocurrido en su ausencia, con una especie de voracidad muy femenina. A partir de su primer diálogo con La Negra y Alicia, pierde todo interés y se convierte en una ficción, llevada y traída a su antojo por el autor. A lo largo de los tres últimos actos ya no se recobra. En vano gritará y perseguirá a quienes persigue, por mandato del autor, en busca de la verdad; en vano azuzará a su congénere Alicia, para que le revele el misterio por el cual anda. Cuando ese misterio es rasgado por la desesperada confesión de Alicia, queda al descubierto el artificio de su voz y de sus palabras y se asiste en ese instante a una especie de burla, que consiste en hacer manar una titntura rojiza, que substituye a la sangre. Algo muy semejante ocurre con Alicia después de su confesión. Hasta allí la ansiedad enfermiza de esa mujer tiene cierta cosa vital, que podrá o no persuadir al espectador, pero que se percibe aun a través de su movilidad epiléptica, que tanto conspira contra la sensación vital.

Se diría que con la confesión termina el orden mental del drama. Todo lo que ocurre con posterioridad tiene un marcado sello de desorientación, hasta el extremo de resultar completamente sorpresiva la muerte de Olmos a mano de Gerardo. La escena de gran violencia que sigue a la confesión, que los dos hombres quieren rematar yéndose el uno sobre el otro, no permite esperar el homicidio. Se comprende que no niego la posibilidad de que tal hecho sea verosímil. Lo subrayo para corroborar una impresión personal: la de que el drama se prolonga confusamente después de la revelación de las relaciones sexuales entre Gerardo y Alicia. Hasta esa escena, el drama se desarrolla como inspirado en el propósito de llegar a esa culminación formal. El señor Cerretani parece haber procedido con una doble intención, que malogró en gran parte su trabajo.

Quiso seguir siendo el autor de éxito que fué desde su iniciación en el teatro y se preocupó demasiado de la parte externa de su drama, acumulando situaciones y anécdotas, que no pudo explotar con la libertad necesaria para asegurarse la emoción del espectador, porque se sintió, en cierta medida, trabado por la índole de sus personajes y por el problema psicoanalítico que se propuso bucear. Esta duplicidad del autor con respecto a su trabajo, este deseo de vigilar por igual la creación en sí y sus posibles efectos, explica la anarquía de la obra como realización artística. El tema de *La mujer de un hombre* obligaba a un desarrollo ceñido a muy pocas escenas fundamentales, cuyo dramatismo no trastornara las características psicológicas de los cuatro personajes a quienes afecta directamente el drama. Por cuidar, pues, sus ulterioridades, no atendió bastante su sentido íntimo, y el mal que quiso evitar no ha sido evitado.

No obstante las fallas señaladas y otras que correspondería precisar escrupulosamente en un estudio de más aliento —como la muy visible de hacer gravitar el clima impreciso de la llanura como estimulante de las pasiones reprimidas—, es innegable que el autor de *La mujer de un hombre* es un escritor de nobles y excepcionales condiciones para hacer teatro, en bien de nuestra literatura escénica. Si se prometiera una permanente e insobornable lealtad para consigo mismo, centralizando y unificando sus aspiraciones, por sobre toda especulación a la obra, muy pronto tendríamos en él a una de las expresiones más altas de nuestras posibilidades en la literatura dramática.



La puesta en escena marca uno de los aciertos más completos que le conocemos al señor Antonio Cunill Cabanellas, director del teatro oficial. La decoración —realizada por Saturno Santaliestra, con la artística pericia a que nos tiene acostumbrados, sobre un boceto del pintor Alfredo Guido— es un verdadero hallazgo. Ese mirador sobre la casa de campo, resultó ser un inapreciable elemento de colaboración para el autor. Dió una grata estabilidad a la casa en que ocurre el drama y estableció un vínculo entre el paisaje de la planicie y los personajes que se incorporan a él, llegados de otros lugares, en los que el horizonte es una abstracción.

En cuanto a la luz, ha sido dada con un sentido extraordinariamente afinado de la luminosidad y de la atmósfera.

El trabajo de los intérpretes de *La mujer de un hombre* no es de los que mejor individualizan a los elementos calificados del Teatro Nacional de Comedia. Las actrices y los actores que han intervenido en la representación de ese drama, tienen en el haber de su respectiva carrera esfuerzos de mayor alcance.

Eva Franco, la tan admirada primera actriz, consigue hallar a su personaje en algunas escenas y en esos momentos su interpretación se logra plenamente, pero esta feliz impresión se desvanece en los instantes más dramáticos.

El personaje de Alicia tiene en Iris Marga una actriz que le sirve con una inteligencia muy clara y muy fina, y, sin embargo, la labor que realiza no satisface del todo. Será así porque el personaje que le tocó en suerte tiene exigencias insubstituíbles, de "phisque du rol", que ninguna artista, por grande que sea, puede satisfacer sino está dotada de las condiciones físicas particulares que requiere. Ya es mucho que haya conseguido salvar tan airosamente escenas de verdadero compromiso, como la del zapateo sobre la mesa.

Maruja Gil Quesada en el papel breve de La Negra logró destacar, una vez más, sus dotes de actriz sobria y expresiva.

Los actores, al igual que las actrices, han conseguido salvar holgadamente su prestigio, pero no acrecentarlo. Francisco Petrone, en el personaje de Gerardo, con su sobriedad y naturalidad de siempre, no pudo hacer olvidar sus trabajos anteriores, de otras temporadas. Compuso el tipo con la expresividad y la simpatía que están en él, pero el personaje no tuvo el relieve que pudo dársele.

Santiago Arrieta, en el de Olmos, tuvo un desempeño correcto, natural y hasta grato. Es, según creemos, todo lo que pudo hacerse con el papel que se le encomendó.

Homero Cárpena, en la encarnación del Forastero, dió la nota más alta de la interpretación. Dijo su parte con notable gracia. Se movió con soltura y todo en él correspondió a la significación del personaje, según lo que suponemos ha sido la intención del autor.

# EL SALON DE OTOÑO

## DIVAGACIONES PANORAMICAS

**F**IGURAS, paisajes, retratos y composiciones de toda índole, constituyen el conjunto distribuido en cuatro salas del local donde la corporación *Amigos del Arte* desarrolla sus actividades benéficas.

Más o menos cien expositores concurren a este certamen verdaderamente otoñal, donde las obras languidecen. Enfrentado con ellas, el espectador de buena fe siente de pronto que sus convicciones vacilan. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa que puede determinar este fenómeno? ¿Qué resortes de la sensibilidad se desarticulan al contacto con tales géneros de pintura, que los teorizantes han engalanado con todas las extravagancias de denominación y con todos los "ismos" imaginables?

Busquemos alguna claridad en esta nebulosa, en esta magnífica y elocuente demostración de lo que puede la anarquía, de lo que logra el desmoronamiento de las normas clásicas del arte. ¿Es posible que tales obras, —salvo contadas excepciones,— sean el resultado de una consciente aspiración al perfeccionamiento, que sean el producto de un trabajo metódico, inspirado en nobles ideas de interpretación espiritual y artística de los temas eternos?

En el conjunto apenas se destacan algunas notas de valor que hagan suponer en sus autores un concepto bien equilibrado de la forma, de la materia, de la composición, del dibujo, de la perspectiva. De seguir en el mismo rumbo los pintores del arte nuevo, pronto habrá que pedirles trigo de otra cosecha, puesto que no resulta trigo muy limpio el que ahora se nos sirve.

A fuerza de ser iconoclastas han olvidado los principios de la belleza. Desconocen al parecer todo cuanto estaba sujeto a disciplinas, a reglas inalterables de equilibrio. No sospechan que el arte había llegado a un perfeccionamiento mágico, que el arte de pintar es uno de los tantos vehículos de la inteligencia, como la música,

como el escribir con refinamiento y elegancia, como la ciencia pura, como tantos otros elementos creados por el hombre, para su propio perfeccionamiento espiritual. Pero el arte se va desnaturalizando definitivamente, al extremo de que será pronto necesario inventarle otro nombre genérico para definirlo.

Y no se piense, en vista de las apreciaciones anotadas, que somos insensibles a las manifestaciones del llamado arte contemporáneo. Nada de eso. Lo que sucede es que nos vamos gastando la sensibilidad con engañosos espejismos. Cada día cambiamos de fórmulas. Pisamos sobre los escombros de muchas experiencias que nos esforzamos en desaprovechar por inadvertidos e inconscientes. ¿Para qué sirvieron dos mil años de evolución en las costumbres, en los sistemas de gobierno, en el arte y en las ideas? Seguimos adorando ídolos falsos, alimentando teorías que nos parecen nuevas y que se apolillan de vejez, cobijando sueños que se desvanecen en la sombra. *Nihil novum sub sole*. La vida es siempre igual, y la humanidad misma, lanzada en una vorágine de luchas y desasosiegos incurables, cambia poco; tan poco, que apenas se advierten las transformaciones de su mejoramiento.

Los pintores, para tener derecho a que se les llame de este modo, deben estar identificados con su arte; ser sinceros con los demás y consigo mismos; tener la valentía de ser modestos con autenticidad, y la arrogancia bien afirmativa de saberse someter sin enconos ni sinuosidades al concepto depurativo de la crítica.

No es posible triunfar definitivamente sin haber pasado antes por todos los grados del escalafón, sin haber ascendido metódicamente los peldaños, más de una vez resbaladizos y engañosos, que conducen a la plenitud de facultades, a la experiencia, y por extensión al éxito consagradorio.

Nuestros artistas jóvenes, hablando en términos generales, suelen ser candorosamente ambiciosos. Aspiran prematuramente a la notoriedad, al éxito que los califique. No se percatan de que el arte es exaltación de los sentidos, tenacidad, lucha... y a veces amargura sin término. Hay que tener una vocación a toda prueba para vencer tantos obstáculos. Y su candor estriba en eso; en que muchos prefieren buscar el éxito por caminos absurdos, donde al final se desvanecen las esperanzas y las aspiraciones. No es lógico perder la juventud acechando en las covachas del pe-

riodismo donde se condimenta la crítica, ni andar por las antecámaras donde se fraguan nombramientos, ni menos aun desvanecerse por las peñas y las tertulias de café, donde se cultivan paradojas y despropósitos. Los que así hacen, suelen ofenderse ante la perspectiva de que los consideren artesanos, hombres de taller, oficiantes de una noble manualidad, como es la pintura. Ellos, por ser lo más fácil y cómodo, se apoderan de una fórmula, de un concepto cualquiera, y especulan con los colores.

En realidad, no trabajan en serio, ni sienten el arte, ni lo sufren, ni logran experiencia práctica como resultado de sus experimentos. A lo sumo, se creen poseedores de una verdad, de un secreto maravilloso, por que siguen la trayectoria de cualquier extravagante artista del viejo mundo, o por que hacen extravagancia de la fórmula por él descubierta. Y con piruetas y acrobacias y malabarismos de técnica industrial, suelen conseguir a veces, que todo es posible, la caricia del éxito momentáneo y hasta el cosquilleo acariciante y aterciopelado del elogio sin trascendencia; el elogio formulista de los snobs, quienes arrinconan el tiempo muerto que les sobra, por que nada tienen que hacer, en los estudios y en las exposiciones.

De este modo se les va perturbando el gusto a muchos de nuestros jóvenes artistas. Y estos a quienes me refiero, y a quienes no deseo nombrar por razones justificables, terminan dudando de todo, de los demás y de sí mismos. Es así porque respiran una atmósfera de farsa, de engaño, de superchería sencillamente abominable. Y así viven vacilantes entre la realidad y el ridículo, que es el trampolín de los engreídos y de los incapaces, y aun de los optimistas que tienen empañado el espejo de la clarividencia. No falta quien los fustigue con el látigo de la ironía mordaz o con la fusta ágil y flexible del humorismo. Pero todo es en vano. Tienen un concepto incommovible de la verdad que llevan dentro. Para ellos, el arte no ha de ser otra cosa que un pretexto para justificar el engaño que los esclaviza.

Visitando el Salón de Otoño, resulta imposible llegar a soluciones concretas respecto al desarrollo y evolución de la pintura. Nada está definido; ni el dibujo, ni la composición, ni las calidades. Nada es concreto, en suma; experimentos de taller, obras inconclusas, aspiraciones malogradas, deseos de figurar, vacilaciones dramáticas frente a los eternos problemas del arte por el arte.

En otro sentido, puede asegurarse al mismo tiempo que los valores no escasean en la exposición, pero confirman el concepto de que los artistas jóvenes, en general, con las nuevas tendencias de desintegración —ya desacreditadas en los centros artísticos de Europa, como todos sabemos—, se mantienen en el punto muerto de aportar elementos para un linaje de pintura que todavía no se practica con plenitud de resultados. Demuestran ser los siempre tenaces ensayistas de fórmulas ajenas. Y esto no se puede aceptar, ni vale la pena disculparlo, ni merece justificaciones. Porque muchos de los pintores representados en "Amigos del Arte", no logran ocultar su talento.

Otros, en cambio, dijérase que ponen el mayor esfuerzo en demostrarnos que están irremediamente sumergidos en la ciénaga de sus errores. Y como son en apariencia los más ostentosos del conjunto, resultan desconcertando la opinión; y revelan considerarse tan absolutamente penetrados de su importancia como aquel violinista que llegó a significarse por el ensañamiento con que maltrataba las obras... y hasta el instrumento del oficio. Era tan lamentable músico y de petulancia tan temible, que sus oyentes terminaron haciéndole justicia. Y en vez de llamarlo don Remigio Fassola, —que era su nombre de batalla— le decían: Do, re, mi, fa, sol, la. Con lo cual obtuvo, sin esfuerzos extraordinarios, la gloria resonante que pudo pretender en la vida.

Casi simultáneamente con el Salón de Otoño, el público ha podido apreciar otros aspectos más normales del desarrollo artístico en nuestro país. Los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, en la calle Posadas, presentan un conjunto de indudable interés documental, didáctico. "Un siglo de pintura argentina" es el denominativo de la nombrada exposición, donde aparecen obras de artistas vernáculos y extranjeros, desde Prilidiano Pueyrredón a Jorge Bermúdez y Fernando Fader. Y ante las obras presentadas en "Amigos del Arte" —hay contrasentidos insospechados en la significación de ciertos rótulos—, llega uno a pensar que a los cien años de actividades artísticas, la pintura no pudo alcanzar entre nosotros más desequilibrada representación ni llegar a menos.

Y que se nos perdone la sinceridad, por bien inspirada.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA.

# CRITICA MUSICAL

POR GASTÓN O. TALAMÓN

"JULIO CÉSAR" DE GIAN FRANCESCO MALIPIERO. — ARTE INDIVIDUAL Y ARTE COLECTIVO. — ALEJANDRO BRAILOWSKY.

No significa, por cierto, enunciar una verdad, nueva y trascendente, el afirmar que una ley inexorable de la naturaleza condena a todo lo creado en los dominios del espíritu y de la materia, a nacer, desarrollarse, culminar, declinar y morir, bien que el conservadorismo humano, mediante la facultad de imitación que nuestra especie disputa con éxito a la simiesca, pretenda prolongar la vida de cadáveres, conservarlos como lo hicieron queschuas y egipcios o insuflar vida artificial a organismos que terminaron, para siempre, con su misión en este mundo.

En arte el academismo vive rodeado de momias y entre ellas se cuenta, acaso, la ópera, bien que sus partidarios se empeñen en responsabilizar de su actual decadencia no ya a la definitiva muerte de esa forma de expresión, sino a los compositores contemporáneos, incapaces, según aquellos, de escribir obras que, como las más ilustres de antaño, satisfagan al público tradicionalista y sensualista del oído, afirmación que prescinde de otra verdad perogrullesca: cuando un género carece de cultores eficaces, no obstante la existencia de autores de genio y de talento, es que ha dejado de ser una forma viviente de arte, es un cadáver cuyo ciclo ha terminado ya.

Estas reflexiones nos fueron sugeridas por el estreno en el Colón del drama musical *Julio César* de Gian Francesco Malipiero y por la reposición de: *Boris Godunow* de Musorgsky y *La Leyenda de la ciudad invisible de Kitech* y *El Zar Saltan* de Rimsky-Korsakoff, obras que ofrecen saludables enseñanzas a los músicos que deseen escribir para el teatro.

Dentro de géneros antagónicos, casi diríamos situadas en los polos opuestos del teatro musical, estas obras son perfectos modelos de teatro lírico moderno. La de Malipiero como expresión de arte *individualista*, pero encuadrada dentro de las normas tradicionales étnicas y de las modalidades contemporáneas; las de Musorgsky y Rimsky-Korsakoff, como expresión de un arte *colectivo* del que carecen las civilizaciones occidentales desde el Renacimiento hasta ahora, con la nefasta consecuencia del surgimiento del llamado arte para minorías selectas y del mal llamado arte para las masas, concretado éste en el novelón, la poesía cursi y sentimentaloides, la música que halaga la pereza espiritual de las mentalidades inferiores, las baratijas de las industrias y demás fabricaciones urbanas y populacheras —que no deben confundirse con populares, desde que en la poesía, la música y las artes decorativas, todos los pueblos han creado y crean obras de buen gusto, sinceras, frescas, espontáneas, que nada de común tienen con las de los industriales del arte falsificado— que se inspiran en el deseo de lucro y no en la expresión de las aspiraciones y de las inquietudes de la conciencia moral, cívica o social de la época, del solar y de la raza.

*Julio César* es, a nuestro juicio, la obra teatral más enjundiosa y más vigorosamente humana escrita en Italia después del *Falstaff* de Verdi. Ligada a las más puras tradiciones italianas del Siglo XVII, por su declamación lírica inspirada en el recitativo cantado y el airoso de aquella época, esencialmente itálica por la calidad de sus ideas melódicas confiadas al coro —al pueblo romano embargado por inquietudes cívicas— y a la orquesta, cuyo comentario, rico en matices y en efectos, vigoroso o delicado, subraya los episodios de la acción, acentúa su significado trágico, o crea para ellos una atmósfera poderosamente sugestiva, es moderna, en la acepción amplia y personal al autor, por su concepción y su espíritu.

Obra de reacción contra el melismo de los *veristas*, último y degenerado retoño de la ópera italiana del Siglo XIX, gloriosa pero agotada, no por carencia de talento de los compositores peninsulares contemporáneos, sino porque esa forma resulta hoy anacrónica, *Julio César* coloca en igual plano el texto y la música. La belleza literaria y la honda expresión del lenguaje de Shakespeare, traducción libre de Malipiero, dichas por medio de un recitativo que, cuando lo exige la emoción, se eleva a un lirismo melódico apenas insinuado,

pero impresionante, se explayan libremente, sin que el auditor deje de percibir el más mínimo de sus detalles, en tanto que la orquesta se encarga de velar por los fueros de la música, con la riqueza de su polifonía, basada en ideas melódicas expresivas y nobles.

Si el público operístico no estuviera fosilizado y no fuera víctima de prejuicios anacrónicos y de su sensualismo auditivo, que solo busca en el arte de los sonidos el agradable cosquilleo que provoca una voz canora, gustaría de *Julio César*, aunque más no fuere colocándose como simple auditor de un drama admirable, que habría aplaudido, seguramente, en un teatro hablado. Por desgracia el susodicho operista fué a escuchar la romanza de bravura de César y como éste no hizo calderones ni *do* de pecho, como fué honda, noble y lógicamente humana, al igual de los demás personajes del drama, como se expresó por medio de una melodía hablada, diremos, cercana al lenguaje natural, que siempre es un canto —recuérdese sino las tonadas provincianas—, como se apartó de ese ridículo convencionalismo de la ópera vocal, en la que mujeres y hombres se pasan la vida cantando o berreando; afirmó el buen melómano que eso no era ni música ni teatro, cuando es teatro noble, severo y natural, y música de la calidad más alta y vigorosa.

Este género de teatro declamado que Debussy, lejanamente influenciado por Dagomirsky y Musorgsky, creó en su forma y espíritu modernos, con *Peleas y Melisendra*, cuenta con talentosos partidarios: Paul Dukas en *Ariana y Barba Azul*, Henry Rabaud y el medianísimo Henri Février, en *Marouf y Monna Vanna*, respectivamente, esta última la única obra digna escrita por su autor; Leo Janacek, que en sus numerosas obras líricas se basa en ideas melódicas que solo son la ampliación leve de la melodía de cada vocablo y de cada grupo de vocablos; y, en la misma Italia: Ildebrando Pizzetti, con una comentario sinfónico menos rico y vigoroso que Malipiero en: *Fedra, Débora y Jael, El Extranjero* y gran parte de *Fray Gerardo*, Franco Alfano en *La Leyenda de Sakuntala* y Ottorino Respighi en *La campana Sumergida y La Llama*, autores éstos que, parcial o totalmente, adoptan ese modo de expresión, dignificando así el teatro lírico y ofreciendo, en compensación a la ausencia de amplio melismo vocal, que no quiere decir carencia de ideas melódicas, un arte humano y lógico, sin convencionalismos anacrónicos que lo aparten de la realidad de la vida.

Afirmar que semejante género sólo se dirige a minorías espirituales es un grave error, pues basta que la *educación auditiva* del público permita seguir y, por ende, conmoverse ante el comentario sinfónico; percibir y sentir la poesía, la belleza, la fuerza humana y trágica que anima el tejido polifónico, para que la colaboración expresiva, diremos, del lenguaje declamado líricamente y del lenguaje expresado sinfónicamente, por medio del poder avasallador de una orquesta, más rica en timbres, efectos, sugerencias y vigor que la simple voz humana, por bella y extensa que ella sea, para que la obra adquiera todo su significado y toda su intensidad.

La melodía cantada, sea cual fuere la riqueza de la instrumentación que la sostiene y amplía su expresividad, es forma natural de música, es la canción popular armonizada que, en la enorme mayoría de los casos, solo interesa al auditor por la idea a cargo del cantante, pasando inadvertido el trabajo armónico y polifónico que eleva esa idea a la categoría de arte superior. . . De ahí que la carencia de educación auditiva del grueso público, arriba señalada, lleva a desconocer los méritos de *Julio César*, del que Héctor Panizza ofreció una versión admirable por su vigor, su emoción humana y el perfecto ajuste entre la escena y el foso de la orquesta.

A ese arte individualista, pero accesible a todo melómano culto y sensible a la belleza y al poder de emoción de la música, puede oponerse un arte colectivo, en el cual el autor sin desmedro para su personalidad, pone al servicio de las obras que crea su temperamento, su sensibilidad y su ciencia, pero usa materiales musicales creados por su pueblo.

El arte de todas las grandes civilizaciones del pasado, inclusive el medieval, fué esencialmente colectivo, no quebró la solución de continuidad entre las distintas clases mentales de la nación. . . Con su habitual ironía nos dijo Anatole France que, con hermoso lenguaje, "los cuentos de nodrizas proporcionan a los poetas casi todo el material épico; que Virgilio recogió piadosamente las adivinanzas, los juegos de palabras, las groseras fábulas y las pueriles imaginaciones de sus antepasados y que Homero, su maestro y el maestro de todos los cantores, se concretó a contar lo que contaron antes que él, las mujeres de Ionía y los pescadores de las islas del Mar Egeo".

Eso es lo que hicieron los artistas rusos: los poetas recogieron

de la tradición mítica, histórica, mística y poética, los argumentos de sus grandes dramas o comedias musicales; los compositores comentaron esos libros con partituras construídas con materiales sonoros de la música litúrgica; y, por fin, los decoradores crearon, de acuerdo con la tradición secular del *Lubok*, ambientes plásticos de policromía deslumbradora y de originalidad no menos vigorosa que la de poetas y compositores, surgiendo así, ante el mundo maravillado, un arte nuevo y eslavo-oriental, del que nos ocupamos al analizar la obra de Igor Stravinsky.

*Boris Godunow* de Modesto Musorgsky, drama histórico, *La leyenda de la Ciudad invisible de Kitecb*, drama lírico místico-histórico, que evoca la lucha entre los eslavos cristianos y los tártaros paganos; *El Zar Saltan* teatralización de una leyenda popular, ambos de Nicolás Rimsky-Korsakoff, representan para el pueblo ruso lo que las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, que llevan a la escena dioses y héroes de la ciudad, para los atenienses; lo que los misterios, milagros y autosacramentales de la Edad Média, para la Europa Católica.

Arte de distintos planos que se dirige a todas las clases mentales de la nación, pues por el espíritu de sus argumentos, por el sabor y el carácter de su música y por el colorido y la belleza de su ambiente plástico, es accesible al pueblo sin ilustración musical y artística, que halla en él sus propias concepciones; por la belleza literaria de los argumentos, la estilización de los motivos populares u originales a su manera, el refinamiento de las armonías, el interés de los desarrollos temáticos, la brillantez y el poder de evocación de la orquesta y la policromía y la estilización de decorados y trajes, en suma por el trabajo de que son objeto los motivos poéticos, musicales y decorativos del pueblo, por parte de la personalidad de los artistas cultos, ese arte también se dirige a las clases ilustradas; del mismo modo que los profesionales hallarán, además del sabor étnico y del valor artístico, enseñanzas directas provechosas para su labor futura.

En cuanto a la universalidad de ese arte, sólo depende del talento de los constructores. Al respecto queremos recordar la definición de Grieg: "el artista es un punto rodeado por una serie de círculos concéntricos; el de su ciudad, su provincia, su país,

los pueblos de culturas afines, el mundo y la posteridad; y según sea el vigor de su talento y de su personalidad, sus obras franquearán los distintos círculos, estando reservado a los genios, alcanzar al último: la posteridad”.

En efecto: Chopin, Musorgsky, Rimsky-Korsakoff, Borodin, Balakirew, Stravinsky, Falla, Bartok, Kodaly, Grieg y otros cultores del arte colectivo y racial, han conquistado el mundo de culturas afines, el de Occidente, en tanto que millares de compositores *individualistas*, no han franqueado aún el círculo de su ciudad, de su país o de su época, resultando injusto hablar de arte regional frente al arte colectivo, cuando ese regionalismo abarca a todos los que se consagran a especulaciones espirituales, sean cual fueren sus tendencias, cuando el talento no les acompaña.

Un retorno al arte colectivo se impone en nuestra época eminentemente colectivista, de grandes aspiraciones e inquietudes populares y las nacionalidades nuevas en el arte hallarán en esa forma eterna, la única que es eterna, el verdadero camino de Damasco para crear su cultura, su acento propio, la originalidad que singulariza a los grandes pueblos. Y ese arte colectivo lo necesitan particularmente las nacionalidades en formación espiritual, como las de nuestra América, que han menester de una cultura vernácula como bandera de su cohesión, de su grandeza y de su vigor, pues si el arte individualista en civilizaciones milenarias resulta, en cierto modo colectivo —como lo señalamos en *Julio César*— por influencia de la tradición, de estilo propio conquistado por muchas generaciones, de expresión y formas largamente elaboradas, sólo es una despreciable falsificación de arte en países sin pasado que fije normas e imprima sello nacional a todas las especulaciones artísticas.

Tales son las enseñanzas derivadas de las representaciones de las obras que fijan rumbos nuevos en el teatro Colón, cuya temporada actual es en calidad la peor que haya presenciado nuestro público.

ALEJANDRO BRAILOWSKY.

Alejandro Brailowsky ofreció en el Colón un ciclo de seis audiciones consagradas a la obra de Federico Chopin. Ello significa para el intérprete un esfuerzo considerable y no siempre grato, desde que

el genio polaco, como todos los genios, tuvo sus malos momentos y estudiar las obras creadas en esas condiciones, habiendo en la literatura pianística tantas páginas magistrales, no debe resultar inte-



ALEJANDRO BRAILOWSKY, con su perro favorito, en su villa de Lausana, en Suiza.

resante. Sin embargo Brailowsky afrontó esa labor y mediante la exquisitez de su arte, tan románticamente humano, tan poético y tan aristocrático, logró que el auditorio no se percatara de las debilidades del autor y asistiera, emocionado y encantado, a ese desfile

de polacas, mazurcas, valsos, nocturnos, baladas, sonatas, fantasías, scherzos y demás géneros que Chopin llevó a su culminación emotiva —menos en las sonatas, que más que tales son geniales bocetos— para realizar, al mismo tiempo, una revolución fundamental de la técnica pianística.

No es posible analizar las interpretaciones que el pianista ruso ofreció en esos seis nutridos programas, bastando afirmar que Chopin no tiene secretos para él, que a través de su sensibilidad romántica, cada una de esas obras adquirió máximo relieve expresivo y sonoro, y que la monotonía que engendra una audición de obras de un autor único, se vió atenuada para algunos y no existió para la mayoría.

Brailowsky ha llegado a la plena madurez de sus hermosas facultades; es uno de los grandes pianistas de nuestra época y bien que el romanticismo musical: Chopin, Schumann, Schubert y Liszt sea la tendencia que más se aviene a su temperamento, menester es confesar que en Bach y en los modernos raya también a gran altura, como fué posible comprobarlo en las dos audiciones ofrecidas después del ciclo Chopin.

# CRÓNICA

## MAXIMO GORKI

**M**ÁXIMO Gorki se inició como escritor cuando las brumas de la Santa Rusia, mesiánica y mística, desaparecían barridas por las primeras ráfagas del huracán revolucionario. En su prosa cálida y palpitante quedó engarzado el dramático período de la vida rusa que comenzó a fines del siglo pasado para recién terminar en 1917 con el catastrófico derrumbe del zarismo.

Anunció la tempestad en páginas simbólicas. La presintió en la soledad de la estepa en los años que compartió su miseria con la legión haraposa de sus vagabundos. La vió venir, en los pueblecillos y en las ciudades, escrutando con su mirada fatigada de peregrino el corazón impaciente de los rebeldes. Clamó por ella, con acento patético, en los días interminables de opresión violenta. Y, cuando los primeros relámpagos, en 1905, rasgaron el cielo encapotado de su patria, su voz profética conmovió a toda Rusia con este grito desesperado: “¡Que la tempestad se desencadene, más fuerte aún!”

Máximo Gorki fué el heraldo de la revolución.



Su infancia, como la de Dostoiewski, Gogol, Pissemski, Nekrasof, Garchin y tantos otros escritores rusos, anticipa lo que habría de ser su obra, saturada toda ella de honda amargura. Leyendo sus recuerdos, conociendo el medio social en que le tocó vivir, imaginando las penosas escenas domésticas que presenció, fácil nos será deducir cuáles han sido los factores que más han contribuido a la formación de su personalidad moral e intelectual. Allí, en el sombrío hogar del abuelo, el brutal y despiadado Kachirin, su corazón, “como si lo hubiesen despellejado, se hizo extremadamente sensible a todas las humillaciones y a todos los sufrimientos personales y ajenos”. Con esta dolorosa confesión no sólo sintetizó la primera etapa de su existencia, sino, también, prefijó sin saberlo su futura orientación literaria. Los que sus “ojos pensativos” sorprendieron en la intimidad del hogar no era otra cosa que reflejo de la infortunada vida pública del pueblo ruso bajo el régimen autocrático. Y esta precoz comprobación dejó en su alma el deseo ardiente de llegar

algún día a ser él. Gorki, el amargo, el que diera a conocer con crudeza “el círculo estrecho y asfixiante” dentro del cual se debatía su querido pueblo.

Así como Gogol proclamó, a mediados del siglo anterior, que todo escritor “tiene la imperiosa obligación de decir la verdad, la verdad entera”, y, años después, Saltikov insiste, llevado por una fuerza invencible de “decir la verdad y nada más que la verdad”, Gorki, casi al expirar la centuria, anuncia que “el fin de la literatura no es otro que el de ayudar al hombre a despertar su fe en sí mismo y desarrollar en él la aspiración de la verdad”.

Toda la obra literaria de Gorki está inspirada en un solo propósito: dar una sensación directa de la realidad. Es decir, de la verdad; sin deformarla ni revestirla, presentándola desnuda, para que su comprobación lleve al ánimo del lector la certidumbre de un mal, de una injusticia, de una mentira que deben ser extirpados. Y, a veces, por este medio, su realismo llega a brindarnos cuadros de extraordinario vigor, como, por ejemplo, *Miseria infantil*. Es éste un relato siniestro que se nos clava en el corazón. No hay de su parte ni un solo comentario. Tres páginas le han bastado para contar el suceso y, sin embargo, la condenación fluye de nuestros labios porque la verdad, brutalmente expuesta, nos ha herido y sublevado.

La atracción que ejercen las narraciones gorkianas proviene de que siempre hallamos, más que una acción bien llevada, un ser de carne y hueso que se desenvuelve libre de toda imposición o conveniencia literaria. No son héroes, son sencillamente hombres, ha dicho de los personajes de Gorki un crítico latino. Es la mejor definición. Salvo *La Madre*, *Varenka Olosova* y *Tomás Gordeief*, no recuerdo que tenga Gorki ningún cuento o novela donde exista un propósito que podamos llamar novelesco. Prefería la narración breve, el cuento corto, el relato limpio de toda retórica, para así poder presentar más a lo vivo lo que su aguda observación descubría en un medio rico de escenas, episodios y hechos tan variados como dramáticos. Y, cuando su pluma penetra en la psicología de uno de esos vagabundos que tanto abundan en su obra, no es para idealizarlos, sino para pintarlos y hacerlos hablar “con un realismo terrible”.

A Máximo Gorki le bastó compenetrarse de la realidad, de la trágica realidad de su época, para encontrar la substancia que nutre su producción literaria, en la que revive, animado por su talento, un pintoresco y bullicioso mundo social hasta entonces casi desconocido o poco tratado en la literatura rusa. De ese mundillo desarrapado y nómada —fenómeno típicamente ruso— Gorki ha extraído con amorosa fidelidad los personajes que se agitan, piensan y discurren en sus obras. Es Chelkache —vagabundo, sentimental y ladrón—, que se siente libre como una gaviota, porque vuela a donde quiere; es Konovalov —uno de los más admirables retratos que nos ha legado Gorki—, el de los cabellos castaños y enmarañados por

entre los que salían “virutas, pajas y papeles”; es Promptoff, andariego, astuto y risueño consejero de la estepa, que le dice a Gorki: “no permanezcan mucho tiempo en el mismo sitio”; es Kaliougný —“un hombre fuera de la sociedad”— que, según el autor de *Wania*, fué uno de sus maestros; es Lakutin, —raro specimen de bohemio selvático— que está encariñado con la “vida errante del vagabundo”.

Esos y otros amigos del andarrear sin término son los que Gorki ha sorprendido en la inmensidad de la estepa, “desgarrados, sucios y llenos de canciones”, para luego darles vida imperecedera en sus cuentos y relatos.

Máximo Gorki desaparece cuando la Rusia de sus ensueños construye con tenaz empeño el mundo social que uno de los personajes de *La Madre* preanuncia con profético e inflamado acento. Yo no sé si su corazón, tan sensible al dolor humano, habrá latido más vivamente animado por la visión de una patria que, tras una convulsión sin precedentes, se esfuerza por desterrar la miseria física y moral que él combatió con implacable ardor. Lo que sí podemos afirmar, con sus propias palabras, es que nadie ha trabajado con más ahinco que Gorki “para provocar en los hombres sentimientos sinceros, por los cuales, como a martillazos, ciertas formas de la existencia deben ser destruidas a fin de crear otras más amplias. ¡Que los hombres sean generosamente fuertes y puedan animar su vida por el espíritu sagrado de la belleza!”

ALEJANDRO CASTIÑEIRAS.

## PAUL GROUSSAC

**E**N el séptimo aniversario de la muerte de Paul Groussac, la Asociación de sus Amigos, de reciente fundación, celebró el 29 de junio un acto ante su tumba. Invitado a hablar nuestro director y presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Roberto F. Giusti, lo hizo en los siguientes términos:

Nos reunimos ante la tumba de Paul Groussac en el séptimo aniversario de su muerte, algunos de sus amigos que más allá de los diferentes sentimientos y circunstancias que con él nos vincularon personalmente, atribuimos al hombre y a su obra una significación trascendental en la historia de nuestra cultura. Aun recuerdo la demostración que le ofrecimos en 1919, por iniciativa de la revista NOSOTROS, un centenar de sus admiradores, algunos, que empezaban a hacer sus armas allá por el 80, otros, que llegábamos entrado ya este siglo. Casi media centuria de vida intelectual argentina se reunió esa noche en torno de la mesa numerosa y cordial para agasajar al autor de *Los que pasaban*. El cual nos dijo tantas claras verdades, valientes y nobles, que os lo aseguro, a todos aprovecharía hoy releerlas. Porque Groussac, intelligen-

cia penetrante, educada en aquella atmósfera de libertad y lucidez en la crítica de los fenómenos sociales y morales, que será eternamente honor del siglo 19, conservó esas insuperables virtudes del pensamiento hasta la ancianidad, aliándolas con un decir sobrio, denso y medido que también es virtud practicada cada día con más desgano o ignorante desdén.

Había nacido en Francia; acrisolaba en su espíritu las excelsas cualidades por las que Francia es y será reconocida inconfundible, original y grande en la historia del espíritu humano. Pero también era muy argentino. Las exigencias del europeo, hijo de una cultura disciplinada que trasplantada en esta tierra comenzaba apenas a dar en su tiempo algunos frutos pintones, se rebelaban contra nuestra selvaticidad intelectual y eso lo llevó a desdenes y censuras no siempre gratos a nuestro amor propio.

Lo que a Sarmiento y a Alberdi se les ha perdonado pronto, aunque cierta reacción criollista proteste a veces contra su magisterio civilizador, más ha costado perdonárselo a Groussac.

Por lo demás él vivió, pensó y obró como argentino y tenía sus títulos bien ganados para merecer esa argentinidad.

El francés que casi adolescente e ignorante de nuestra lengua y nuestras costumbres desembarcaba en 1866 en el puerto de Buenos Aires del velero *Anita*, sin saber a punto fijo qué haría ni cuánto se quedaría aquí, 19 años más tarde, doblados apenas los que tenía al llegar, alcanzaba el honor insigne de dirigir nuestra Biblioteca Nacional. Ese cargo no lo había esperado leyendo con la cara entre las manos sentado cómodamente en los sillones de la institución, sino errando por toda la República, trabajando lo mismo de pastor en la pampa que de arriero en la montaña, hoy profesor en Tucumán, mañana periodista en Buenos Aires, aquí enseñando, allí polemizando, en tanto acendrabá su talento y su arte en el estudio y la meditación y se perfeccionaba gradualmente en el manejo del idioma castellano, en el cual se crearía un estilo propio por el instrumento de una prosa fina, dúctil, acerada, rutilante, sin escorias. ¿Y a qué aplicaría Groussac ese instrumento de precisión manejado con elegante destreza? A escribir lo mismo en artículos volanderos que en sólidos ensayos y libros orgánicos, principalmente de cosas y hombres argentinos. Argentina, en gran parte de ambiente argentino, es su novela *Fruto vedado*, de fondo autobiográfico, su sola novela larga; de ambiente y sustancia histórica argentinos, su sola comedia *La divisa punzó*; de argentinos calificó él sus relatos menores; amasado con materia argentina fué su primer libro, el *Ensayo sobre el Tucumán*; de cosas argentinas tratan sus estudios más recios, tales como los que consagró a los escritos de Moreno, a la enseñanza de Diego Alcorta, a las "Bases" de Alberdi, o sus obras históricas mayores: *Santiago Liniers* y *Mendoza y Garay*; sobre cosas argentinas se concentró preferentemente su investigación erudita, como lo certifican las incalculables fichas que

llenó con su letra menuda: y del mismo modo llenó de prieta vida argentina las páginas en que evocaba su propia existencia mientras recordaba a "los que pasaban": Avellaneda, Goyena, Estrada, Pellegrini; y con igual espíritu dió vida a una revista argentina, y no extranjerizante, en *La Biblioteca* inolvidable; y en fin argentina es la mayor y la mejor parte de su producción literaria, aunque mentiría si callara que al escritor érale muy grato volver los ojos de vez en cuando hacia su Francia bien amada de la cual quizás dolíale en las horas de melancolía y desaliento sentirse desarraigado ya sin remedio —y esto es demasiado humano para no comprenderlo.

Quiero leer de él unas palabras muy significativas: "No es simple pasión de bibliófilo, decía, el sentimiento que me penetra cuando hojeando los mismos ejemplares de Raynal, Helvetius, Filangieri, Mirabeau, Mably y demás inspiradores lejanos de los próceres de Mayo, tropiezo con una nota manuscrita, un signo o referencia de San Martín, Moreno, Labardén, Saavedra, Belgrano y otros no menos ilustres. Sin ser argentino, basta ser hombre y contaminado de ese *algo* íntimo y *enfermizo* que alimenta la burla maciza de los positivistas a lo Lombroso, para sentir como un contacto indefinido al volver esas páginas grises; el leve roce de un ala que parece la del *genius loci* allí adormecido...

Ese *genius loci* —ese espíritu de la tierra - ¿qué duda cabe no ya que rozó la frente de Groussac con su ala, sino que le traspasó el corazón? O se concibe, si fuese de otro modo, tanta identificación con la vida argentina como muestra su existencia toda? Esta tierra "agarrar" más de cuanto creen los superficiales criollistas. ¡Y cómo "agarraría" la ciudad todavía tan típica y colonial, que desenvolvía sus actividades entre el Convento de las Catalinas y el alto de San Telmo, en cuyas calles un hombre como Groussac podía alternar a toda hora con tanta figura consular; y cómo "agarraría" el hermoso cuerpo moreno de la República, entonces apenas desflorado por la civilización europea!

Aflige pensar que según cierto estatuto vigente, hoy Groussac no podría enseñar historia argentina en un colegio nacional.

Pero su contribución a nuestra vida espiritual no reside solamente en su obra escrita, con ser ésta tan valiosa. No es menor la que de ella se desprende a modo de ejemplo y lección.

Groussac puede convertirse en un símbolo ejemplar, y a esta tarea educadora debe encaminar sus esfuerzos la Asociación naciente de sus amigos. Muchas historias de todos los tiempos y países cuentan de forasteros que llegaron de lejanas tierras a enseñar y civilizar. En la del Renacimiento perduran nombres de humanistas que no han sido olvidados, antes que por la obra que dejaron, por la influencia que ejercieron. A este linaje de maestros pertenece Groussac. Lo fué de varias generaciones.

Permitidme, señores, un segundo de vacilación. Fué maestro si todavía creemos en el señorío de la razón. y, dentro del orden de la inteligencia, de virtudes tales como la claridad, la medida y la armonía. Quienes crean que el mejor entre todos es el que se desnuda sin pudor, es el que se muestra cual es, hombre al fin, aunque sea sucio, contrahecho y torpe, esos condénenme por acordarle a Groussac tal magisterio. Discípulo de Taine, él nos enseñó a escribir historia con criterio positivo, a examinar los documentos con atenta desconfianza y minucioso cuidado, sin dejarse cegar por los ídolos de la tribu y de la plaza. Crítico imparcial y honrado, nos enseñó la inferioridad de esa complacencia aldeana que se derrama al araso sin convicción ni distinción sobre lo grande y lo pequeño; editor escrupuloso, escritor pulcro, nos hizo gustar y amar los impresos limpios, decorosos, cuidados, correctos, y la expresión vigilada, sabrosa, elegante, cargada de intención. En el país de la improvisación, cuando Buenos Aires era todavía la grande aldea, Groussac estudiaba seriamente y no escribía sino después de paciente preparación; entre tantísimo diletante de las letras, él fué siempre un profesional. Combatió el desenfado petulante, la ligereza, la inconsistencia del que creyendo saberlo todo acomete temerariamente cualquier empresa, y lo hizo porque le preocupaba y affligía el porvenir de nuestra cultura. Esa preocupación, al convertirse en indignación contra la superchería, la mentira y la estupidez, movía su pluma castigadora. ¿Nos atreveremos a reprocharle este anhelo de perfección, este sincero amor de la belleza, la honradez y el decoro?

Era un civilizador y en ninguna parte está escrito que los hombres de este temple deben ser condescendientes y dulces. Al contrario.

Esta especie de influencia, ejercida también por la acción personal y directa, no se mide con la regla, no se pesa en ninguna balanza. ¿Quién puede decir cuáles elementos faltarían en nuestro acervo cultural del último medio siglo, de no haber pasado por la escena Groussac? Yo me atrevo a decir que muchos y muy preciosos, porque los siento incorporados a mi propia mente. Pero las nuevas generaciones, ignorándolos en su propia experiencia, están en camino de desconocerlos y negarlos. Nuestra tarea, la de sus Amigos, debe ser la de explicar y demostrar esa influencia sin descanso, en la escuela, en la cátedra, en la sala de conferencias, en el libro. Se lo debemos a quien se asimiló con fervor tan sincero a nuestra cultura, sirviéndola sin descanso durante sesenta años; a aquel que hizo ley de su vida la seriedad, la probidad y la verdad, virtudes a cuyo amparo se crían los pueblos civilizadores y fuertes, que sin ellas no hay sino mercados, así del dinero como del poder, así del honor como de la dudosa gloriola de un día.

ROBERTO F. GIUSTI.

### Francisco Grandmontagne - Joaquín de Vedia

**D**os grandes periodistas argentinos, maestros en el género, que eran a la vez dos vigorosos escritores, vasco de nacimiento el uno, uruguayo el otro, han fallecido en el breve espacio de un mes: Francisco Grandmontagne, Joaquín de Vedia.

Ambos se singularizan con fisonomía inconfundible en una de las épocas más brillantes del periodismo en el Plata; con ellos desaparecen dos de los últimos representantes de una inolvidable tradición de alta escuela. Grandmontagne, desde las columnas de *La Prensa*, publicista versado en las más difíciles cuestiones de orden político, ético y económico; esclarecedor, para los argentinos, durante largos decenios y en millares de artículos, de los innumerables aspectos cambiantes de la vida europea y principalmente española; y para los españoles —y también para nosotros— de nuestros más candentes fenómenos económicos y sociales. Vedia —Joaquín, como le llamábamos, que esto bastaba— desde las de *Tribuna*, donde se inició adolescente, y después de *El País*, y de *La Nación*, y de *La Razón*, hasta el día de su muerte, también él hombre de varia cultura y mirada penetrante, capaz de explicar cualquier suceso político o moral y de desentrañar su significación, pero sobre todo versadísimo en literatura teatral y en historia del teatro, crítico seguro y agudo como pocos. El caudal de informaciones y observaciones que ambos dispersaron en su obra no recogida en libro es imposible condensarlo en una noticia necrológica, tanta es su variedad y riqueza.

A Grandmontagne habría que dedicarle otro capítulo como narrador, por sus novelas *Teodora Foronda*, de 1896, y *La Maldonada*, de 1898, y por su galería de *Vivos, tilingos y locos lindos*, escenas y tipos de nuestra vida urbana y campesina de ayer, recogidos por la fresca mirada del joven y oscuro inmigrante que había hecho a golpes su dura experiencia, y reproducidos por el brioso pincel del escritor que se había formado por sí solo, robándole horas al sueño.

Vedia casi no publicó libros: uno solo, *Como yo los ví*, obra de cronista avisado. Pero él también se sale del marco del periodismo, si despojando al hombre del profesional, miramos al *Joaco* inolvidable para sus contemporáneos, personalidad múltiple de bohemio, de animador y director de compañías teatrales, de cónsul *malgré lui*, en París primero, después en Barcelona, de impagable *causeur*, dichosamente difundido para goce de todos más allá del círculo de sus íntimos, desde su regreso a Buenos Aires, gracias a la radio, de la que supo hacerse de inmediato cátedra prestigiosa y amena.

Ni Francisco Grandmontagne ni Joaquín de Vedia caben en una noticia necrológica. En las páginas de **NOSOTROS** no será ésta la última vez que de ellos se hable, pues ahora es cuando comienzan a vivir en el recuerdo perdurable.



### Los nuevos colaboradores de este número

MAX HENRÍQUEZ UREÑA. — Escritor y diplomático dominicano, nacido en 1885, ex-ministro de su patria en Buenos Aires, actualmente al frente de la legación en Londres. Su actividad de periodista, profesor y conferenciante, ha sido múltiple e intensa; viajó por todo el continente y por Europa y residió más largamente en Méjico y en Cuba. La Isla, —donde habiéndose él doctorado en Filosofía y Letras y Derecho, se dedicó a su profesión de abogado, al periodismo y a la educación—, fué desde 1903 su segunda patria durante más de un cuarto de siglo. Fué del grupo fundador de la revista *Cuba Contemporánea* (1912). Es autor de numerosas publicaciones, principalmente de orden crítico sobre diferentes materias literarias y artísticas.

B. FERNÁNDEZ MORENO. — Poeta argentino, nacido en 1886. Pasó su infancia en España, en tierra de Santander, hasta los 13 años. Médico, actualmente no ejerce la profesión. Se dedica a la enseñanza. Su obra poética, abundante y prestigiosa, está reunida en unos veinte volúmenes: *Las iniciales del Misal* (1915), *Intermedio provinciano*, *Ciudad*, *Campo Argentino*, *Versos de Negrita*, *Aldea Española*, *El Hijo*, *Décimas*, *Sonetos*, etc. Es miembro de la Academia Argentina de Letras.

ALBERTO LASPIACES. — Publicista y profesor uruguayo. Ha publicado numerosos libros: en verso *Salmos a la vida*; de crítica de letras o sociológica: *Génesis de la revuelta*, *La escuela y las ciencias sociales*, *Opiniones literarias*, *Principios de sociología*, *Eduardo Acevedo Díaz*, etc. Pertenece desde hace 24 años a la redacción de *El Día*, de Montevideo.

NELLA PASINI. — Publicista, novelista y enseñante italiana, radicada en la Argentina. Profesora de Literatura Italiana en el Instituto Nacional del Profesorado. Perteneció a la redacción de *La Patria degli italiani* y dirigió las escuelas de la Asociación *Dante Alighieri*. Ha publicado entre otras novelas: *La sete e la fonte*, *Il pioniere*, *Gli eredi*; y además varios volúmenes de crítica: *Estudios literarios* (en castellano), *Nell'Inferno di Dante*, *Carducci*.

FÉLIX M. GALLO. — Nació en Buenos Aires en 1898. Dotado de una rica cultura literaria y una exquisita sensibilidad, hasta hoy ha publicado muy poco.

FELIPE S. PÉREZ. — Doctor en derecho y ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires. Fué Rector de la Universidad de Tucumán, Presidente del Senado de la provincia y diputado nacional. Actualmente reside en Montevideo.

ERNESTO PAIACIO. — Publicista y profesor. Perteneció a la redacción de *La Fronda* y colabora en *La Nación*. Ha publicado en 1935 un libro de crítica histórica y política: *Catilina*.

JUAN B. GONZÁLEZ. — Crítico de letras, colaboró desde 1925 asiduamente en esta sección en la primera NOSOTROS, como lo hará en adelante. Ejerce el magisterio. Ha reunido algunos de sus trabajos críticos en el volumen *En torno al estilo* (1931).

ALBERTO ROUGÉS. — Publicista tucumano, de reconocida autoridad en filosofía, autor de valiosos ensayos en la materia.

JORDÁN B. GENTA. — Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, formado al lado de Francisco Romero, enseña Crítica del Conocimiento y Lógica en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná.